CIUDAD DE ILUSIONES

Ursula K. LeGuin



Capítulo 1

Imaginad la oscuridad.

En la oscuridad que sigue al Sol un mudo espíritu despertaba. Envuelto en el Caos, no conocía signo alguno. No tenía lenguaje y no sabía que la oscuridad era la noche

Cuando la luz, ya olvidada, lo inundó, comenzó a andar, a rastras, por momentos corriendo a los cuatro vientos, por momentos manteniéndose erguido, sin rumbo. No había senda para él en su mundo, porque una senda significaba un principio y un fin. Todas las cosas se confundían a su alrededor, todas las cosas le ofrecían resistencia. Su perdido ser era impulsado al movimiento por fuerzas cuyo nombre desconocía: terror, hambre, sed, dolor. A través de la sombría selva de las cosas se equivocaba en silencio hasta que la noche lo detenía, una fuerza más poderosa. Pero, cuando la luz advenía, nuevamente seguía su marcha a tientas. Al irrumpir en el súbito y asoleado ámbito del Claro se irguió y quedó en suspenso. Luego se tapó los ojos con las manos y profirió un grito penetrante

Parth tejía en su telar en el jardín lleno de Sol y lo divisó en el borde del bosque. Llamó a los otros con un rápido golpe de su mente. Pero nada temía y cuando ellos salieron de la casa ya había cruzado el Claro hacia la extraña figura que se agazapaba entre los altos y espesos pastos. Mientras se acercaban la vieron apoyar su mano sobre el hombro de él, inclinarse hacia él, hablarle suavemente

Se volvió hacia ellos con una mirada inquisidora que decía:

–¿Ven sus ojos…?

Eran ojos extraños, en verdad. La pupila dilatada; el iris, color ámbar grisáceo, se extendía a lo largo del óvalo de modo que no se veía el blanco del ojo

–Como un gato -dijo Garra

–Como un huevo pura yema -dijo Kai, portavoz de la ligera e incómoda inquietud que producía esa pequeña pero esencial diferencia

En lo demás, el forastero parecía sólo un hombre; bajo el barro y los arañazos y la suciedad de su rostro y de su desnudo cuerpo después de su

desatinada lucha a través de la selva; a lo sumo era algo más pálido que las morenas gentes que a su alrededor hablaban de él tranquilamente mientras él se encogía bajo el Sol, doblado y tembloroso de agotamiento y de temor

Aunque Parth lo miró directamente adentro de sus extraños ojos no encontró allí destello alguno de reconocimiento humano. Sordo a sus palabras, tampoco comprendía sus gestos

–Sin mente o demente -dijo Zove-. Pero también muerto de hambre; podemos remediar esto

Después de estas palabras, Kai y el joven Thurro lo sostuvieron a medias y a medias lo arrastraron hacia la casa. Allí, ellos y Parth y Buckeye se las arreglaron para alimentarlo y limpiarlo, y luego lo colocaron sobre un jergón y le inyectaron un narcótico para que no escapara

–¿Será un *Shing*? – Parth le preguntó a su padre

–¿Lo eres tú? ¿Lo soy yo? No seas ingenua, mi querida -respondió Zove-. Si pudiera contestar a esta pregunta sería capaz de liberar a la Tierra. Sin embargo, tengo la esperanza de descubrir si es loco o está sano o si es imbécil, y de dónde vino, y cómo tiene esos ojos amarillos. ¿Se habrán apareado los hombres con gatos y halcones en la degenerada y última época de la humanidad? Dile a Kretyan que suba a los dormitorios, querida

Parth siguió a su ciega prima Kretyan escaleras arriba, hacia el umbrío y ventilado balcón donde dormía el extraño. Zove y su hermana Karel, llamada Buckeye esperaban allí. Ambos estaban sentados con las piernas cruzadas y la espalda erguida; Buckeye jugaba con su bastidor, Zove no hacía nada: hermano y hermana ya entrados en años, los rostros anchos y morenos muy tranquilos. Las jóvenes se sentaron junto a ellos sin romper el plácido silencio. Parth era morenorojiza, con una cascada de negro pelo largo y brillante. Sólo vestía unos amplios pantalones plateados. Kretyan, algo mayor, era obscura y frágil; una cinta roja cubría sus ojos vacíos y sostenía hacia atrás su pesado pelo. Al igual que su madre; usaba una túnica de tela delicadamente tejida. Hacía calor. La tarde estival ardía en los jardines debajo del balcón y, más allá, en los ondulados campos del Claro. Por todos lados, tan cerca de esta ala de la casa como para sombrearla con las ramas llenas de hojas y de pájaros, tan lejos en las otras direcciones como para azularse y ponerse brumosa por la distancia, la selva los rodeaba

Los cuatro permanecieron sentados durante buen rato, juntos y separados, sin hablar pero unidos

–La cuenta de ámbar se evade hacía el dibujo de la Infinitud -dijo Buckeye con una sonrisa, dejando a un lado su bastidor con su entretejido de cuentas

–Todas tus cuentas llevan a la Infinitud -dijo su hermano-. Efecto de tu reprimido misticismo. Terminarás como nuestra madre, te lo aseguro, capaz de ver las cuentas en un bastidor vacío

–¡Reprimida tontería -señaló Buckeye-. Nunca he reprimido algo en mi vida

–Kretyan -dijo Zove-, los párpados del hombre se mueven. Debe estar en un ciclo de sueños

La ciega se acercó al jergón. Extendió su mano y Zove la guió nuevamente hacia la frente del forastero. Nuevamente guardaron silencio. Todos escuchaban. Pero sólo Kretyan podía oír

Finalmente levantó su inclinada y ciega cabeza

–Nada, – dijo, su voz estaba ligeramente tensa

–¿Nada?

–Una confusión… un vacío. No tiene mente

–Kretyan, te contaré su apariencia. Sus pies han caminado, sus manos han trabajado. El sueño y la droga relajan su rostro, pero sólo una mente pensante podría hollar y desgastar una cara con estas líneas

–¿Qué parecía cuando estaba despierto?

–Temeroso -dijo Parth-. Temeroso, aturdido

–Puede ser un extranjero -dijo Zove-, no un terráqueo, aunque podría ser… Quizás piense de otro modo que nosotros. Intenta una vez más, mientras sigue durmiendo

–Intentaré, tío. Pero no siento mente alguna ni una real emoción o sentido.

La mente de un bebé asusta, pero esto… es peor… oscuridad y una especie de vaciedad confusa…

–Bueno, déjalo -dijo tranquilamente Zove-. La negación de la mente es un mal lugar para la mente

–Esta oscuridad es peor que la mía -dijo la chica-. Tiene un anillo en la mano…

Había posado su mano por un momento sobre la del hombre, en señal de compasión o como si le pidiera su inconsciente perdón por haberse entremetido en sus sueños

–Sí, un anillo de oro sin señales ni dibujo. Era todo lo que tenía sobre el cuerpo. Y su mente tan desnuda como su carne. Así el pobre bruto vino hacia nosotros desde el bosque… ¿enviado por quién?

Toda la familia de Zove, excepto los más chicos, se reunieron esa noche en el gran hall de abajo, donde altas ventanas permanecían abiertas al húmedo aire de la noche. La luz de las estrellas y la presencia de los árboles y el ruido del arroyo penetraban en la habitación casi en penumbras, de modo que entre una y otra persona y entre las palabras que decían había un lugar para las sombras, el viento de la noche y el silencio

–La verdad, como siempre, elude al Forastero -el Amo de la Casa les decía con su profunda voz-. Este extraño nos obliga a elegir entre varias cosas desagradables. Puede ser un idiota de nacimiento, que erró hasta llegar aquí por casualidad; pero, si es así ¿quién lo perdió? Puede ser un hombre cuyo cerebro haya sufrido un accidente o una intervención deliberada. O puede ser un *Shing* que disfraza su mente con una pretendida demencia. O quizás no sea hombre ni *Shing*; pero entonces, ¿qué es? No hay prueba o contraprueba para cualquiera de estas probabilidades. ¿Qué haremos con él?

–Podemos intentar enseñarle algo -dijo Rossa, la esposa de Zove

El hijo mayor del Amo, Metock habló:

–Si puede ser enseñado, entonces hay que sospechar de él. Puede haber sido enviado aquí para ser enseñado, para aprender nuestras costumbres, nuestra intimidad, nuestros secretos. El gato criado por los bondadosos ratones

–No soy un ratón bondadoso, hijo mío -dijo el Amo-. ¿Entonces piensas que es un *Shing*?

–O su instrumento

–Todos somos instrumentos de los *Shing*. ¿Qué harías con él?

–Lo mataría antes de que despertara

El viento sopló débilmente, un pájaro llamó en el húmedo y estrellado Claro

–Me pregunto, – dijo la Mujer Más Vieja-, si será una víctima y no un instrumento. Quizás los *Shing* destruyeron su mente como castigo por algo que hizo o pensó. ¿Coronaremos nosotros el castigo?

–Sería más piadoso -dijo Metock

–La muerte es una piedad falsa -dijo la Mujer Más Vieja amargamente

Entonces discutieron el asunto de adelante para atrás y de atrás para adelante durante un rato, con equidad, pero con una gravedad que incluía tanto la preocupación moral como una ansiedad mayor, nunca expresa pero insinuada cada vez que alguno de ellos decía la palabra *shing*. Parth no intervino en la discusión, sólo tenía quince años, pero escuchaba atentamente. El forastero le había inspirado profunda simpatía y quería que viviera. Rayna y Kretyan se unieron al grupo; Rayna había ensayado todos los tests fisiológicos que conocía sobre el forastero; Kretyan había permanecido a su lado para captar cualquier respuesta mental que se produjera. Sin embargo, poco tenían para informar, salvo que el sistema nervioso del forastero y las áreas sensibles y la capacidad motriz básica de su cerebro parecían normales, aunque sus respuestas físicas y su destreza motora pudiera tan sólo compararse, quizás, con las de un niño de un año de edad, y ningún estímulo local dentro del área del habla había obtenido respuesta

–La fuerza de un hombre, la coordinación de un bebé, la mente vacía -dijo Rayna

–Si no lo matamos como a una bestia salvaje -dijo Buckeye-, tendremos que domesticarlo como a un animal salvaje…

El hermano de Kretyan, Kai, habló:

–Vale la pena intentarlo. Que se nos permita a algunos de los más jóvenes hacernos cargo de él; veremos qué se puede hacer. No tenemos por qué enseñarle los Cánones Internos directamente, después de todo. Por lo menos, enseñarle a no mojar la cama es algo que procede… quiero saber si es humano. ¿Crees que lo sea, Amo?

Zove extendió sus grandes manos

–¿Quién sabe? los tests sanguíneos de Rayna pueden denotarlo. Nunca escuché que un *Shing* tuviera ojos amarillos, o alguna diferencia visible con los terráqueos. Pero si no es *Shing* ni humano, ¿qué es entonces? Ningún ser de Otros Mundos conocidos alguna vez ha caminado sobre la Tierra durante doce mil años. Como tú, Kai, creo que podría arriesgarme a tenerlo aquí, entre nosotros, por pura curiosidad…

De modo que decidieron que su huésped viviera

Primero no constituyó gran trabajo para los jóvenes que lo cuidaban. Recuperaba fuerzas lentamente, dormía mucho, sentado o acostado silenciosamente la mayor parte del tiempo que permanecía despierto. Parth lo llamó Falk, que en el dialecto de la Selva Oriental significaba "amarillo", por su piel cetrina y sus ojos de ópalo

Una mañana, varios días después de su llegada, al llegar a un tramo aun no diseñado de la tela que tejía, dejó ella que su bastidor equipado con energía solar siguiera zumbando por sí solo en el jardín y trepó al protegido balcón donde guardaban a "Falk". Él no la vio entrar. Estaba sentado sobre su jergón y miraba intensamente el brumoso cielo estival. El reflejo hacía llorar sus ojos y los restregó enérgicamente con su mano; después, al ver su mano se quedó contemplándola, por el dorso y la palma. Cerró y extendió los dedos, con el ceño fruncido. Luego, levantó su rostro, otra vez, hacia el blanco resplandor del Sol y lentamente, intencionadamente, estiró su abierta mano hacia él

–Es el Sol, Falk, – dijo Parth-. Sol…

–Sol -repitió él, mirándolo, concentrando, su vacío y ausente ser inundado por la luz del Sol y el sonido de su nombre

De este modo comenzó su educación

Parth subió desde los sótanos y al atravesar la Vieja Cocina vio a Falk acodado en una de las ventanas, solo, mirando como caía la nieve del otro lado del manchado vidrio. Hacía diez días que había golpeado a Rossa y que tuvieron que encerrarlo hasta que se calmara. Desde ese momento se había retraído y no hablaba. Era extraño ver su rostro de hombre ensombrecido y corroído por un persistente sufrimiento de chico malhumorado

–Acércate al fuego -le dijo Parth, pero no se detuvo a esperarlo

En el gran hall, junto al hogar, esperó durante unos momentos, luego desistió y buscó algo con qué levantar su decaído ánimo. No había nada que hacer; la nieve caía, todos los rostros eran demasiado familiares, todos los libros hablaban de cosas sucedidas hacía mucho tiempo y muy lejos, que ya no eran verdaderas. La silenciosa Casa y sus campos estaban enteramente rodeados por la silenciosa selva, sin fin, monótona, indiferente; invierno tras invierno, y ella no dejaría jamás la Casa, porque, ¿adonde iría, qué haría…?

Sobre una de las mesas vacías había dejado su *teanb*, un bello instrumento con teclas, al parecer de origen Hainish. Farth ensayó una melodía en el melancólico Ritmo Escalonado de la Selva Oriental, luego afinó el instrumento en su escala primitiva y comenzó nuevamente. No era hábil con el *teanb* y encontraba las notas con lentitud, cantando las palabras, prolongándolas para mantener la melodía mientras buscaba la nota siguiente:

Más allá del ruido del viento en los árboles,

más allá de sombríos mares tormentosos,

sobre escalones de piedra asoleada,

se yerguen las rubias hijas de Airek…

Perdió la melodía, luego la encontró nuevamente:

…de Airek,

silenciosas, las manos vacías

Una leyenda muy antigua que revelaba, desde un mundo increíblemente remoto, la antigüedad de sus palabras y melodía como parte del patrimonio del hombre durante siglos. Parth cantaba muy suavemente, sola en la gran habitación iluminada por el fuego, mientras la nieve y el crepúsculo obscurecían las ventanas

Hubo un ruido detrás de ella y se volvió y vio a Falk a sus espaldas. Había lágrimas en sus extraños ojos. Dijo:

–Parth… basta…

–Falk, ¿qué te pasa…?

–Me hace daño -dijo, volviendo su rostro que tan claramente revelaba la incoherencia y desamparo de su mente

–¡Qué cumplido para mi canto! – lo hostigó, pero se sentía conmovida y dejó de cantar

Más tarde, esa noche, vio a Falk junto a la mesa donde estaba el *teanb*. Extendió su mano pero no osó tocarlo, como si temiera despertar el dulce e implacable demonio que yacía en el interior y que había gemido bajo las manos de Parth y convertido su voz en música

–Mi niño aprende con más rapidez que el tuyo -le dijo Parth a su prima Garra-, pero el tuyo crece más. Afortunadamente

–El tuyo es bastante grande -convino Garra, mirando a través del huerto hacia la orilla del arroyo donde Falk se encontraba con la hija de un año de Garra sobre su hombro

La temprana tarde estival vibraba con el canto de los grillos y de las chicharras. El pelo de Parth se rizaba en negros bucles sobre sus mejillas mientras ella desataba y anudaba y volvía a desatar los corchetes del bastidor. Por encima de su lanzadera asomaban las cabezas y los cuellos de una fila de garzas bailarinas, bordadas en plata sobre gris. A los diecisiete años era la mejor tejedora entre las mujeres. En invierno, sus manos estaban siempre manchadas con las substancias químicas con las que se elaboraban sus hilos y madejas y con las tinturas que los coloreaban y durante todo el verano tejía, en su bastidor equipado con energía solar, los delicados y diversos diseños de su imaginación

–Pequeña araña -dijo su madre a su lado-, un chiste es un chiste. Pero un hombre es un hombre

–Y tú quieres que yo vaya con Metock a la casa de Kathol y canjee mi tapiz de garzas por un marido. Ya lo sé -dijo Parth

–Nunca dije eso… ¿no es cierto? – preguntó su madre y prosiguió limpiando la maleza entre las hileras de lechugas

Falk subió por el camino, la beba sobre su hombro bizqueaba por el reflejo y sonreía alegremente. La depositó sobre el pasto y le dijo, como si se tratara de una persona mayor:

–Hace más calor aquí ¿no es así? – luego, se volvió hacia Parth con el grave candor que lo caracterizaba y le preguntó-: ¿Tiene fin la selva, Parth?

–Eso dicen. Los mapas son todos diferentes. Pero por ese camino se llega, finalmente, al mar… y por ese a las praderas

–¿Praderas?

–Tierras abiertas, de pastoreo. Como el Claro pero que se extienden unas mil millas, hasta las montañas

–¿Montañas? – preguntó él, con persistente ingenuidad, como un niño

–Colinas altas, con nieve en sus picos durante todo el año. Como esto

Haciendo una pausa para dejar su lanzadera, Parth indicó con sus largos, torneados y morenos dedos la forma de un pico

Los amarillos ojos de Falk se encendieron súbitamente, y su rostro se avivó

–Debajo del blanco está el azul y, debajo los… los macizos… de lejanas montañas…

Parth lo miró sin hablar. Gran parte de lo que él sabía provenía directamente de ella, pues siempre fue la que pudo enseñarle. La reconstrucción de la vida de él había sido un efecto y una parte del desarrollo de la suya. Sus mentes estaban estrechamente entretejidas

–Lo veo… lo he visto. Lo recuerdo -balbuceó el hombre

–¿En una lámina, Falk?

–No. No en un libro. En mi mente. Lo recuerdo. A veces, cuando me duermo, lo veo. No conocía el nombre: la Montaña

–¿Puedes dibujarla?

De rodillas, Junto a ella, bosquejó rápidamente sobre la tierra el perfil de un cono irregular, y debajo, dos líneas de laderas. Garra se estiró para ver el dibujo y preguntó:

–¿Y está blanco de nieve?

–Sí. Es como si lo viera a través de algo… de una gran ventana, grande y alta… ¿Viene de tu mente, Parth? – preguntó con ligera ansiedad

–No -dijo la joven-. Ninguno de nosotros, los de esta Casa, hemos visto alguna vez grandes montañas. No creo que las haya de este lado del Río Interior. Debe ser lejos de aquí, muy lejos -hablaba como alguien sobre quien se desploma un frío

A través del borde de los sueños, un sonido de sierra dentada, un débil zumbido mellado, imponente. Falk se levantó y permaneció junto a Parth; ambos avizoraban con ojos somnolientos que se esforzaban por ver, hacia el norte, donde el remoto sonido vibró y se extinguió y la temprana luz empalidecía el cielo por encima de la oscuridad de los árboles

–Un coche aéreo -susurró Parth-. Escuché uno, antes, hace mucho…

Se estremeció. Falk puso su brazo alrededor de los hombros de ella, acosado por la misma inquietud, la sensación de una presencia remota, incomprensible y maligna que pasaba por el norte, a lo largo del borde del día

El sonido murió a lo lejos; en el profundo silencio de la selva algunos pájaros cantaban en un disperso coro crepuscular da otoño. La luz brillaba en el este. Falk y Parth se reclinaron mutuamente en la calidez y la infinita blandura de sus brazos; sólo a medias despierto. Falk se deslizó hacia el sueño. Cuando ella lo

besó y se evadió hacia sus tareas diurnas, él murmuró:

–No te vayas todavía… pequeño halcón, pequeñita…

Pero ella rió y escapó y él se adormeció durante un rato, todavía incapaz de substraerse a las perezosas y dulces profundidades del placer y de la paz

El Sol brillaba alto y directo en sus ojos. Se dio vuelta, luego se sentó, bostezando, y observó el profundo y rojizo follaje del roble que se elevaba junto al dormitorio. Advirtió que, al marcharse, Parth había dejado funcionando el preceptor del sueño junto a su almohada; murmuraba lejano y repasaba la teoría numérica Cetiana. Eso lo hizo reír, y el frío de la brillante mañana lo despertó completamente. Se puso la camisa y los pantalones -eran de gruesa, suave y obscura tela tejida por Parth y cortados por Buckeye- y se apoyó contra la barandilla de madera del *porch*, mirando a través del Claro hacia el pardo, el rojo y el oro de los interminables árboles. Fresca, tranquila, dulce, la mañana era tal como había sido cuando los primeros seres de este lugar emergieron para levantar casas y contemplar el Sol que se elevaba por sobre la obscura selva. Las mañanas son todas una sola mañana, y el otoño siempre es otoño, pero los años que cuentan los hombres son muchos. Hubo una primera raza en esta Tierra… y una segunda, los conquistadores; ambos se perdieron, conquistados y conquistadores, millones de vidas, todos fundidos en un vago punto del horizonte, en el pasado. Las estrellas fueron ganadas y nuevamente perdidas. Sin embargo los años siguieron corriendo, tanto que la Selva de los tiempos arcaicos, completamente destruida durante la era en que los hombres hicieron y guardaron su historia, creció una vez más. Aun en la obscura e inmensa historia de un planeta el tiempo que lleva hacer una selva cuenta. Un largo lapso. Y no todos los planetas pueden; no es un efecto común ese enredarse de la primera y fría luz entre la sombra y la complejidad de innumerables ramas agitadas por el viento…

Falk gozaba de ello, quizás más intensamente que nadie porque, para él, detrás de esta mañana había tan pocas mañanas. Sólo un breve lapso de días recordados mediaba entre él y la oscuridad. Escuchó las observaciones de un pájaro, en el roble, luego se estiró, sacudió vigorosamente su cabeza y se aprontó para unirse al trabajo y la compañía de los otros

La Casa de Zove era un chalet-castillo-granja, serpenteante y ascendente, de piedra y madera; partes de la misma tenían más de un siglo, algunas más. Su aspecto trasuntaba cierto primitivismo: obscuras escaleras, chimeneas de piedra y sótanos, pisos desnudos de baldosa o madera. Pero nada estaba inconcluso;

perfectamente construida a prueba de fuego y aislada de las inclemencias del tiempo; y algunos elementos de su construcción y función eran inventos sofisticados o máquinas -las agradables y amarillentas luces difusas, las bibliotecas de música, letras y láminas, distintos instrumentos automáticos o inventos utilizados para la limpieza, la cocina, el lavado y el trabajo de granja y algunos más sutiles y más especializados, guardados en las habitaciones de trabajo en el Ala Este. Todas estas cosas formaban parte de la Casa, construidas en ella o junto con ella, fabricadas allí o en otra de las Casas de la Selva. La maquinaria era pesada y simple, fácil de reparar; sólo la ciencia que sustentaba su poderío era delicada e irremplazable

Pero una especie de inventos tecnológicos brillaban por su ausencia. La biblioteca reflejaba una habilidad con la electrónica que casi se había vuelto instintiva; a los muchachos les gustaba fabricar pequeños conmutadores para enviarse señales entre sí a través de las habitaciones. Sin embargo no había televisión, teléfono, radio, trasmisiones telegráficas a o desde el Claro. No existía instrumento de comunicación a la distancia. Había un par de deslizadores neumáticos fabricados en la casa, en el Ala Oriental, pero éstos también eran usados principalmente en los juegos de los chicos. Eran difíciles de manejar en los bosques o en las agrestes sendas. Cuando la gente iba a visitar o comerciar a las otras Casas marchaba a pie, o a caballo si el trayecto era muy largo

El trabajo de la Casa y de la granja era liviano, no implicaba una pesada carga para nadie. El confort no iba más allá del calor y la limpieza, y la comida era fuerte pero monótona. La vida en la Casa tenía el nivel opaco de la existencia en comunidad, una frugalidad limpia y serena. La serenidad y la monotonía se originaban en el aislamiento. Cuarenta y cuatro personas vivían juntas aquí. La Casa de Kathol, que era la más cercana, distaba unas treinta millas hacia el sur. Alrededor del Claro, milla tras milla, la selva se extendía, espesa, inexplorada; indiferente. Selva salvaje y por encima el cielo. No había forma de conciliar lo inhumano con la restricción de lo humano como en las ciudades primitivas dentro del ámbito del hombre. Conservar la mínima expresión de una civilización compleja, intacta, entre tan pocos, constituía un éxito peculiar y peligroso, aunque a la mayor parte de ellos les parecía natural: era el modo de hacerlo; no se conocía ningún otro. Falk lo consideraba de manera ligeramente diferente que los chicos de la Casa, porque siempre tuvo presente que él había surgido de esa inmensa e inhumana maraña, tan siniestro y solitario como cualquier bestia salvaje que en ella deambulara, y que todo lo que había aprendido en la Casa de Zove era como un simple candil que ardiera en un gran espacio obscuro

Durante el desayuno -leche de cabra, queso y cerveza negra- Metock le pidió que lo acompañara a cazar venados. Eso le gustaba a Falk. El Hermano Mayor era un cazador muy diestro, y él también estaba adquiriendo habilidad, esto les permitía, a Metock y a él, tener algo en común. Pero el Amo intervino:

–Lleva a Kai, hoy, hijo mío. Quiero hablar con Falk

Todos en la casa tenían su propia habitación para estudio o trabajo y también para dormir en las épocas más frías. La de Zove era pequeña, de techo alto y llena de luz, con ventanas mirando al este, norte y oeste. Mientras contemplaba la maleza y el barbecho de los campos otoñales, el Amo dijo:

–Parth te vio por primera vez cerca de esa playa cobriza, creo. Hace ya cinco años y medio. ¡Mucho tiempo! ¿Es hora de que hablemos?

–Quizás lo sea. Amo -dijo Falk, con timidez

–Es difícil decirlo, pero creo que tendrías unos veinticinco años cuando llegaste. ¿Qué conservas de esos veinticinco años?

Falk levantó su mano izquierda durante unos momentos

–Un anillo -dijo

–¿Y el recuerdo de una montaña?

–El recuerdo de un recuerdo -Falk se encogió-. Y, con frecuencia, como ya te lo he dicho, encuentro por un instante en mí mente el recuerdo de una voz, o la sensación de un movimiento, de un gesto, de una distancia. Estos no encajan en mi memoria actual, junto a ustedes. Pero no configuran una totalidad, no tienen sentido

Zove se sentó en el alféizar de la ventana y le hizo señas a Falk para que hiciera lo mismo

–No tuviste que crecer; tu capacidad motriz primaria estaba intacta. Pero, aun si se tiene en cuenta esta base, has aprendido con una facilidad pasmosa. Me he preguntado si los *Shing*, al controlar la genética humana en la antigüedad y al desechar colonias enteras, nos seleccionaron por la docilidad y la estupidez y si tú provendrás de alguna raza en mutación que, de alguna manera, escapó al control.

Donde quiera que te encontrases… fuiste un hombre muy inteligente… Y ahora lo eres nuevamente. Y quisiera saber qué es lo que tú mismo piensas sobre tu misterioso pasado

Falk permaneció en silencio durante un minuto. Era un hombre pequeño, enjuto, bien formado; su rostro vivaz y expresivo se mostraba ahora ligeramente ensombrecido o aprehensivo y reflejaba sus sentimientos con tanta candidez como el de un niño. Finalmente, se decidió visiblemente y dijo:

–Mientras estudiaba con Rayna el verano pasado, ella me mostró cómo difería de la norma genética humana. Sólo serán una o dos vueltas de hélice… una diferencia insignificante. Como la diferencia entre *wei* y *o*

Zove elevó la mirada y sonrió por la referencia al *Canon* que fascinara a Falk, pero el hombre más joven no sonreía

–Sin embargo, no hay duda de que soy humano. Por lo tanto, quizás sea un monstruo, o un mutante, producto accidental o intencionalmente; o un extranjero. Supongo, más bien, que soy un experimento genético fracasado, descartado por los experimentadores… No hay indicio que lo confirme. Preferiría pensar que soy un extranjero, que vengo de otro mundo. Eso significaría que, por lo menos, no soy la única criatura de mi especie en el Universo

–¿Qué te induce a asegurar la existencia de otros mundos poblados?

Falk miró hacia arriba, asombrado, y con la credulidad de un chico pero la lógica de un hombre dedujo inmediatamente esta conclusión:

–¿Existe razón alguna para pensar que los otros Mundos de la Liga fueron destruidos?

–¿Existe razón alguna para pensar que existieron alguna vez?

–Eso me lo dijeron ustedes, y los libros, las historias…

–¿Crees en ellas? ¿Crees en todo lo que te decimos?

–¿En qué otra cosa podría creer? – enrojeció-. ¿Por qué habrían ustedes de mentirme?

–Podríamos mentirte sobre todas las cosas, día y noche, por cualquiera de estas dos razones. Porque somos *Shing*. O porque pensamos que tú trabajas para ellos. Hubo una pausa

–Y yo podría estar al servicio de ellos y no saberlo jamás -dijo Falk, bajando la vista

–Posiblemente -dijo el Amo-. Debes tener en cuenta esa posibilidad, Falk. Entre nosotros, Metock ha creído siempre que eras una mente programada, como la llaman ellos. Pero, igualmente, nunca te ha mentido. Ninguno de nosotros, a sabiendas. El Poeta del Río dijo hace mil años: "*En la verdad miente el hombre…*" -Zove pronunció las palabras retóricamente, luego rió-. Doble lengua, como todos los poetas. Bueno, te hemos contado las verdades y hechos que conocemos, Falk. Pero quizás no todas las creencias y las leyendas, lo que sustenta a los hechos…

–¿Cómo podrían enseñarme semejante cosa?

–No podríamos. Aprendiste a ver el mundo en algún otro lugar… en algún otro mundo, quizás. Pudimos ayudarte a hacerte nuevamente hombre, pero no pudimos brindarte una verdadera niñez. Eso sólo sucede una vez…

–Me siento bastante niño, entre ustedes -dijo Falk con una sombra de pesar

–No eres un niño. Eres un hombre sin experiencia. Eres un inválido, porque no *existe* el niño en ti, Falk; te han desarraigado, te han arrancado de tu fuente. ¿Puedes afirmar que éste sea tu hogar?

–No -respondió Falk, retrocediendo, luego dijo-. He sido muy feliz aquí

El Amo hizo una ligera pausa, pero volvió a su interrogatorio

–¿Crees que nuestra vida aquí es positiva, que nosotros seguimos el recto camino que deben seguir los hombres?

–Sí

–Dime otra cosa. ¿Quién es nuestro enemigo?

–Los *Shing*

–¿Por qué?

–Ellos rompieron la Liga de todos los Mundos, les quitaron la libertad y el albedrío a los hombres, destruyeron las obras y los registros de los hombres, detuvieron la evolución de la raza. Son tiranos y mienten

–Pero no nos impidieron proseguir nuestra buena vida aquí

–Nosotros estamos ocultos… vivimos apartados, del modo que nos dejan ser. Si intentáramos construir algunas de las grandes máquinas, si nos reuniéramos en grupos o ciudades o naciones para hacer cualquier obra importante juntos, entonces los *Shing* se infiltrarían y arruinarían el trabajo y nos dispersarían. ¡Te digo sólo aquellos que ustedes me han contado y que yo creo, Amo!

–Lo sé. Me pregunto si detrás del hecho quizás hayas percibido la… leyenda; la creencia; el anhelo…

Falk no respondió

–Nos ocultamos de los *Shing*. También eludimos aquello que una vez fuimos. ¿Te das cuenta de eso, Falk? Vivimos bien en las Casas… bastante bien. Pero estamos completamente dominados por el miedo. Hubo una época en que viajábamos en naves entre las estrellas, y ahora no nos atrevemos a alejarnos ni cien millas de la Casa. Conservamos algunos conocimientos y nada hacemos con ellos. Pero, alguna vez, utilizamos ese saber para tejer la trama de la vida como un tapiz a través de la noche y del caos. Ampliamos las probabilidades de vida. Hicimos obra de hombres

Después de otro silencio Zove prosiguió, con la mirada elevada hacia el brillante cielo de noviembre

–Piensa en los mundos, en los diferentes hombres y bestias que moran en ellos, las constelaciones de sus cielos, las ciudades que ellos construyen, sus canciones y costumbres. Todo eso está perdido, perdido para nosotros, tan completamente como tu niñez lo está para ti. ¿Qué es lo que realmente sabemos de la época de nuestra grandeza? Unos pocos nombres de héroes y mundos, un chismorreo de hechos que hemos tratado de remendar como historia. La ley de los *Shing* prohíbe matar, pero ellos matan el saber, queman los libros, y, lo peor de todo, falsifican lo poco que ha quedado. Se deslizan hacia la Mentira, como siempre. No tenemos ninguna seguridad en relación con la Época de la Liga;

¿cuántos de los documentos son falsificados? Debes recordar, por lo tanto, en qué medida los *Shing* son nuestros enemigos. Es común vivir toda una vida sin encontrar a ninguno de ellos, por lo menos sin saberlo; a lo sumo se escucha un coche aéreo que pasa a la distancia. Aquí, en la Selva, nos dejan vivir, y quizás suceda otro tanto en toda la Tierra, aunque no lo sabemos. Nos dejan mientras nos mantengamos en este lugar, en la jaula de nuestra ignorancia y aislamiento, inclinándonos cuando pasan por encima de nuestras cabezas. Pero no confían en nosotros. ¿Cómo podrían, aun después de doce mil años? No existe la confianza entre ellos porque no existe la verdad en ellos. No respetan ningún pacto, rompen las promesas, perjuran, traicionan y mienten incansablemente; y algunos informes de la época de la Caída de la Liga sugieren que hasta podían mentir mentalmente. Fue la Mentira que traicionó a todas las razas de la Liga y nos condujo a ser esclavos de los *Shing*. Recuerda eso, Falk. Nunca creas nada de lo que haya dicho el enemigo

–No lo olvidaré, Amo, si alguna vez encuentro al Enemigo

–No lo encontrarás a menos que vayas hacia ellos

La aprensión en el rostro de Falk cedió paso a una mirada atenta y tranquila. Lo que había estado esperando llegaba, al fin

–Quieres decir si dejo la Casa -dijo

–Tú mismo has pensado en ello -dijo Zove serenamente

–Sí, lo he hecho. Pero no es posible que me vaya. Quiero vivir aquí. Parth y yo…

Vaciló, y Zove arremetió, incisivo y amable

–Me honra el amor entre tú y Parth, la felicidad y la fidelidad de ustedes. Pero viniste aquí cuando andabas en pos de otra cosa, Falk. Tu relación con mi hija debe ser estéril; a pesar de ello, la apruebo. Pero también creo que el misterio de tu estadía y de tu llegada aquí es importante, no insignificante y desechable; que tú transitas por un camino que sigue más allá; que tú tienes que…

–¿Tengo qué? ¿Quién puede decirlo?

–Aquello que no se nos concedió y que a ti te robaron deben tenerlo los

Shing. Puedes estar seguro de ello

Una dolorosa y destructora amargura se percibía en la voz de Zove, como nunca hasta entonces escuchara Falk

–¿Acaso aquellos que no dicen la verdad contestarán a mi pregunta? ¿Y cómo reconoceré lo que busco cuando lo encuentre?

Zove se quedó silencioso nuevamente y luego dijo con su acostumbrada tranquilidad y mesura

–Me aferro a la noción, hijo mío, de que en ti anida alguna esperanza para el hombre. No quiero abandonar ese anhelo. Pero sólo tú puedes descubrir tu propia verdad: y si a ti te parece que tu camino finaliza aquí, entonces, quizá ésa *sea* la verdad

–Si me *voy* -dijo abruptamente Falk-, ¿dejarás que Parth venga conmigo?

–No, hijo mío

Un niño cantaba en el jardín, el hijo de catorce años de Garra, que daba torpes saltos mortales en el camino y tarareaba con voz aguda melodías dulces. Arriba, en la ondulante V de las grandes migraciones, bandada tras bandada de gansos salvajes se dirigían al sur

–Yo pensaba acompañar a Metock y Thurro a buscar a la novia de Thurro -dijo Falk-. Proyectamos ir pronto, antes de que cambie el tiempo. Si voy, seguiré viaje desde la casa Ransifeld

–¿En invierno?

–Hay casas hacia el Oeste de Ransifeld, no cabe duda, donde puedo solicitar abrigo si lo necesito

No dijo ni Zove le preguntó por qué el Oeste era la dirección en que marcharía

–Quizás; no lo sé. No sé si ellos darán cobijo a los extraños como nosotros. Si te vas, estarás solo y deberás estar solo. Fuera de esta Casa no hay lugar seguro para ti en la Tierra -habló, como siempre, con absoluta sinceridad… y pagó el

precio de la verdad con autocontrol y dolor

Falk dijo, recobrando rápidamente confianza

–Lo sé, Amo. No hay seguridad y lo lamento

–Te diré lo que creo acerca de ti. Pienso que viniste de un mundo perdido; creo que no naciste en la Tierra. Pienso que viniste aquí, primer Extraño que regresa en mil años o más, y que nos traías un mensaje o una señal. Los *Shing* cerraron tu boca, y te perdieron en las selvas de modo que nadie pudiera decir que te habían matado. Llegaste a nosotros. Si te vas, me apenaré y temeré por ti, pues sé cuan solo estarás. ¡Pero depositaré mi fe en ti, y en nosotros mismos! Si traías palabras para hablar a los hombres, las recordarás, finalmente. Debe de haber una esperanza, un signo, no podemos seguir así para siempre

–Quizás mi raza no haya sido amiga de la humanidad -dijo Falk y miró a Zove con sus ojos amarillos-. ¿Quién sabe para qué vine aquí?

–Encontrarás a aquellos que lo saben. Y luego, lo harás. No temo a tu misión. Si tú sirves al Enemigo, también lo servimos nosotros: todo está perdido y no queda nada por perder. Si no es así, entonces tienes eso que los hombres hemos perdido: un destino; y si lo realizas, puedes traernos la esperanza a todos…

Capítulo 2

Zove había vivido sesenta años, Parth veinte; pero ella parecía, esa fría tarde en los Largos Campos, vieja en un sentido en que hombre alguno lo sería, sin edad. No se reconfortaba con las ideas de un último triunfo interestelar o de la vigencia de la verdad. La profecía de su padre al respecto sólo trasuntaba la necesidad de una ilusión. Sabía que Falk se marchaba. Sólo dijo:

–No volverás

–Volveré, Parth

Ella lo rodeó con sus brazos pero no prestó atención a su promesa

El intentó comunicarse telepáticamente con ella, aunque era poco diestro en la telepatía. La única Auditora de la Casa era la ciega Kretyan; ninguno de los otros era adepto a la comunicación sin palabras, al discurso mental. Las técnicas de la enseñanza del discurso mental no se habían perdido, pero se practicaban poco. La gran virtud de esa forma más intensa y perfecta de comunicación se había tornado peligrosa para los hombres

El discurso mental entre dos inteligencias podía ser incoherente y enfermizo, y por lo tanto, significar el error, implicar la sospecha; pero no era posible hacer un uso equivocado del mismo. Entre el pensamiento y la palabra hablada existe una fisura en la que puede penetrar la intención, el símbolo puede ser abstraído y la mentira admitida en la existencia. Entre el pensamiento y el pensamiento enviado telepáticamente no hay fisura; constituyen un acto único. No queda lugar para la mentira

En los últimos años de la Liga, las leyendas y narraciones fragmentarías que había estudiado Falk parecían demostrar que el uso del discurso mental se había difundido y las habilidades telepáticas se habían desarrollado mucho. Era una ciencia que advino tardíamente a la Tierra, pues sus técnicas procedían de otras razas: el Ultimo Arte, como la llamaba un libro. Hubo indicios de perturbaciones y levantamientos en el gobierno de la Liga de Todos los Mundos, que surgieron, quizás, *de* la relevancia de una forma de comunicación que excluía la posibilidad de la mentira. Pero todo esto era ambiguo y a medias legendario, como la historia entera del hombre. Por cierto, desde la llegada de los *Shing* y la caída de la Liga, la

diseminada comunidad de los hombres había faltado a la verdad y utilizado la palabra hablada. Un hombre libre puede hablar libremente, pero un esclavo o un fugitivo debe ser capaz de esconder la verdad y mentir. Eso era lo que Falk había aprendido en la Casa de Zove, y por esa causa tenía muy poca práctica en la armonización de las mentes. Pero ahora pretendía hablarle telepáticamente a Parth para que ella comprendiera que no le mentía:

–¡Créeme, Parth, volveré a ti!

Pero ella no escuchaba

–No, no hablaré telepáticamente -dijo en voz alta

–Entonces me ocultarás tus pensamientos

–Sí. ¿Por qué habría de procurarte mi pena? ¿Qué es lo bueno de la verdad? Si me hubieras mentido ayer, todavía creería que sólo irías a Ransifeld y que dentro de una quincena estarías de regreso en casa. Entonces, todavía me quedarían diez días y diez noches. Ahora nada me ha quedado, ni un día, ni una hora. Todo ha terminado. ¿Qué es lo bueno de la verdad?

–Parth, ¿me esperarás un año?

–No

–Sólo un año…

–Un año y un día y tú regresarás en un corcel de plata para llevarme a tu reino y convertirme en reina. No, no te esperaré, Falk. ¿Por qué esperaría a un hombre que yacerá muerto en la Selva, o fusilado por los Merodeadores en la pradera o acerebrado en la Ciudad de los *Shing*, o en viaje de mil años hacia otra estrella? ¿Qué sería lo que esperaría? No es necesario que pienses que tendré otro hombre. No lo haré. Me quedaré aquí, en la casa de mi padre. Teñiré los hilos y tejeré ropas negras, para vestir de negro o morir de negro. Pero no esperaré a nadie o a nada. Nunca

–No tenía derecho a pedírtelo -dijo él con la humildad del dolor

Y ella sollozó:

–¡Oh, Falk, no te lo reprocho!

Estaban sentados uno junto a otro en la suave pendiente del Campo Largo. Cabras y ovejas pastoreaban en la extensión cercada que se extendía entre ellos y la Selva. Había potrillos que retozaban alrededor de las afelpadas yeguas. Soplaba un gris viento de noviembre

Tenían las manos entrelazadas, Parth tocó el anillo de oro que él llevaba en la mano izquierda

–Un anillo es algo que se regala -dijo ella-. Algunas veces lo he pensado. ¿Tú también? Quizás hayas tenido una esposa. Piensa… quizás haya estado esperándote -tembló

–¿Y eso qué importa? – dijo él-. ¿Por qué debo preocuparme por lo que haya sido, por lo que fui? ¿Por qué tendré que irme de este lugar? Todo lo que soy ahora es tuyo, Parth, viene de ti, es tu don…

–Te lo di libremente -dijo la joven llorando-. Tómalo y vete. Vete…

–Se abrazaron como si no pudieran separarse

La Casa estaba lejos, detrás de negros troncos nevados y ramas sin hojas que se entrechocaban. La espesura se cerraba detrás de la senda

El día era gris y frío, silencioso excepto por el silbido del viento entre las ramas, un susurro ininteligible y no localizable que no cesaba. Metock abría paso y dejaba tras de si una clara huella. Falk lo seguía y el joven Thurro marchaba atrás. Los tres vestían ropas livianas pero cálidas, camisas con capuchas y pantalones de un material no tejido llamado tela de invierno, sobre el cual no se necesitaba chaqueta, aun en medio de la nieve. Cada uno llevaba un liviano fardo de regalos y mercaderías, bolsas de dormir y suficiente comida concentrada como para soportar un mes entero de ventisca. Buckeye, que no había abandonado la casa desde su nacimiento, temía los peligros y demoras en la Selva y había abastecido sus bolsos de acuerdo con ello. Cada uno llevaba un fusil-láser; y Falk cargaba con ciertas provisiones extras -una o dos libras más de comida; medicinas, brújula, un segundo fusil, una muda de ropa, un rollo de soga, un pequeño libro que dos años antes le regalara Zove- todo sumaba unas quince libras de peso; sus posesiones terrestres. Fácil y sin fatiga Metock galopaba adelante, y unas diez yardas atrás, lo seguía él, y después de él venía Thurro. Marchaban con ligereza, hacían poco ruido

y detrás de ellos, los árboles se aglomeraban, estáticos, por encima de la débil senda cubierta de hojas

Tenían que llegar a Ransifeld el tercer día. El segundo, por la tarde, se encontraban en un paraje diferente al de las cercanías de la Casa de Zove. La selva era más abierta, el suelo escarpado. Grises claros se extendían en las colinas, alternados con malezas. Acamparon en uno de esos despejados terrenos, sobre una ladera que miraba al sur, porque el viento norte soplaba más fuerte aún, mordiente e invernal. Thurro trajo brazadas de leña seca mientras los otros dos arrancaban los grises pastos y construían un rústico hogar de piedra. Mientras trabajaban, Metock dijo:

–Cruzamos una vertiente, esta tarde. La corriente corre hacia el oeste. Hacia el Río Inland, al final

Falk se enderezó y miró en dirección hacia el oeste, pero las bajas colinas se elevaban demasiado pronto y el cielo se cerraba de modo que no había perspectiva

–Metock -dijo-. He estado pensando que no hay razón para que visite a Ransifeld. Mejor será que prosiga mi camino. Pareciera que una senda corre hacia el oeste, a lo largo del curso del río que vadeamos esta tarde. Volveré atrás y la seguiré

Metock miró hacia arriba; no habló telepáticamente, pero sus pensamientos eran evidentes:

–¿Estas pensando en volver corriendo a casa?

Falk sí le envió una respuesta telepática:

–No, condenado sea, por cierto que no

–Lo siento -dijo el Hermano Mayor en voz alta, con su modo torvo y escrupuloso. No había pretendido ocultar el hecho de que la partida de Falk lo alegraba. A Metock nada le importaba tanto como la seguridad de la Casa; todo extraño constituía una amenaza, aun ese extraño que conocía desde hacía cinco años, su compañero de caza y el amante de su hermana; pero prosiguió-: Te darán la bienvenida en Ransifeld. ¿Por qué no partir desde allí?

–¿Por qué no desde aquí?

–Tú sabrás por qué eliges esto -Metock puso la última piedra en su lugar, y Falk comenzó a encender el fuego-. Si había una senda por el lugar donde cruzamos, no sé de dónde viene ni adonde va. Mañana temprano cruzaremos un verdadero camino, el antiguo Hirand Road. La Casa Hirand queda muy lejos hacia el oeste, por lo menos a una semana de marcha; nadie ha ido allí durante los últimos sesenta o setenta años. No sé por qué. Pero la senda permanecía aun despejada la última vez que hice este camino. La otra debe ser, tan solo, la huella de algún animal y te extraviará o te conducirá a algún cenagal

–Muy bien. Probaré el Hirand Road

Hubo una pausa, luego Metock preguntó:

–¿Por qué te dirigirás hacia el oeste?

–Porque Es Toch se encuentra en el Oeste. El nombre poco pronunciado sonaba opaco y extraño aquí, afuera, bajo el cielo. Thurro se acercaba con una brazada de leña y miró con inquietud en derredor. Metock no preguntó nada más

Esa noche, junto al fuego del campamento, en la ladera, fue la última de Falk. A la mañana siguiente estaban en camino, nuevamente, poco antes de la salida del Sol, y mucho antes del mediodía llegaron a una senda amplia y cubierta de hierbas que conducía hacia la izquierda del camino a Ransifeld. Había una especie de entrada formada por dos grandes pinos. El lugar era umbrío y tranquilo bajo las ramas y allí se detuvieron

–Regresa a nosotros, huésped y hermano -dijo el joven Thurro, perturbado, a pesar de sus preocupaciones de novio, por el aspecto de ese camino obscuro y vago que tomaría Falk

Metock sólo dijo:

–Dame tu cantimplora, por favor

Y, a su vez, le dio a Falk la suya, cincelada en plata. Luego partieron ellos para el norte, él para el oeste

Después de haber caminado durante un rato, Falk se detuvo y miró hacia atrás. Los otros se habían perdido ya de vista; el camino a Ransifeld estaba casi

oculto detrás de los árboles y malezas que cubrían el Hirand Road. La senda parecía hollada, si bien con poca frecuencia, pero no había sido arreglada ni despejada durante muchos años. Alrededor de Falk nada se veía sino selva, espesura salvaje. Se detuvo, solo, bajo la sombra de los interminables árboles. El suelo era blando con su alfombra de mil años; los grandes árboles, pinos y abetos, volvían el ambiente umbrío y tranquilo. Algún copo de cellisca danzaba en el viento agonizante. Falk aflojó la correa de su faltriquera y prosiguió. A la caída de la noche tuvo la sensación de haber dejado la Casa hacía mucho, mucho tiempo, de que quedaba inconmensurablemente atrás de él, de que siempre había estado solo

Sus días eran iguales: luz gris de invierno; el viento que soplaba; colinas cubiertas de selva y valles, largas lomas, corrientes ocultas por la maleza, tierras pantanosas. Aunque muy cubierto de hierbas el Hirand Road era fácil de seguir, pues conducía a largos cañadones o a suaves curvas y evitaba los pantanos y las subidas pronunciadas. En las colinas, Falk advirtió que seguía el curso de alguna gran carretera antigua, porque el camino se abría a través de las serranías y dos mil años no lo habían borrado enteramente. Pero los árboles crecían en él y a sus lados, pinos y abetos, grandes macizos de acebos en las lomas, tramos de hayas, robles, nogales, alisos, fresnos y olmos, todos ellos superados y coronados por los imponentes castaños que ahora perdían sus hojas amarillo obscuro y sus frutos pardos a lo largo de camino. Por la noche cocinaba el gorrión o la liebre o la gallina salvaje que cazara entre la infinidad de caza menor que se escabullía y revoloteaba en este reino de los árboles; recogía nueces de haya y nueces de nogal y cocinaba las castañas sobre las brasas del fuego que encendía al acampar. Pero las noches eran malas. Dos sueños pesadillezcos lo perseguían diariamente y siempre lo sorprendían a medianoche. En uno era perseguido furtivamente, entre las sombras, por una persona que no se dejaba ver. El otro era peor. Soñaba que había olvidado traer algo consigo, algo importante, esencial, sin lo cual estaba perdido. De este sueño despertaba y sabía que era verdadero: estaba perdido; era de él de quien se había olvidado. Entonces, si no llovía, encendía el fuego y se agachaba junto a éste, demasiado adormilado y perturbado por el sueño como para leer el libro que había traído, el *Antiguo Canon*, y buscar consuelo en las palabras que afirman que, cuando todos los caminos se han perdido el Camino se abre claramente. Un hombre completamente solo es una cosa miserable. Y él sabía que ni siquiera era un hombre sino, a lo sumo, una especie de ser a medias, que intentaba lograr su totalidad en su tentativa por cruzar, desamparado, un continente, bajo estrellas indiferentes. Los días eran todos iguales, pero significaban, sin embargo, un alivio, después de las noches

Todavía llevaba la cuenta de ellos, y se encontraba a once días del cruce de

caminos, es decir, en su décimo-tercer de viaje, cuando llegó al término del Hirand Road. Había llegado a un claro. Descubrió una senda entre extensos tramos de zarza salvaje y de espesos abedules, que llevaba a cuatro torres negras en ruinas que se elevaban por encima de la zarza y las enredaderas y los cardos; eran las chimeneas de una Casa derrumbada. Hirand ya no era nada, sólo un nombre. El camino terminaba en las ruinas

Deambuló alrededor del lugar durante un par de horas, atraído, simplemente, por el helado rastro de la presencia humana. Movió algunos fragmentos de maquinaria herrumbrada, trozos de cacharros rotos, que sobrevivían a los huesos humanos, un fragmento de tela podrida que se hizo polvo entre sus dedos. Finalmente se arrancó del lugar y buscó una huella que condujera hacia el oeste, desde el claro. Atravesó un extraño paraje, un campo de media milla cuadrada, alisado en el mismo nivel y pulido con alguna substancia vidriosa, de obscuro color violeta, impoluta. La tierra se insinuaba en los bordes y las ramas y las hojas habían formado costras en su superficie, pero no se había roto ni rayado. Parecía que ese gran espacio hubiera sido anegado con amatista fundida. ¿Qué había sido -un campo de aterrizaje para algún vehículo inconcebible, un espejo para enviar señales a otros mundos, una base de maniobras? Fuera lo que fuese, había condenado a muerte a Hirand. Había constituido una gran obra que los *Shing* le permitieron realizar a los hombres

Falk prosiguió su camino y penetró en la selva sin seguir, ya, senda alguna

Aquí se alineaban limpios troncos que formaban pasillos. Siguió caminando con paso vivo durante el resto de ese día y la mañana siguiente. El paisaje nuevamente se ondulaba, las lomas corrían de norte a sur atravesando su camino, y alrededor de mediodía, al encaminarse hacia el punto que, desde una loma, parecía el más bajo de la otra, se encontró en medio de un pantanoso valle lleno de cauces de agua. Buscó vados y tropezó en cenagosas praderas anegadas, todo bajo una fría y tupida lluvia. Finalmente, cuando encontraba una salida del lóbrego valle (el tiempo comenzó a mejorar, y, al trepar la ladera el Sol se le adelantó por debajo de las nubes y envió una invernal gloria de rayos entre las desnudas ramas, haciéndolas brillar y también a los troncos y al suelo con dorada humedad. Eso lo alegró; prosiguió con denuedo, pensando en caminar hasta que terminara el día antes de acampar. Todo brillaba, ahora, y estaba completamente silencioso excepto por el goteo de la lluvia desde los extremos de las ramitas y el lejano silbido anhelante de un paro. Luego escuchó, como en su sueño, los pasos que lo seguían, hacia el lado izquierdo

Un roble caído que había sido un obstáculo se convirtió en un instante en una defensa: se dejó caer detrás y, al par que apuntaba con el rifle, dijo en voz alta:

–Déjate ver

Durante un momento largo nada se movió

–¡Sal afuera! – dijo Falk telepáticamente, y se aprestó para la respuesta aunque tenía miedo de ella

Tenía una sensación de extrañeza; había un olor ligeramente rancio en el aire

Un jabalí salvaje salió de entre los árboles, cruzó sobre sus huellas y se detuvo para olfatear el suelo. Un chancho salvaje magnífico, grotesco, con un poderoso lomo, colmillos, patas cortas y rápidas cubiertas de suciedad. Por encima del hocico, de los colmillos y de las púas, los pequeños ojos brillantes miraban a Falk

–Ah, ah, ah, hombre, ah -dijo la criatura resoplando

Los tensos músculos de Falk saltaron y su mano se crispó sobre el gatillo de su pistola láser. No disparó. Un jabalí herido era terriblemente peligroso. Se agazapó y permaneció absolutamente inmóvil

–Hombre, hombre -dijo el chancho salvaje, la voz espesa y opaca brotaba del hocico lleno de cicatrices- háblame telepáticamente. Háblame telepáticamente. Las palabras me hacen daño

La mano de Falk, que empuñaba la pistola tembló. Súbitamente habló en voz alta:

–No hables, entonces. No hablaré telepáticamente. Sigue, sigue tu camino de jabalí

–¡Aah, aah… hombre, háblame telepáticamente!

–Vete o disparo -Falk se irguió, su arma apuntaba con seguridad; los pequeños ojos de cerdo observaron el caño

–Es un error quitar la vida -dijo el cerdo

Falk había recuperado sus facultades y no dio respuesta alguna, esta vez, seguro de que la bestia no entendería las palabras. Movió el arma ligeramente, afinó la puntería y dijo:

–¡Vete!

El jabalí dejó caer la cabeza, hesitó. Luego, con increíble rapidez, como si se hubiera roto una invisible cuerda se volvió y corrió hacia el lugar por donde había aparecido

Falk permaneció inmóvil durante unos momentos, y mientras el animal huía su dedo se crispó, alerta, sobre el gatillo. Su mano tembló nuevamente. Existían antiguas leyendas de bestias que hablaban, pero la gente de la Casa de Zove consideraba que eran pura fantasía, experimentó una ligera náusea y un deseo, también breve, de reír en voz alta

–Parth -susurró, pues tenía que hablar con alguien-, acabo de recibir una lección de ética de un cerdo… ¿Oh, Parth, saldré alguna vez de la selva? ¿Termina en alguna parte?

Prosiguió su camino trepando las laderas pronunciadas y cubiertas de maleza de las serranías. En la cúspide los troncos clareaban y, a través de los árboles, pudo divisar la luz del Sol y el cielo. Unos pasos más y se encontró afuera de las ramas, en el borde de una ladera verde que bajaba hacia una extensión cubierta de huertos y tierras aradas y, al final, hacia un río claro y ancho. Del otro lado del río un rebaño de cincuenta o más cabezas pastoreaba dentro de una pradera cercada y, por encima, campos de alfalfa y huertos se sucedían, cuesta arriba de la loma vecina. Poco más al sur de donde se encontraba Falk el río serpenteaba ligeramente alrededor de una pequeña colina, sobre cuyo barranco, dorada por el Sol poniente se elevaba la roja chimenea de una casa

Parecía un fragmento de otra época de oro, encerrada en ese valle y respetada por los siglos, preservada del gran desorden salvaje de la desolada selva. Un puerto, compañía, y, por encima de todo, orden: el trabajo del hombre. Una especie de aflojamiento de tensiones embargó a Falk cuando divisó una columna de humo que se elevaba de la roja chimenea. Un hogar de leña

–…Corrió colina abajo y atravesó el huerto más bajo hacia un camino que

serpenteaba a lo largo del cauce del río entre achaparrados alisos y sauces dorados. Nada vivo se veía excepto el rojizo ganado que pastaba del otro lado del agua. Un silencio de paz inundaba el invernal valle lleno de Sol. Aminoró la marcha y caminó, entre huertas, hacia la puerta más próxima de la casa. Cuando rodeó la colina, el lugar se elevó ante sus ojos, paredes de ladrillo colorado y piedra que se reflejaban en las rápidas aguas de la curva del río. Se detuvo, ligeramente acobardado y pensó que sería mejor llamar antes de ir más lejos. Un movimiento en una ventana abierta, justo encima de la profunda puerta de entrada, le llamó la atención. Sin avanzar, vacilante, miró hacia arriba y experimentó un súbito y profundo dolor, agudo y quemante, a través del pecho, debajo del esternón: se tambaleó y luego cayó, replegado como una araña al saltar

El dolor había sido instantáneo. No perdió la conciencia, pero no pudo moverse ni hablar

La gente se congregaba a su alrededor; podía verlos, obscuramente, a través de oleadas de ceguera, pero no podía escuchar las voces. Era como si se hubiera vuelto sordo y su cuerpo estaba totalmente entumecido. Luchó para pensar a través de la privación de sus sentidos. Era transportado hacia algún lugar y no podía sentir las manos que lo llevaban; un horrible mareo lo abrumaba, y, cuando se disipó, había perdido todo control sobre sus pensamientos, que corrían y susurraban y parloteaban. Las voces comenzaron a cotorrear y a zumbar dentro de su mente, aunque el mundo deambulaba al garete y se empequeñecía y se acallaba a su alrededor. Quién eres tú de dónde vienes Falk yendo adonde yendo vas no lo sé eres un hombre rumbo oeste yendo no lo sé donde el camino ojos un hombre no un hombre… Oleadas y ecos y vuelos de palabras como gorriones, preguntas, respuestas, estrechándose, superponiéndose, susurrando, gritando, muriendo en un silencio gris

Un velo de oscuridad se corre sobre sus ojos. Un haz de luz la penetra

Una mesa; el borde de una mesa. Luz de una lámpara en una habitación a obscuras

Comenzó a ver, a sentir. Estaba sentado en una silla, en una habitación en sombras, junto a una larga mesa sobre la cual había una lámpara. Estaba amarrado a la silla; podía sentir la cuerda hundida en los músculos del pecho y en los brazos cuando se movía un poco. Movimiento: un hombre surgió a la existencia, a su izquierda, otro a su derecha. Estaban sentados como él, se apoyaban en la mesa. Se inclinaban hacia adelante y hablaban entre ellos, frente a él. Sus voces sonaban

como si vinieran desde atrás de altas paredes y de muy lejos, y él no podía entender las palabras

Tembló de frío. Con la sensación de frío entró en más íntimo contacto con el mundo y comenzó a recuperar el control de su mente. Su oído se aguzaba, su lengua se trababa. Dijo algo que quería decir:

–¿Qué me han hecho?

No hubo respuesta, pero el hombre que estaba a su izquierda acercó mucho su cara a la de Falk y dijo en voz alta:

–¿Por qué viniste aquí?

Falk escuchó las palabras; después de un momento las comprendió; después de otro momento respondió:

–En busca de refugio. La noche

–¿Refugio de qué?

–De la selva. Solo

Sentía que el frío lo penetraba más. Intentó levantar sus pesadas y torpes manos para abotonar su camisa

Debajo de las correas que lo sujetaban, hundidas en la carne, debajo del esternón había un pequeño centro de dolor

–Mantén las manos bajas -dijo el hombre que estaba a su derecha, desde las sombras-. Es algo más que un programado, Argerd. Ningún bloqueo hipnótico podría soportar de tal modo el penton

El de la izquierda, rostro viscoso y ojos rápidos, corpulento, contestó con débil y sibilante voz:

–No puedes decir eso… ¿qué sabemos nosotros acerca de sus ardides? De todos modos, ¿cómo juzgas su resistencia… qué es él? Tú Falk, ¿dónde queda ese lugar de donde vienes, la Casa de Zove?

–Al Este. Me fui… -el número se le escapaba-. Hace catorce días, creo

¿Cómo sabían el nombre de su Casa, su nombre? Recuperaba sus sentidos y no necesitó pensar demasiado en la respuesta. Había cazado venados con Metock utilizando dardos hipodérmicos, que podían hacer de un leve arañazo la causa de una muerte. El dardo que lo había derrumbado o una inyección posterior cuando estuvo inconsciente, debía haberle inoculado una droga que relajara el control aprendido y el bloqueo inconsciente primitivo de los centros telepáticos del cerebro, de modo que se abrieran para el cuestionario paraverbal. Habían escudriñado su mente. La sola idea de ello aumentaba su sensación de frío y malestar y se complicaba con el ultraje a que estuviera indefensamente expuesto. ¿Por qué esa violación? ¿Por qué suponían que mentiría antes siquiera de hablarle?

–¿Pensaron ustedes que yo era un *Shing*? – preguntó

El rostro del hombre sentado a su derecha, delgado, de pelo largo, barbudo, surgió súbitamente dentro del círculo de luz, los labios estirados hacia atrás, y su mano abierta le asestó a Falk un revés en la boca, que le sacudió la cabeza y lo cegó momentáneamente por el golpe. Le zumbaron los oídos; sintió el gusto de la sangre. Hubo un segundo golpe y un tercero. El hombre siseaba con persistencia:

–No digas ese nombre, no lo digas, no lo dirás, no lo digas…

Falk se debatió, indefenso, para protegerse, para liberarse. El hombre, a su izquierda, habló con voz cortante. Luego reinó el silencio durante un momento

–No pretendí hacer ningún daño al venir aquí -dijo Falk por último, tan serenamente como pudo a través de la ira, el dolor y el miedo

–Está bien -dijo el de la izquierda, Argerd- adelante, cuéntanos tu historia. ¿Qué pretendías al dirigirte aquí?

–Pedir refugio para pasar la noche. Y preguntar si hay algún camino que lleve hacia el oeste

–¿Por qué quieres ir hacia el Oeste?

–¿Por qué preguntan? Ya les he contado todo telepáticamente, y así no se puede mentir. Ustedes conocen mi mente

–Tienes una extraña mente -dijo Argerd con su débil voz-. Y extraños ojos. Nadie viene aquí a pedir refugio para la noche o a preguntar el camino o a cualquier otra cosa. Nadie viene aquí. Cuando los siervos de los Otros vienen, los matamos. Matamos a los hombres instrumentos, y a las bestias que hablan, y a los Merodeadores y a los cerdos y a las sabandijas. No obedecemos le ley que dice que es un error quitar la vida- ¿acaso no es así, Drenhem?

El barbudo asintió con una sonrisa malévola que mostró sus ennegrecidos dientes

–Nosotros somos hombres -dijo Argerd-. Hombres libres, asesinos. ¿Qué eres tú con tu mente a medias y tus ojos de búho, y por qué no habríamos de matarte? ¿Eres un hombre?

En el breve lapso de su memoria, Falk no se había encontrado directamente con la crueldad o el odio. La poca gente que había conocido, si bien no dejaba de ser temerosa, no estaba regida por el miedo; habían sido generosos y familiares. Entre estos dos hombres que ahora conocía estaba indefenso como un niño, y el saberlo lo espantaba y simultáneamente lo llenaba de odio

Buscó alguna defensa o evasión y no encontró nada. Todo lo que podía hacer era decir la verdad

–No sé qué soy ni de dónde vengo. Trato de investigarlo

–¿Yendo adonde?

Paseó su mirada de Argerd al otro, Drenhem. Sabía que sabían la respuesta, y que Drenhem lo golpearía nuevamente, en caso de decirlo

–¡Contesta! – murmuró el barbudo, levantándose a medias e inclinándose hacia adelante

–A Es Toch -dijo Falk, y una vez más Drenhem lo golpeó en la cara y una vez más asimiló el golpe con la silenciosa humillación de un chico castigado por extraños

–Esto no anda bien; no dirá ninguna otra cosa de lo que le sacamos con el penton. Levantémoslo

–¿Después qué? – dijo Drenhem

–Vino a pedir refugio para pasar la noche; se lo daremos. ¡Levántate!

La correa que lo sujetaba fue aflojada. Se puso de pie, tambaleante. Cuando vio la puerta y el declive de la escalera, lo empujaron hacia abajo, intentó resistirse y liberarse, pero sus músculos todavía no le obedecían. El brazo de Drenhem lo obligó a doblarse y lo empujó a través de la puerta. La puerta se cerró de golpe mientras él se volvía, tambaleante, para no rodar escalones abajo

Estaba obscuro, negro obscuro. La puerta parecía sellada, no había picaportes de este lado, ni un punto ni un atisbo de luz se divisaba por debajo. Falk se sentó en el escalón de más arriba y apoyó la cabeza sobre sus brazos

Gradualmente la debilidad de su cuerpo y la confusión de su mente se despejaron. Levantó la cabeza, se esforzaba por ver. Su visión nocturna era extraordinariamente aguda, una función, como lo señalara Rayna hacía mucho, de su dilatada pupila y extenso iris. Pero sólo manchas y fogonazos de imágenes alucinantes lo atormentaban; no podía ver nada porque no había luz. Se levantó y escalón tras escalón tanteó su lento camino por la estrecha e invisible escalera

Veintiuno, dos, tres… nivel. Suciedad. Falk se adelantó lentamente, una mano extendida, atento

Aunque la oscuridad era una especie de presión física, una constricción, una ilusión engañosa de que si sólo mirara concentradamente vería, no la temía en sí misma. Metódicamente, a pasos y tanteos y escuchando, concibió una parte del amplio sótano en el que se encontraba, primera habitación de una serie que, a juzgar por el eco, parecía continuar indefinidamente. Encontró el camino directo hacia la escalera, la cual, por haber sido el lugar de partida constituía el hogar básico: Se sentó en el escalón más bajo esta vez. Tenía hambre y mucha sed. Le había quitado su bolsón y no le habían dejado nada

–La culpa es tuya -*se dijo amargamente Falk, y una especie de diálogo se estructuró en su mente*

–¿Qué hice? ¿Por qué me atacaron?

–Zove te dijo: "No confíes en nadie". Ellos no confían en nadie y tienen razón

–¿Aun en alguien que viene solo y pide ayuda?

–¿Con tu rostro… tus ojos? ¿Cuando es evidente, con una simple ojeada, que tu no eres un ser humano normal?

–No importa, podrían haberme ofrecido un vaso de agua -*dijo la quizás aniñada y no temerosa parte de su mente*

–Tienes una suerte de los mil demonios de que no te hayan matado después de haberte visto -*replicó su intelecto y no obtuvo ya respuesta*

Todas las personas de la Casa de Zove se habían acostumbrado a la mirada de Falk, y los huéspedes eran poco frecuentes y circunspectos, de modo que nunca se había visto obligado a reparar específicamente en su diferencia física con la norma humana. Le había parecido una peculiaridad y una barrera mucho menor que la amnesia y la ignorancia que lo aislaran durante tanto tiempo. Ahora, por primera vez, advertía que un extraño que lo observara no encontraría en él el rostro de un hombre. El llamado Drenhem le había temido y lo había golpeado porque el extranjero lo atemorizaba y le resultaba repelente, lo monstruoso, lo inexplicable

Era sólo aquello que Zove había intentado decirle cuando le advirtiera grave y tiernamente:

–Debes ir solo, no hay otra posibilidad

No le quedaba otro recurso que dormir. Se enroscó de la mejor manera posible en el último escalón, porque el sucio piso estaba húmedo y cerró sus ojos en la oscuridad

Poco tiempo después, sin conciencia de la hora, lo despertaron las lauchas. Corrían y hacían un débil ruidito, un zigzagueante rasguño de sonido a través del velo negro y susurraban con voces pequeñas muy cerca del suelo

–Es un error quitar la vida es un error quitar la vida hola holaaaaaa no nos mates

–Las mataré -rugió Falk y todas las lauchas se callaron

Era difícil conciliar el sueño nuevamente; o quizás lo difícil era dirimir si estaba dormido o despierto. Se quedó recostado y se preguntó si sería ya el día o todavía la noche; cuánto tiempo lo dejarían allí y si lo matarían o si utilizarían otra vez esa droga hasta que su mente quedara destrozada, no sólo violada; cuánto tardaría la sed en convertirse de molestia en tormento; cómo haría uno para cazar lauchas en la oscuridad sin trampa ni cebo; cuánto tiempo duraría uno vivo con una dieta de ratón crudo

Varias veces, para descansar de sus pensamientos, se dedicó a nuevas exploraciones. Encontró una tina grande o cuba y su corazón latió con esperanza, pero estaba vacía: las maderas astilladas cerca del fondo le lastimaron las manos cuando las tanteó. No pudo encontrar ni otras escaleras ni puertas en sus ciegas excursiones a lo largo de interminables e invisibles paredes

Finalmente perdió la noción de la orientación y no dio con las escaleras. Se sentó en el suelo, entre las sombras, y se imaginó la lluvia cayendo en la selva de su solitario viaje, la luz gris y el sonido de la lluvia. Habló para sí las palabras que pudo recordar del *Antiguo Canon*, que comienzan en el comienzo:

El camino que puede ser caminado

no es el eterno camino…

Su boca estaba tan seca que intentó lamer el suelo sucio en busca de frescura; pero, para la lengua sólo fue polvo seco. Las lauchas corrían cercanas a veces, susurrando

En la lejanía, corredores abajo, los cerrojos chirriaron y hubo estrépito de metales y un brillante y penetrante estampido de luz. Luz…

Vagas formas y sombras, bóvedas, arcos, tinas, rayos, puertas que se abrían, se desvelaron y relucieron a través de la sombría realidad que lo rodeaba. Luchó para ponerse en pie y salvó el camino, inseguro pero corriendo, hacia la luz

Provenía de una puerta baja, a través de la cual, cuando se acercó, pudo ver una loma del terreno, las copas de los árboles y el cielo rosado del crepúsculo o de la mañana, que deslumbró sus ojos como si fuera una mediodía de verano. Se detuvo, puertas adentro, por el encandilamiento y porque una figura inmóvil permanecía justo a la entrada

–Sal -dijo la débil y ronca voz del hombre corpulento, Argerd

–Espera. Todavía no puedo ver

–Sal. Y sigue tu camino. No vuelvas la cabeza o te la saco de un tiro

Falk llegó a la entrada luego vaciló nuevamente. Sus pensamientos en la oscuridad tenían ahora un sentido. Si lo dejaban ir, había pensado, significaría que tenían miedo de matarlo

–¡Muévete!

Aprovechó la oportunidad

–No sin mi bolso -dijo, débil la voz en su garganta reseca

–Es un láser, te advierto

–Puedes usarlo. No puedo atravesar el continente sin mi propio revólver

Ahora fue Argerd quien hesitó. Finalmente, su voz. se convirtió casi en un chillido cuando le gritó a alguien:

–¡Gretten! ¡Gretten! ¡Trae las cosas del extranjero!

Hubo una larga pausa. Falk permanecía en la oscuridad del lado de adentro de la puerta, Argerd, inmóvil, del de afuera. Un muchacho se acercó corriendo por la pendiente de césped que se divisaba desde la puerta, arrojó el bolso de Falk al piso y desapareció

–¡Levántalo! – ordenó Argerd; Falk salió a la luz y obedeció-. Ahora sigue tu camino

–Espera -murmuró Falk, de rodillas mientras buscaba afanosamente dentro del desordenado y desatado bolso-. ¿Dónde está mi libro?

–¿Libro?

–El *Antiguo Canon*. Un libro manual, no electrónico…

–Crees que te dejaríamos partir de aquí con eso?

Falk lo miró con fijeza

–¿No reconocen ustedes los Cánones del Hombre cuando los ven? ¿Por qué cosa los toman?

–Tú no sabes ni sabrás qué es lo que pensamos, y si no comienzas a marcharte te quemaré las manos. Levántate y sigue tu camino, en línea recta, ¡pronto!

La nota chillona deformaba nuevamente la voz de Argerd, y Falk advirtió que se había extralimitado. Cuando vio la mirada de odio y miedo en la pesada e inteligente cara de Argerd se sintió perdido y con rapidez cerró y se echó al hombro el bolso, pasó junto al hombre y comenzó a subir la cuesta cubierta de césped que arrancaba desde la puerta. La luz era la del atardecer, poco después de la puesta del Sol. Caminó hacia ella. Un fino cordel elástico de puro suspenso parecía conectar la parte posterior de su cabeza con el caño de la pistola láser que sostenía Argerd, estirándose, estirándose a medida que él caminaba. A través de una extensión cubierta de maleza, a través de un puente de tablones sueltos que cruzaba el río, camino arriba, entre pastizales y luego entre huertos. Llegó a la cima de la loma. Allí miró hacia atrás rápidamente, y vio el oculto valle tal como la primera vez, inundado por la dorada luz del crepúsculo, suave y tranquilo, las altas chimeneas reflejadas en el espejo del río. Se apresuró a internarse entre las sombras de la selva donde ya era de noche

Sediento y hambriento, dolorido y desanimado, Falk vislumbró su desamparado viaje a través de la Selva Oriental, abriéndose paso ante sus ojos sin ningún vago deseo, ahora, de un hogar amistoso, en algún lugar, a lo largo de su ruta, para quebrar la dura y salvaje monotonía. No debía buscar un camino sino evitar todos los caminos, y ocultarse de los hombres y de sus tristes parajes como cualquier bestia salvaje. Sólo una cosa lo alegraba ligeramente, mientras hacía un alto junto a una corriente de agua para beber y comer algo de la ración que guardaba en el bolso, y era el pensamiento de que, si bien había atraído el peligro sobre sí; no había sucumbido a él. Había burlado al jabalí moral y al brutal hombre en su propio terreno y salido a salvo. Eso lo animaba; porque se conocía tan poco a sí mismo que todos sus actos eran, también, actos de descubrimiento de sí, como los de un chico, y al saber que tanta falta le hacía se alegraba de comprobar que por lo menos no carecía de coraje. Después de beber y comer y de beber una vez más prosiguió, a la luz de una Luna que recién salía y que era suficiente para sus ojos,

hasta que puso una milla o más de campo abierto entre él y la Casa del Terror, como ahora la pensaba. Luego, agotado, se echó a dormir al borde de un pequeño claro, sin hacer fuego ni levantar refugio alguno, yaciendo boca arriba bajo el invernal cielo bañado por la Luna. Nada rompió el silencio sino una o dos veces el suave chistido de un búho cazador. Y esta desolación le parecía llena de paz y bendita después de las carreras y de las fantasmales voces y de la oscuridad del sótano prisión de la casa del Terror

Cuando prosiguió rumbo al oeste, a través de los árboles y de los días, no llevó ya la cuenta ni de unos ni de otros. El tiempo seguía; y él seguía

El libro no era lo único que había perdido; se habían quedado con la cantimplora de plata de Metock y con una pequeña caja, también de plata, de ungüento desinfectante. Sólo podían haberse guardado el libro porque pretendían hacer un mal uso de él o porque lo consideraban una especie de código y de misterio. Hubo un momento en que su pérdida le pesó irracionalmente, pues le parecía el único vínculo que lo unía con la gente que había amado y en quien confiara, y una vez se dijo, sentado junto al fuego, que al día siguiente volvería atrás y encontraría la casa del Terror y conseguiría el libro. Pero siguió hacia adelante, al día siguiente. Tenía la posibilidad de marchar hacia el oeste, con la brújula y el Sol como guías, pero no de volver a encontrar un lugar determinado en la infinidad de esas interminables colinas y valles de la Selva. No el oculto valle de Argerd; no el Claro donde Parth estaría tejiendo a la luz del Sol de invierno. Todo eso quedaba detrás de él, perdido

Quizás de la misma forma se había perdido el libro. ¿Qué podría haber significado para él, aquí, ese sagaz y paciente misticismo de una civilización muy antigua, esa callada voz que hablaba desde olvidadas guerras y desastres? La humanidad había sobrevivido al desastre; y él había huido de la humanidad. Estaba demasiado lejos, demasiado solo. Vivía enteramente de la caza ahora; eso volvía más lenta su marcha diaria. Aun cuando no se tratara de caza mayor y fuera muy abundante, no era tarea que pudiera realizarse con apuro. Luego uno debía limpiar y cocinar la presa y sentarse a pelar los huesos junto al fuego, lleno por un rato y amodorrado en medio del frío invernal; y levantar un refugio de ramas y troncos contra la lluvia; y dormir; y al día siguiente seguir adelante. Un libro no tenía objeto aquí, ni siquiera ese *Antiguo Canon* de la Antiacción. No lo hubiera leído; en verdad, estaba dejando de pensar. Cazaba y comía y caminaba y dormía, silencioso en el silencio de la selva, sombra gris que se escurría hacia el oeste a través de un medio salvaje y frío

El tiempo estaba cada vez más nublado. Con frecuencia, delgados gatos salvajes, hermosas criaturas de piel manchada o a rayas y ojos verdes, esperaban dentro del ámbito de su campamento los restos de su comida, y se acercaban con cautelosa y tímida fiereza a recoger los huesos que él les arrojaba: su presa de roedores era escasa ahora, pues invernaba bajo el frío. Ninguna bestia desde la casa del Terror le había hablado o se había comunicado telepáticamente con él. Los animales que poblaban el hermoso y helado bosque de tierras bajas en que ahora se encontraba nunca se habían entremetido en su andar, quizás nunca hubieran visto o sentido el olor del hombre. Y, a medida que se alejaba detrás, advertía con mayor claridad la extemporaneidad de esa casa escondida en el tranquilo valle, de sus cimientos habitados por lauchas que chillaban en lenguaje humano, de su gente que revelaba poseer avanzados conocimientos, la droga de la verdad, y una ignorancia propia de la barbarie. El Enemigo había estado allí

Que el Enemigo hubiera estado alguna vez aquí era dudoso. Nadie había estado aquí nunca. Nadie podría haber hollado este lugar. Los grajos gritaban en las grises ramas. Heladas hojas pardas crujían bajo sus pies, las hojas de mil otoños. Un alto ciervo lo miró a través de una pequeña pradera, inmóvil, cuestionándole el derecho a estar allí

–No te mataré. Cacé dos gallinas esta mañana -dijo Falk

El ciervo lo contempló con la señorial prestancia de los que no tienen habla, y se marchó lentamente. Nadie le temía a Falk, aquí. Nadie le hablaba. Pensó que terminaría olvidando el lenguaje nuevamente y convirtiéndose, otra vez, en el ser que había sido, mudo, salvaje, inhumano. Se había alejado demasiado de los hombres y había accedido a un paraje donde reinaban las criaturas mudas y los hombres no habían llegado

Al llegar al borde de la pradera tropezó con una piedra, y apoyado en las manos y las rodillas leyó unas letras gastadas por el tiempo, grabadas en el bloque a medio sepultar: CK O

Los hombres habían llegado aquí; habían vivido aquí. Debajo de sus pies, debajo del helado y abrupto terreno de arbustos sin hojas y árboles desnudos, debajo de las raíces, había una ciudad. Sólo que él llegaba un milenio o dos demasiado tarde

Capítulo 3

Los días que Falk ya no contaba se habían acortado mucho, y quizás ya habían pasado el Fin de Año, el solsticio de invierno. Aunque el tiempo no era tan malo como podría haber sido en los años en que la ciudad se irguiera por encima de la Tierra, porque éste era un ciclo meteorológico más cálido, sin embargo casi siempre estaba nublado y gris. La nieve caía a menudo, no tan espesa como para dificultar el camino, pero lo suficiente como para que Falk pensara que si no hubiera traído su ropa de invierno y su bolsa de dormir de la Casa de Zove, habría sufrido algo más que la simple incomodidad del frío. El viento norte soplaba tan cruelmente que tendía siempre a desviarse ligeramente hacia el sur, y elegía la dirección suroeste, cuando era posible hacerlo, antes que dar la cara al viento.

En la avanzada y obscura tarde de un día de cellisca y lluvia llegó trabajosamente a un valle que corría en dirección sur, y se debatió a través de espesa maleza que crecía sobre el terreno rocoso y barroso. Inmediatamente los pastizales ralearon y accedió a un súbito alto. Ante él corría un gran río, que brillaba con destellos obscuros y salpicados por la lluvia. La llovizna obscurecía casi por entero la ribera opuesta. Se asombró de la anchura, la majestad de esta gran corriente silenciosa que fluía en dirección al oeste y de sus aguas obscuras bajo el cielo encapotado. Primero pensó que se trataba del Río Inland, una de las pocas referencias del continente interior conocidas en calidad de rumores por las Casas de la Selva Oriental; pero se decía que aquel corría hacia el sur y delimitaba el borde occidental del reino de los árboles

Seguramente era un tributario del Río Inland. Lo siguió, por esa razón, y porque lo mantenía apartado de las altas colinas y lo proveía tanto con agua como con buena caza; además, era agradable tener, a veces, una playa de arena como camino, con el cielo abierto por encima de la cabeza y no la oscuridad eterna de las ramas sin hojas. De modo que siguiendo el río se dirigía al oeste, por el sur, a través de una ondulada tierra de bosques, fría y silenciosa y sin color bajo la garra del invierno

Una de esas mañanas junto al río, cazó una gallina salvaje, tan comunes aquí en bandadas que cacareaban y volaban bajo y que le procuraban su plato principal. Recién la había aferrado por las alas y todavía no la había matado cuando la levantó. Entonces aleteó y gritó con su penetrante voz de ave, – quitar la vida… quitar… vida… quitar…; le retorció el cuello

Las palabras afluían a su mente y no podía silenciarlas. La última vez que

una bestia le hablara fue cuando se encontraba cercano a la casa del Terror. En alguna parte, en estas solitarias colinas grises, había, o había habido, hombres: un grupo escondido como en la casa de Argerd, o Merodeadores salvajes que lo matarían cuando vieran sus extraños ojos, u hombres instrumentos que lo llevarían ante sus Amos como prisionero o esclavo. Aunque al final tuviera que enfrentar a estos Amos, encontraría su propio camino hacia ellos, a su debido tiempo, y solo. ¡No confiar en nadie, evitar a los hombres! Había aprendido la lección. Anduvo muy cautelosamente ese día, tan silencioso que, con frecuencia, las aves acuáticas que pululaban en las riberas del río levantaban vuelo, sorprendidas, casi debajo de sus pies

No cruzó ningún camino ni vio signo alguno de que seres humanos habitaran o hubieran llegado nunca cerca del río. Pero hacia el final de la corta tarde, una bandada de aves salvajes verdebroncíneas elevaron vuelo adelante de él y sobrevolaron el agua cacareando y gritando juntas en una algarabía de palabras humanas

Un poco más lejos se detuvo pues creyó haber percibido olor de humo de leña en el viento

El viento soplaba río arriba hacia él, desde el noroeste. Prosiguió, doblemente cauteloso. Luego, como la noche avanzara entre los troncos de los árboles y obscureciera las ya obscuras márgenes del río, en la lejanía, más allá de la costa agreste y poblada de sauces una luz parpadeó y se desvaneció y volvió a brillar

Ya no fue ni por temor ni siquiera por precaución que se detuvo, inmóvil sobre sus huellas para contemplar el distante relumbrar. Aparte de su propio fuego solitario, era la primera luz que había visto en medio de la espesura desde que abandonara el Claro. Lo conmovió extrañamente, brillando lejana entre las sombras

Paciente en su fascinación como cualquier animal de la selva, esperó hasta que la noche se cerniera completamente y luego se encaminó despacio y sin hacer ruido, a lo largo de la ribera del río, manteniéndose al amparo de los sauces, hasta que estuvo lo suficientemente cerca como para ver el cuadrado de la amarilla ventana con la luz del fuego y el pico de la chimenea por encima, cubierto de nieve, y el alero de pino. Imponente sobre la obscura selva y el río, brillaba Orion. El viento de la noche era muy frío y silencioso

De vez en cuando un copo de nieve se desprendía de una rama y caía hacia las obscuras aguas teñido con la luminosidad del fuego mientras descendía

Falk permaneció observando la luz dentro de la cabaña. Se acercó algo, luego se quedó inmóvil durante largo rato

La puerta de la cabaña crujió al abrirse, y formó un abanico de oro sobre el obscuro suelo y desmenuzó la nieve en corpúsculos y lentejuelas

–Acércate a la luz -dijo un hombre que se detuvo, al descubierto, en el dorado recuadro formado por la puerta

Falk en la oscuridad de la espesura puso su mano sobre su pistola láser y no hizo ningún otro movimiento

–Te escucho mentalmente. Soy un Auditor. Entra. No tienes nada que temer. ¿Hablas en este idioma?

Silencio

–Espero que sí, porque no utilizaré la comunicación telepática. No hay nadie aquí, excepto yo, y tú -dijo la pausada vos-. Escucho sin intentarlo, como tú escuchas con tus oídos, y todavía te escucho allí, en la oscuridad. Ven y golpea la puerta si quieres entrar y refugiarte bajo mi techo

La puerta se cerró

Falk permaneció inmóvil durante unos momentos. Luego cruzó la breve distancia obscura que lo separaba de la cabaña y golpeó la puerta

–¡Entra!

Abrió la puerta y entró a la luz y al calor

Un anciano, de largo pelo gris trenzado sobre su espalda, estaba de rodillas frente al hogar avivando el fuego. No se dio vuelta para mirar al extraño, pero dejó su fuego despaciosamente. Después de un momento cantó en voz alta y lenta:

"estoy solo y confundido,

confundido, desolado

Oh, como en el mar, al garete

Oh, sin puerto donde anclar…"

La cabeza gris se volvió finalmente. El viejo sonreía; sus angostos y brillantes ojos recorrieren de arriba a abajo a Falk

Con una voz que sonaba débil y vacilante porque no había pronunciado palabra alguna durante mucho tiempo, Falk respondió con la estrofa siguiente del *Antiguo Canon*:

"Todo el mundo es útil,

pero yo estoy solo

y para nada sirvo,

forastero

Sólo yo difiero de los otros,

pero busco la leche de la madre,

el camino…"

–¡Ja, ja; ja! – dijo el anciano-. ¿Es cierto, Ojos Amarillos? Acércate, siéntate junto al fuego. Forastero. Sí, sí, sí… No cabe duda. Eres un forastero. ¿A qué distancia de la Tierra…? ¿quién sabe? ¿Cuánto hace que no te bañas en agua caliente? ¿Quién sabe? ¿Dónde estará la maldita marmita? Fría noche en el ancho mundo, ¿no es cierto? Fría como el beso de un traidor. Ya está: llénala con el balde que encontrarás junto a la puerta, ¿quieres? luego yo la pondré sobre el fuego, eso es. Soy un Thurro-sabio, veo que me comprendes, de modo que no encontrarás demasiado confort aquí. Pero un baño caliente es caliente, no importa si la marmita hierve por fusión de hidrógeno o por las llamas de los leños, ¿en? Sí, evidentemente eres un extranjero, muchacho, y a tus ropas no les vendría mal un baño, también, por más que sean a prueba de tiempo. ¿Qué es eso…? ¿Conejos? Bueno. Los asaremos mañana con una o dos verduras. Las verduras son algo que no se puede cazar con un fusil láser. Y no puedes cultivarlas en un zurrón. Vivo

solo aquí, mi muchacho, solo y absolutamente solitario. Porque soy un gran, el muy grande, el más grande Auditor, vivo solo y hablo demasiado. No nací aquí, como un hongo bajo un árbol; pero con los demás hombres nunca pude lograr una comunicación de mentes; todo el barullo y el dolor, y la algarabía y el pesar y todas sus modalidades me dejaban en situación de tener que encontrar mi propio camino a través de cuarenta selvas diferentes. De modo que vine a vivir solo en la verdadera selva con las bestias a mi alrededor, con mentes pequeñas pero constantes. No hay mentiras en sus pensamientos. No yace el engaño en sus intenciones. Siéntate: hace mucho que andas y tus piernas están cansadas. Falk se sentó en el banco de madera junto al hogar

–Te agradezco tu hospitalidad -dijo, y estaba a punto de decir su nombre cuando el anciano habló

–No tiene importancia. Puedo llamarte por una cantidad de nombres, lo suficientemente buenos para este lugar del mundo: Ojos Amarillos, Forastero, Huésped, cualquiera servirá. Recuerda que soy un Auditor, no un paraverbalista. No me interesan las palabras ni los nombres. No los quiero. Había un alma sola, afuera, en la oscuridad, lo sabía, y sé como mi iluminada ventana brillaba para tus ojos. ¿No es eso suficiente, más que suficiente? Y mi nombre es TodoSolo. ¿Entiendes? Ahora, arrímate, caliéntate junto al fuego

–Estoy entrando en calor -dijo Falk

La trenza gris del anciano saltaba contra sus hombros mientras se movía, ligero y frágil, al par que fluía su suave voz; nunca formulaba una verdadera pregunta, nunca hacía una pausa para dejar lugar a una respuesta. No tenía ningún temor y era imposible temerlo

Ahora todos los días y noches de viaje a través de la selva se homogeneizaban detrás de Falk. No tenía que pensar en el tiempo, en la oscuridad, en las estrellas y bestias y árboles. Podía sentarse y estirar sus piernas hacia el brillante fuego, podía comer en compañía de otro, podía bañarse frente al fuego en una cuba de madera llena de agua caliente. No sabía cuál placer era mayor, si la calidez del agua que lavaba la suciedad y el cansancio o la calidez que lavaba su espíritu en este lugar, la absurda charla fugaz del viejo, la milagrosa complejidad de la conversación humana después del largo silencio de la espesura

Admitía como verdadero todo lo que el anciano le decía, que era capaz de sentir las emociones y percepciones de Falk, que era un auditor de mentes, que

practicaba la empatía. La empatía era respecto de la telepatía lo que la vista respecto del tacto, un sentido más ambiguo, más primitivo y más íntimo. No estaba sujeta a un refinado aprendizaje y control, en el grado de la telepatía; inversamente, la empatía involuntaria no era poco frecuente, aun entre los no ejercitados. La ciega Kretyan se había cultivado como auditora de mentes, pues tenía el don natural. Pero no era un don semejante a éste. No le llevó a Falk demasiado tiempo el tener la certidumbre de que el anciano advertía, de hecho, constantemente, y en cierta medida lo que su visitante sentía y experimentaba. Por alguna razón esto no le molestó a Falk, mientras que cuando se enteró de que la droga de Argerd le había abierto la mente para la investigación telepática se enfureció

–Esta mañana maté una gallina -dijo, cuando el viejo calló unos momentos, mientras calentaba una áspera toalla para él junto al crepitante fuego-. Habló en su lenguaje. Algunas palabras de… de la ley. ¿Significa eso que alguien de los alrededores le enseña a hablar a las bestias y a las aves? – no estaba tan relajado, a pesar de salir del baño caliente, como para decir el nombre del Enemigo… no después de su lección en la casa del Terror

A modo de respuesta, el anciano meramente le formuló una pregunta por primera vez:

–¿Comiste la gallina?

–No -dijo Falk, secándose a la luz del fuego que enrojecía su piel y la volvía del color del bronce-. No después de que hablara. En su lugar maté a los conejos

–¿Matarla y no comerla? Vergonzoso, vergonzoso, – cloqueó el viejo y luego alardeó como un gallo salvaje-. ¿No tienes respeto por la vida? Debes entender la Ley. Dice que no debes matar a menos que te veas obligado a matar. Y, en esa circunstancia, lo menos posible. Recuerda eso en Es Toch. ¿Estás seco? Cubre tu desnudez, Adán del *Canon Yawhe*. Aquí tienes, envuélvete con esto, no es delicado corno tus propias ropas, sólo cuero de venado curtido, pero, por lo menos, está limpio

–¿Cómo sabes que voy a Es Toch? – preguntó Falk, mientras se envolvía en la suave vestimenta de cuero como si fuera una toga

–Porque no eres humano -dijo el viejo-. Y recuerda, yo soy el Auditor. Conozco la brújula de tu mente, a pesar de que es extranjera, lo quiera o no. El

norte y el sur son confusos, muy lejos en el este hay una luminosidad perdida; hacía el oeste yace la oscuridad, una profunda oscuridad. Escucha. Escucha lo que digo, porque no quiero escucharte a ti, querido huésped, y desatinado. Si hubiera querido escuchar la charla de los hombres no habría vivido aquí entre los cerdos salvajes como un cerdo salvaje. Tengo que decir esto antes de irme a dormir. Escucha: No hay muchos entre los *Shing*. Esto es una información importante y entraña sabiduría y consejo. Recuérdalo, cuando camines entre las terribles sombras de las brillantes luces de Es Toch. Curiosos fragmentos de información siempre sirven para algo. Ahora olvida el este y el oeste y ve a dormir. Acuéstate tú en la cama. A pesar de ser un Thurro-sabio me opongo al lujo ostentoso, aplaudo los simples placeres de la existencia, tales como una cama donde dormir. Por lo menos siempre que se pueda. Y aun la compañía de un camarada, una vez al año o algo por el estilo. Aunque no puedo decir que los eche de menos como tú. Solitario no es desolado… -y luego de armarse una especie de catre sobre el suelo, citó un afectuoso canto del *Canon más Joven* de su credo:

"No soy más solitario que un molino,

o que una veleta, o que la estrella del norte,

o que el viento del sur, o que una lluvia de abril,

o que un deshielo de enero,

o que la primera araña en una casa nueva…

No soy más solitario que el tonto en la laguna que tan alto ríe,

o que el propio Walden Pond…"

Luego dijo:

–¡Buenas noches! – y no dijo nada más

Falk durmió esa noche con un sueño profundo y largo, el primero que se dispensara desde que su viaje había comenzado

Permaneció dos días o dos noches más en la cabaña junto al río, porque su huésped fue con él muy hospitalario y le resultaba difícil abandonar ese pequeño paraíso de calor y compañía. El anciano rara vez escuchaba y nunca contestaba las

preguntas, pero aquí y allá, a lo largo de su fluyente charla, ciertos hechos e indicios afloraban y se desvanecían. Conocía el camino que llevaba al oeste y qué parajes recorría… pero Falk no estaba seguro de la distancia que cubrían sus conocimientos. Evidentemente hasta Es Toch; ¿quizás más lejos? ¿Qué había más allá de Es Toch? Falk no tenía la menor idea, excepto que era posible llegar, al Mar del Oeste y, allende éste, al Gran Continente, y probablemente, otra vez, en redondo, al Mar del Este y a la Selva. Que el mundo era redondo era algo sabido por los hombres, pero no quedaban mapas. Falk sospechaba que el viejo hubiera pedido dibujar uno; pero de dónde provenía esa sospecha no atinaba a saberlo, pues su huésped nunca habló directamente de nada que hubiera hecho o visto más allá de su pequeña ribera del claro

–Cuídate de las gallinas, río abajo -dijo el viejo, a propósito de nada, mientras desayunaban, temprano por la mañana, antes de que Falk partiera nuevamente-. Algunas de ellas pueden hablar. Otras oír. Como nosotros, ¿eh? Yo hablo y tú oyes. Porque, por supuesto, yo soy el Auditor y tú el Mensajero. Condena lógica. Recuerda lo de las gallinas y desconfía de aquellas que cantan. Los gallos tienen menor importancia; están demasiado ocupados en alardear. Ve solo. Eso no te hará mal. Dale mis saludos a todo Príncipe o Merodeador que encuentres, especialmente a Henstrella. De paso, se me ocurrió, mientras dormías, entre tus sueños y mi propia noche, que has caminado lo suficiente como para ejercitarte y que podrías usar mi deslizador. Había olvidado que lo tenía. No lo usaré, porque no voy a ninguna parte, salvo a morir. Espero que alguien venga y me entierre, o, por lo menos, que me entierre afuera en beneficio de las ratas y de las hormigas, una vez que esté muerto. No me agrada la perspectiva de pudrirme aquí, después de haber mantenido durante tantos años la pulcritud de este lugar. No puedes usar un deslizador en la selva, por supuesto, ahora no existen caminos que merezcan tal nombre, pero si quieres seguir el curso del río te llevará muy cómodamente. Y también a través del Inland River, que no es fácil de cruzar durante los deshielos, excepto si eres un siluro. Lo guardo bajo el alero, si lo quieres. Yo no

La gente de la casa Kathol, la más cercana a la de Zove, eran Thurro-sabios; Falk sabía que uno de sus principios era andar, tanto como fuera posible dentro de la sanidad y la mesura, sin inventos mecánicos ni artificios. Que este anciano, que vivía mucho más primitivamente que ellos y que se alimentaba con aves y verduras porque ni siquiera tenía un rifle para cazar, poseyera un producto de la más sofisticada tecnología, constituía un hecho tan extraño como para inducir a Falk, por primera vez, a mirarlo con una sombra de sospecha

El Auditor chasqueó la lengua y cloqueó:

–No había razón alguna para que confiaras en mí, muchachito forastero -dijo-. Ni para que yo en ti. Después de todo, es posible ocultarle cosas también al gran Auditor. Es posible ocultar cosas a la propia mente, ¿no es cierto?, de modo que ni los pensamientos acceden a ellas. Toma, el deslizador. Mis días de viaje se han terminado. Sólo lleva a una persona, pero tú irás solo. Y creo que tu viaje es mucho más largo del que pudieras hacer a pie. O quizás, por qué no, con deslizador

Falk no formuló pregunta alguna, pero el viejo respondió:

–Quizás tengas que volver a casa -dijo

Al partir en ese amanecer helado y lleno de rocío, bajo los pinos cubiertos de hielo, Falk con pena y gratitud le ofreció su mano como se hace con el Amo de una Casa; así se lo habían enseñado; pero cuando lo hizo dijo:

–Tiokioio…

–¿Cómo me has llamado, Mensajero?

–Quiere decir… quiere decir, *padre*, creo… -la palabra había brotado espontáneamente entre sus labios, incoherente; no estaba seguro de conocer su significado, y no tenía idea de qué lengua era ésa

–¡Adiós, pobre y confiado tonto! Hablarás la verdad y la verdad te liberará. O no, depende del caso. Ve, completamente solo, querido tonto; es el mejor modo de andar. Extrañaré tus sueños. Adiós, adiós. El pescado y los visitantes apestan después de tres días. ¡Adiós!

Falk se arrodilló en el deslizador, elegante y pequeña máquina con incrustaciones negras y un arabesco tridimensional de alambre de platino. La ornamentación escondía los controles, pero él había jugado con un deslizador en la Casa de Zove y, después de estudiar los arcos de control, tocó el arco izquierdo, deslizó su dedo a lo largo de éste hasta que el deslizador se levantó silenciosamente a unos dos pies de altura, y luego, con el arco derecho, envió a la pequeña nave por encima del cercado y de la ribera hasta dejarla suspendida sobre el espumoso hielo del brazo de agua que pasaba por detrás de la cabaña. Se volvió, entonces, para decir adiós, pero el anciano ya había penetrado en la cabaña y

cerrado la puerta. Y, luego de que Falk piloteara su silenciosa nave hacia la ancha y obscura avenida del río, el silencio enorme se cerró nuevamente alrededor de él

El helado rocío se amontonaba en las amplias curvas de agua, adelante y detrás de él, y colgaba entre los grises árboles de cada margen. El suelo y los árboles y el cielo se teñían de gris con hielo y niebla. Sólo el agua que se deslizaba algo más lentamente que su deslizador aéreo era más obscura. Cuando, al día siguiente, comenzó a nevar, los copos eran obscuros contra el cielo, blancos contra el agua antes de desvanecerse, cayendo interminablemente y perdiéndose en la interminable corriente

Este modo de viajar significaba el doble de velocidad que la marcha a pie, y era más seguro y cómodo, demasiado cómodo, en realidad, monótono, hipnótico. Falk se alegraba de acercarse a la orilla cuando tenía que cazar o acampar. Las aves acuáticas caían ante sus manos y los animales que se acercaban a la orilla para beber, lo miraban como si él y su deslizador fueran una grulla o una garza que pasara rasante y le ofrecían sus indefensos flancos y pechos a su fusil de caza. Entonces, todo lo que podía hacer era sacarles el cuero, descuartizarlos, cocinarlos, comerlos y construirse un pequeño refugio para pasar la noche a resguardo de la nieve o de la lluvia, con ramas y troncos y el deslizador invertido a manera de techo; dormía, al amanecer comía carne fría de la noche anterior, bebía agua del río y seguía. Y seguía

Practicaba juegos con el deslizador para entretener las horas muertas; lo elevaba a unos quince pies donde el viento y las corrientes de aire volvían menos denso el sostén del aire y hacían inclinarse al deslizador casi hasta volcarlo, pero lo impedía instantáneamente con los controles y su propio peso; o acercaba al deslizador hasta el agua y producía una salvaje conmoción de espuma y salpicaduras cuando golpeaba y saltaba y rebotaba por encima del río, corcoveando como un potro. Un par de caídas no le hicieron desistir de su entretenimiento. El deslizador estaba preparado para estabilizarse a un pie de altura, en caso de pérdida de los controles, y todo lo que él tenía que hacer era trepar nuevamente, llegar a la costa y encender un fuego si se había enfriado, o si no, simplemente seguir viaje. Sus ropas eran a prueba de condiciones meteorológicas adversas, y, en todo caso, el río sólo lo mojaba un poco más que la lluvia. La ropa de invierno lo mantenía agradablemente templado; nunca sentía realmente calor. Sus pequeños fuegos de campamento eran estrictamente para cocinar. No había suficiente madera seca en toda la Selva Oriental, probablemente, para una verdadera fogata, después de los largos días de lluvia, nieve, rocío y nuevamente lluvia

Se aficionó a batir el deslizador contra el río en una serie de largos y ruidosos saltos de pez, brincos en diagonal que terminaban en un golpe y en un chorro de salpicaduras. El ruido del procedimiento le agradaba como una ruptura en la suave y silenciosa monotonía del deslizador por encima del agua, entre los árboles y las colinas. Venía golpeando el río en una curva, contorneando la ruta con delicados toques en los arcos de control, cuando irrumpió en un súbito alto silencioso en medio del aire. A lo lejos, contra el acerado brillo del río, un bote se dirigía hacia él

Cada nave quedaba completamente a la vista de la otra; no había posibilidad de evadirse secretamente detrás de la pantalla de los árboles. Falk se tiró boca abajo en el deslizador, el fusil en la mano, y piloteó hacia la margen derecha del río, a una altura de diez pies, de modo tal que su posición resultara ventajosa respecto de los tripulantes del bote

Se acercaban tranquilamente con su embarcación triangular. Cuando estuvieron más cerca, a pesar de que el viento soplaba río abajo, pudo escuchar el débil sonido de su canto

Se acercaban más aun y no le prestaban atención y seguían cantando

Hasta donde llegaba su breve memoria, la música siempre lo había arrastrado y atemorizado, embargándolo con una especie de angustiado deleite, un placer muy cercano al tormento. Ante el sonido de una voz humana que cantara sentía intensamente que él no era humano, que esta combinación de modulación y ritmo y tono le era ajena, no algo olvidado sino algo nuevo, más allá de él. Pero justamente esa extrañeza lo arrebataba y ahora, inconscientemente, disminuyó la velocidad del deslizador para escuchar. Cuatro o cinco voces cantaban, entonaban y se entretejían en una armonía tan llena de arte como no escuchara antes. No entendía las palabras. Toda la selva, las millas de agua gris y de cielo gris le parecían alertas, en un silencio intenso e incomprensible

El sonido se desvaneció, deshaciéndose y perdiéndose en una ráfaga de risas y charla. El deslizador y el bote se encontraban casi de frente, ahora, separados por un centenar de yardas. Un hombre alto y muy esbelto de pie sobre la popa, saludó a Falk; su clara voz sonaba argentina a través del agua. Nuevamente no captó las palabras. A la acerada luz invernal, el pelo del hombre y el pelo de los otros cuatro o cinco que se encontraban en el bote brillaban con reflejos dorados, todos del mismo modo, como si fueran de la misma sangre o de

una misma especie. No pudo distinguir los rostros con claridad, sólo el pelo oro rojo y las esbeltas figuras que se inclinaban y hacían señas y reían. Durante un segundo un rostro fue nítido, el de una mujer que lo observaba a través del agua que fluía y del viento. Había casi detenido el deslizador que permanecía suspendido y el bote, también, parecía inmóvil en el río

–Síguenos -dijo nuevamente el hombre, y, esta vez, al reconocer el idioma, Falk entendió. Era la antigua lengua de la Liga, Galaktika. Como todos los Forasteros, Falk la había aprendido mediante cintas grabadas y libros, pues los documentos que se habían conservado de la Gran Edad, estaban grabados en ella, que servía como idioma común entre hombres de diferentes lenguas. El dialecto de la Selva había descendido del Galaktika, pero se había emancipado después de mil años, y, en la actualidad, difería hasta de Casa a Casa. Una vez, habían llegado a la Casa de Zove viajeros que provenían de la costa del Mar Oriental, y hablaban en un dialecto tan diferente que les resultó más fácil hablar en Galaktika con sus huéspedes, y sólo en esa oportunidad Falk la había escuchado como a una lengua viva; en general, sólo había sido la voz de un libro sonoro o el murmullo del teleprofesor en su oreja, en la oscuridad de una mañana de invierno

Como un sueño y arcaica sonaba ahora en la clara voz del piloto:

–¡Síguenos, vamos a la ciudad!

–¿A qué ciudad?

–A nuestra ciudad -dijo el hombre y rió

–La ciudad que da la bienvenida al viajero -gritó otro

Y otro, con esa voz de tenor que tan dulcemente fluyera en su canto, habló más suavemente:

–Aquéllos que no hacen daño, ningún daño encuentran entre nosotros

Y una mujer dijo como si sonriera con las palabras:

–Abandona la vida salvaje, viajero, y escucha nuestra música por una noche

El nombre con el que lo invocaban era viajero o mensajero

–¿Quiénes son ustedes? – preguntó

El viento sopló y el ancho río fluyó. El bote y el bote aéreo permanecieron inmóviles entre el flujo del aire y del agua, juntos y separados como en un encantamiento

–Somos hombres

Con esa respuesta el hechizo se desvaneció, se perdió como un suave sonido o un aroma en el viento del este. Falk sintió nuevamente el ave que se debatía, herida, entre sus manos, y que gritaba palabras con su penetrante voz inhumana: ahora, como entonces, lo recorrió un escalofrío y, sin vacilar, pero también sin firmeza, tocó el arco de plata y aceleró el deslizador hacia adelante a toda velocidad

Ningún sonido le llegaba desde el bote, aunque ahora el viento soplaba de ellos hacia él, y después de unos momentos, cuando la vacilación pudo vencerlo, disminuyó la marcha de su nave y miró hacia atrás. El bote se había ido. Nada se divisaba sobre la ancha y obscura superficie del agua, desnuda hasta la lejana curva

Después de eso, Falk no practicó ya juegos sonoros, sino que prosiguió tan rápida y silenciosamente como podía; no encendió fuego alguno esa noche, y su sueño fue intranquilo. Sin embargo, algo del encanto persistía. Las dulces voces habían hablado de una ciudad, *Elonaae* en la antigua lengua y mientras navegaba río abajo, en medio del aire y en medio de la espesura, Falk susurró la palabra en voz alta. *Elonaae*, el lugar del Hombre; miríadas de hombres reunidos, no una casa sino miles de casas, grandes lugares habitados, torres, paredes, ventanas, calles y los lugares abiertos adonde convergían las calles, las casas de comercio de las que se hablaba en los libros, donde todos los ingeniosos inventos de las manos de los hombres se fabricaban y vendían, los palacios de gobierno donde los poderosos se reunían para hablar entre sí de las grandes obras que ellos hacían, los campos de maniobras desde donde se disparaban naves espaciales que viajaban a través de años hacia soles extranjeros: ¿Hubo alguna vez en la Tierra algo más maravilloso que los Lugares del Hombre? Todos habían desaparecido ahora. Sólo quedaba Es Toch, el Lugar de la Mentira. No había ninguna ciudad en la Selva Oriental. Ni torres de piedra y acero y cristal llenas de almas se elevaban ya entre los pantanos y las alamedas, las cuevas de los conejos y las huellas de los ciervos, los perdidos caminos, las piedras rotas y sepultadas

Sin embargo, la visión de una ciudad yacía en Falk como un obscuro recuerdo de algo que había conocido alguna vez. Por ello estimaba la potencia de la ilusión, la esperanza que lo había conducido a tientas y mantenido a salvo, y se preguntaba si habría más trampas y engaños en su viaje hacia el oeste, hacia su misma fuente

Los días y el río seguían corriendo, fluyendo con él, hasta que una quieta y gris tarde el mundo se abrió lentamente más y más en una imponente anchura, en una inmensa llanura de aguas barrosas debajo de un cielo inmenso: la confluencia del Río de la Selva con el Río Inland. No era de extrañarse que hubieran escuchado hablar del Río Inland aun en la profunda ignorancia de su aislamiento, a cientos de millas de allí, en las Casas: era tan enorme que ni siquiera los *Shing* podían ocultarlo. Una vasta y brillante desolación de aguas gris amarillentas surgía de los últimos tramos e islas de la regada Selva hacia el oeste y hasta una lejana orilla de colinas. Falk se remontó como una de las azules garzas de vuelo bajo que poblaban el río, por encima del lugar de convergencia de las aguas. Aterrizó en la orilla occidental y, por primera vez desde que tenía memoria, se encontró afuera de la Selva

Hacia el norte, el oeste y el sur se extendía una tierra ondulada, donde se apiñaban muchos árboles, llena de pastos y malezas, pero campo abierto, ancho y abierto. Falk con ingenua ilusión miró hacia el oeste, y esforzó sus ojos para ver las montañas. Esta tierra abierta, la Pradera, se consideraba como muy ancha, mil millas quizás; pero nadie en la Casa de Zove lo sabía con certidumbre

No vio montañas, pero esa noche vio el borde del mundo donde se cruza con las estrellas. Nunca había visto un horizonte. Su memoria estaba rodeada con una frontera de hojas, de ramas. Más, aquí, nada se interponía entre él y las estrellas, que brillaban desde el término de la Tierra hacia arriba, en un enorme *bowl*, una bóveda negra bordada con fuego. Y debajo de sus pies, el círculo se completaba; hora tras hora el inclinado horizonte revelaba la ardiente trama que yace hacia el este y debajo de la Tierra. Pasó más de la mitad de la invernal noche despierto y nuevamente se despertó cuando ese declinante borde oriental del mundo se cruzó con el Sol y la luz del día se proyectó desde el espacio exterior a través de las llanuras

Ese día prosiguió hacia el oeste, guiándose con la brújula, y lo mismo al día siguiente y al siguiente. Ya no sujeto a los meandros del río, andaba en línea recta y rápido. Correr con el deslizador no era el insulso juego que había sido sobre el agua; aquí el terreno desigual lo obligaba a corcovear y a ladearse en cada bajada y

subida si no se concentraba constantemente en los controles. Le gustaba la vasta apertura del cielo y de la pradera, y descubría que la soledad era un placer cuando se disponía de una extensión tan inmensa para estar solo. El clima era templado, una tranquila luz de Sol denunciaba las postrimerías del invierno. Al pensar nuevamente en la Selva se sentía como si emergiera de una oscuridad asfixiante a la luz y al aire, como si las praderas fueran un enorme Claro. Ganado salvaje colorado en rebaños de miles de cabezas obscurecían las planicies como sombras de nubes. El terreno casi en su totalidad era obscuro pero había ciertos lugares, débilmente mezclados con verde, donde se abrían los primeros brotes de doble hoja de los pastos más duros; y por encima y por debajo de los pastizales hormigueaba y se escondía en sus madrigueras un submundo de pequeñas bestias, conejos, tejones, gazapos, lauchas, gatos salvajes, topos, antílopes, la plaga y los cachorros de civilizaciones caídas. El enorme cielo estaba surcado de alas. Al crepúsculo, a lo largo de los ríos, descansaban bandadas de blancas grullas y el agua que corría entre las cañas y los bosques sin hojas reflejaban sus largas patas y alas plegadas

¿Por qué los hombres no siguieron viajando para ver su mundo? Falk se preguntaba esto, sentado junto al fuego que brillaba como un pequeño ópalo en la amplia bóveda azul de la crepuscular pradera. ¿Por qué hombres como Zove y Metock se escondían en los bosques, y jamás salían a contemplar el amplio esplendor de la Tierra? Ahora sabía algo que ellos, que todo se lo habían enseñado, no sabían: que un hombre podía ver como giraba su planeta entre las estrellas…

Al día siguiente, bajo un cielo encapotado y a través de un frío viento del norte, prosiguió; guiaba su deslizador con una destreza que ya era hábito. Un rebaño de ganado salvaje cubría la mitad de la pradera sur que atravesaba, y todos los animales, miles y miles, daban la cara al viento, blancas caras inclinadas por delante de los peludos hombros rojos. Entre él y las primeras filas de ganado, durante aproximadamente una milla, los largos pastos grises se mecían con el viento, y un pájaro gris voló hacia él; se deslizaba sin mover las alas. Lo observó y se extrañó ante su deslizamiento en línea recta… no del todo recta porque se movió hacia un costado sin aleteo alguno para interceptarle el paso. Se acercaba muy velozmente, derecho a él. Abruptamente se alarmó, y sacudió su brazo para espantar a la criatura, luego se tiró boca abajo y viró el deslizador… demasiado tarde. Un segundo antes del choque vio la ciega cabeza sin rasgos, el brillo del acero. Luego el impacto, un estallido de metal, una inconsciente caída hacia atrás. Una caída interminable

Capítulo 4

–El anciano Kessnokaty dice que nevará -le susurró la voz de su amiga-. Deberíamos estar preparados por si se presentara la oportunidad de escapar.

Falk no respondió pero se sentó y escuchó con oído atento los ruidos del campamento: voces en una lengua extraña, amortizadas por la distancia; el seco sonido de alguien que raspaba un cuero; el débil vagido de un niño; el crepitar del fuego

–¡Horressins! – lo llamó alguien desde afuera, y él se levantó con presteza, luego permaneció inmóvil

En un instante la mano de su amiga se posó sobre su brazo y lo guió hacia donde lo convocaban, junto al fuego comunal, en el centro del círculo de tiendas, donde celebraban una cacería exitosa con el asado de un toro entero. Le pusieron entre las manos un trozo de carne. Se sentó en el suelo y comenzó a comer. El jugo y la grasa derretida corrieron por sus mandíbulas pero no se limpió. Hacerlo significaba situarse por debajo de la dignidad de un cazador de la Sociedad Mzurra de la Nación Basnasska. Si bien era un extranjero, un cautivo y un ciego, era un Cazador, y estaba aprendiendo a comportarse como tal

Cuanto más defensiva es una sociedad, tanto más conformista. La gente entre la cual se encontraba recorría un angosto, tortuoso y asfixiante camino, a través de las amplias y libres planicies. Mientras conviviera con ellos debía seguir todos los recovecos de su camino con precisión. La dieta de Basnasska consistía en carne fresca a medio asar, cebollas crudas y sangre. Salvajes pastores del salvaje ganado, como los lobos, seleccionaban la pieza más imperfecta, la más lerda e inservible de los vastos rebaños; una vida que era una larga comilona de carne, una vida sin paz. Cazaban con lasers de mano y se prevenían de la entrada de extraños en su territorio con pájaros-bombas, como el que destrozara el deslizador de Falk, pequeños misiles impactantes programados para detectar y bombardear todo aquello que contuviera un elemento susceptible de fusión. No fabricaban ni reparaban estas armas por sí mismos, y sólo las manejaban después de purificaciones y sortilegios; Falk todavía no había descubierto adonde las obtenían, aunque se mencionara ocasionalmente una peregrinación anual que podía tener conexión con el aprovisionamiento de armas. No tenían agricultura ni animales domésticos; eran analfabetos y no conocían, excepto quizás a través de ciertos mitos y leyendas, la historia de la humanidad. Le informaron a Falk que era imposible su viaje por la Selva, porque en ésta habitaban exclusivamente

gigantescas serpientes blancas. Practicaban una religión monoteísta cuyos rituales implicaban mutilación, castración y sacrificios humanos

Fue una de las difundidas supersticiones de su complejo credo la que los indujo a dejar con vida a Falk y hacer de él un miembro de su tribu. Normalmente, puesto que él portaba un láser y esto significaba que se encontraba por encima del status de esclavo, le tendrían que haber extirpado el estómago y el hígado para examinarlo con miras a los augurios, y luego abandonarlo en manos de las mujeres para que lo descuartizaran como más les gustase. Sin embargo, una o dos semanas antes de su captura, había muerto un anciano de la sociedad Mzurra. Como no disponían de un niño todavía sin nombre, en la tribu, para recibir su nombre, le fue dado al cautivo, quien, ciego, desfigurado y sólo consciente a intervalos era, sin embargo, mejor que nadie; durante todo el tiempo en que el Anciano Horressins conservara su nombre, su fantasma demonio, como todos los fantasmas, no regresaría para perturbar la tranquilidad de la vida de la tribu. De modo que se le quitó el nombre al fantasma y se le otorgó a Falk, conjuntamente con todas las iniciaciones de un Cazador, ceremonia que incluía flagelaciones, eméticos, danzas, el recital de sueños, el tatuaje, libre asociación antifonal, banquetes, abuso sexual de una mujer por todos los hombres a su turno, y finalmente sortilegios nocturnos en honor del Dios para preservar al nuevo Horressins de todo daño. Después de esto, lo abandonaron sobre una piel de caballo en una tienda de cuero de vaca, delirante y sin atención, para que muriera o se recuperara, mientras el fantasma del anciano Horressins, sin nombre e impotente, se marchaba gimiendo con el viento a través de la llanura

La mujer que, cuando recuperó por primera vez la conciencia se había ocupado de vendar sus ojos y de curar sus heridas, también se acercaba, siempre que podía, para cuidarlo. Sólo la había visto cuando, durante breves instantes, en la semiprivacidad de su tienda, pudo levantar el vendaje que su aguda inteligencia le había procurado cuando lo trajeron. Si los Basnasska hubieran visto, abiertos, sus ojos, le habrían cortado la lengua de modo que no pudiera decir su propio nombre y, luego, lo habrían quemado vivo. Ella le había contado todo esto y otras cosas que él necesitaba saber sobre la Nación Basnasska; pero muy poco sobre sí misma. En apariencia, no hacía mucho más que él que se encontraba en, la tribu; él entendió que se había perdido en la pradera y se había unido a la tribu antes de morir de hambre. Ellos aceptaron de buen grado, otra mujer esclava para el uso de los hombre», y, además, ella había demostrado sus habilidades como curadora, por eso la dejaron vivir. Tenía el pelo rojizo, su voz era muy suave, su nombre: Estrel. Más allá de esto, nada sabía de ella; y ella nada le había preguntado sobre sí mismo, ni siquiera su nombre

Se había salvado milagrosamente, en medio de todo. El *paristolis*, Noble Materia de la antigua ciencia Cetiana no explotaba ni se incendiaba, por eso el deslizador no había volado junto con él, si bien los controles quedaron destruidos. El ardiente misil había herido el lado izquierdo de su cabeza y la parte superior del tronco con metralla pulverizada, pero Estrel se encontraba allí con su habilidad y algunos materiales de medicina. No había infección; se recuperó rápidamente y a los pocos días de su bautismo como Horressins, planeaba escapar con ella

Pero los días corrían y no se presentaban oportunidades. Una sociedad defensiva; gente cautelosa, cuidadosa, todas sus acciones rígidamente estipuladas por el rito, la costumbre y el tabú. Aunque cada Cazador tenía su tienda, las mujeres eran propiedad común y todos los quehaceres de los hombres se hacían en conjunto; eran menos una comunidad que un club o rebaño, miembros interdependientes de una misma entidad. En este esfuerzo para lograr seguridad; la independencia y la privacidad eran, por supuesto, sospechosos; Falk y Estrel acechaban toda probabilidad de hablar durante breves instantes. Ella no conocía el dialecto de la Selva, pero utilizaban el Galaktika, que los Basnasska sólo chapurreaban

–El momento para intentarlo -dijo ella una vez- podría ser durante una tormenta de nieve, porque la cellisca nos ocultaría a nosotros y a nuestras huellas. ¿Pero, hasta dónde podríamos llegar a pie en medio de la nevada? Tú tienes una brújula; pero el frío…

La ropa de invierno de Falk había sido confiscada, junto con todo lo demás que poseía, aun con el anillo de oro que siempre usara. Le habían dejado un fusil: eso formaba parte de su calidad de Cazador y no se le podía quitar. Pero las ropas que durante tanto tiempo lo cubrieran tapaban, ahora, las costillas salientes y las flacas canillas del Anciano Cazador Kessnokaty, y sólo conservaba la brújula porque Estrel la había encontrado y ocultado antes de que revisaran su bolso. Ambos estaban lo suficientemente bien vestidos, con camisas de piel de toro de los Basnasska y calzas y botas de cuero colorado de vaca; pero nada constituía un adecuado abrigo contra las tormentas de las praderas, con sus fuertes y helados vientos, sino paredes, techo y un fuego

–Si pudiéramos llegar hasta el territorio Samsit, unas pocas millas hacia el oeste desde aquí, podríamos cobijarnos en un Antiguo Lugar que conozco y ocultarnos allí hasta que ellos desistieran de la búsqueda. Pensé en hacerlo antes de que tú llegaras. Pero no tenía brújula y temía perderme en la tormenta. Con una

brújula y un fusil, podríamos… No podríamos

–Es nuestra mejor oportunidad -dijo Falk- la aprovecharemos

Ya no era tan ingenuo, tan confiado ni tan fácilmente manejable como había sido antes de su captura. Era un poco más resistente y resuelto. Aunque había sufrido en sus manos, no sentía especial rencor contra los Basnasska; le habían marcado de una vez para siempre ambos brazos con los azules tatuajes de su grey, como a un bárbaro, pero también como a un hombre. Eso estaba bien. Pero ellos tenían sus asuntos y él los suyos. Su individualidad se había comenzado a perfilar en la Casa de la Selva cuando lo incitó a liberarse, a seguir su viaje, lo que Zove llamaba su *obra de hombre*. Esta gente no iba a ninguna parte, ni venía de ninguna parte, porque habían sido desarraigados de su pasado humano. No era tan solo la extrema precariedad de su existencia entre los Basnasska que lo impacientaba; era también un sentimiento de sofocación, de estar oprimido e inmovilizado, y ello era más duro de soportar que el vendaje que le impedía ver

Esa tarde Estrel se detuvo junto a su tienda para decirle que había comenzado a nevar y estaban preparando su plan en un susurro cuando una voz habló desde la entrada de la tienda. Estrel tradujo serenamente:

–Él dice: Cazador Ciego, ¿quieres a la Mujer Roja esta noche? – no agregó más explicaciones

Falk conocía las reglas de la etiqueta de compartir las mujeres; su mente estaba concentrada en el asunto de su conversación y replicó con la más útil de su breve lista de palabras Basnasska:

–¡Mieg! – no

La voz del hombre habló ahora en tono más imperativo

–Si sigue nevando, mañana por la noche, quizás -murmuró Estrel en Galaktika

Todavía ensimismado Falk no respondió. Luego advirtió que ella se había levantado y se había ido, y que se encontraba solo en la tienda. Y después advirtió que ella era la Mujer Roja, y que el otro hombre la había llamado para copular con ella

Simplemente podría haber dicho Sí, en lugar de No; cuando pensó en su sabiduría y en su afecto hacia él, en la dulzura de su tacto y de su voz y el absoluto silencio con que ocultó su orgullo o vergüenza, entonces se arrepintió de haberla perdido, y se sintió humillado como su compañero y como hombre

–Nos vamos esta noche -le dijo él al día siguiente bajo la nieve que caía, junto al Alojamiento de las Mujeres-. Ven a mi tienda. Deja que buena parte de noche pase antes

–Kokteky me pidió que fuera a su tienda esta noche

–¿Puedes escabullirte?

–Quizás

–¿Cuál es la tienda de Kokteky?

–Detrás del Local de la Sociedad Mzurra, hacia la izquierda. Tiene un remiendo sobre la entrada

–Si tú no vienes yo iré a buscarte

–Quizás hubiera sido menos peligroso otra noche…

–Y menos nieve. El invierno se va; quizás ésta sea la última gran tormenta. Partiremos esta noche

–Iré a tu tienda -dijo ella con tranquila sumisión, sin discutir

Él había dejado una hendidura en su vendaje a través del cual podía ver vagamente alrededor, y trató de verla ahora; pero en la penumbra ella era sólo una sombra gris entre las sombras

Tarde, por la noche, ella llegó, silenciosa como la nieve que el viento soplaba contra la tienda. Los dos habían preparado sus pertrechos. Ninguno hablaba. Falk se ciñó la chaqueta de cuero de buey, levantó y ató su capucha y se inclinó para abrir la entrada de la tienda. Se apartó porque un hombre penetró, empujándola desde afuera y, encorvado, amplió la hendidura del vendaje para ver con mayor claridad -era Kokteky, corpulento Cazador de cabeza afeitada, celoso de su status y de su virilidad

–¡Horressins! La Mujer Roja… -comenzó, luego la vio entre las sombras a través de las chispas del fuego. Al mismo tiempo advirtió como estaban vestidos, ella y Falk, y comprendió sus intenciones. Se echó hacia atrás para cerrar la entrada o para escapar del ataque de Falk y abrió la boca para gritar. Sin pensar, rápido en reflejos y seguro, Falk disparó su láser a quemarropa y el breve relámpago de luz mortal detuvo el grito en la boca del Basnasska, y quemó boca, cerebro y vida en un segundo, en perfecto silencio

Falk se acercó a las brasas, tomó la mano de la mujer y la condujo por encima del cuerpo del hombre que había matado en la oscuridad

El viento cernía y desmenuzaba la nieve y les helaba el aliento. Estrel respiraba entrecortadamente. Sosteniéndola con su mano izquierda por la muñeca mientras con la derecha empuñaba su láser, Falk se dirigió hacia el oeste entre las diseminadas tiendas que apenas eran visibles como franjas o hilos de color naranja obscuro. En menos de dos minutos se habían alejado y nada quedaba en el mundo sino la noche y la nieve

Los láser manuales de la Selva Oriental tenían diversos usos y funciones: la empuñadura servía como encendedor y el caño se convertía en una no demasiado eficiente linterna. Falk iluminó con un destello su brújula para orientarse y siguieron adelante, guiados por la mortal luz

Sobre la extensa pendiente donde se encontraba el campamento de invierno Basnasska el viento había adelgazado la capa de nieve, pero cuando prosiguieron, incapaces de determinar por sí su camino, la brújula señaló el oeste como un guía en medio de la confusión de la tormenta de nieve que mezclaba tierra y aire en un remolino; de este modo llegaron a tierras más bajas. Había allí corrientes de cuatro o cinco pies de profundidad que Estrel vadeó boqueando como un nadador agotado en alta mar. Falk quitó el cordel de cuero crudo de su capucha, se lo ató alrededor del brazo y le dio a ella el otro extremo para que se sostuviera y luego marchó adelante, abriéndole camino. Una vez, ella cayó y el tirón casi lo derrumbó; se volvió y tuvo que buscarla con la luz hasta que la divisó agachada sobre sus huellas, casi a sus pies. Se arrodilló y, en la pálida y nevada esfera de luz, vio su rostro claramente por primera vez. Ella murmuraba:

–Esto es más de lo que yo suponía…

–Toma aliento por un rato. Estamos fuera del viento en este hueco

Se agacharon juntos en una pequeña burbuja de luz a cuyo alrededor cientos de miles de vientos lanzaban con furia la nieve, en la oscuridad, por sobre la llanura

Ella susurró algo que él primero no entendió:

–¿Por qué mataste al hombre?

Relajado, los sentidos embotados, juntando fuerzas para el próximo tramo de su larga y lenta fuga, Falk no respondió. Finalmente, con una especie de mueca murmuró:

–¿Qué otra cosa…?

–No sé. Tuviste que hacerlo

Su rostro estaba blanco y tenso; él no prestó atención a lo que ella le decía. Estaba demasiado helada para permanecer allí, y se puso de pie y la ayudó a levantarse

–Ven. No debe de faltar mucho para llegar al río

Pero faltaba mucho. Ella había llegado a su tienda después de algunas horas de oscuridad, según su evaluación -existe una palabra para *horas* en la lengua de la selva, aunque su significado es ambiguo y cualitativo, pues un pueblo sin negocios ni comunicaciones a través del tiempo y del espacio no utiliza fragmentos de tiempo- y la noche invernal duraría mucho todavía. Siguieron y la noche también siguió

Cuando el primer gris albor comenzó a abrirse paso a través del negro remolino de nieve de la tormenta llegaron a una pendiente de helados pastos enmarañados y de arbustos. Un poderoso toro que rezongaba se levantó justo adelante de Falk, emergiendo de entre la nieve. En algún otro lugar cercano a ellos escucharon el bufido de otra vaca o toro y luego, en pocos minutos, las enormes criaturas los rodearon, morros blancos y salvajes ojos líquidos que reflejaban la luz, y la nieve onduló con montecillos de flancos y peludos hombros. Luego de atravesar el rebaño llegaron a la ribera de un pequeño río que separaba Basnasska del territorio Samsit. Era de aguas rápidas, poco profundas, descongeladas

Tuvieron que vadear la corriente que serpenteaba a sus pies entre las piedras y que les llegaba hasta las rodillas, y que subía helada hasta sus cinturas mientras ellos se debatían a través del quemante frío. Las piernas de Estrel cedieron antes de que terminaran de cruzar el río, Falk la levantó en andas y la condujo hacia afuera del agua; entonces se dirigió a las heladas cañas de la ribera occidental y luego, nuevamente, se agachó junto a ella que yacía exhausta y pálida entre los arbustos cubiertos de nieve que colgaban desde la barranca. Apagó su fusil linterna. Muy débil, pero muy extensa, la tormentosa alborada ganaba terreno a la noche

–Tenemos que seguir, tenemos que conseguir un buen fuego

Ella no respondió

Él la sostuvo entre sus brazos. Sus botas y calzas y chaquetas, desde los hombros para abajo, ya se habían congelado. El rostro de la mujer, volcado sobre su brazo era de una palidez mortal

Él la llamó por su nombre, intentando despertarla

–Estrel, Estrel, vamos. No podemos quedarnos aquí. Tenemos que andar un poco más. No será ya tan difícil. Vamos, despierta, pequeña, pequeño halcón, despierta… -desde su gran agotamiento le hablaba como acostumbrara hablarle a Parth, al amanecer, hacía mucho tiempo

Ella finalmente lo obedeció, se puso dificultosamente en pie, con su ayuda y aferró la cuerda entre sus helados guantes y luego siguió, paso a paso, detrás de él, a través de la ribera, por riscos bajos, entre la infatigable y constante nevada

Se plegaron al curso del río, en dirección sur, tal como ella le había dicho que deberían hacer cuando planearan su fuga. Él no tenía verdadera esperanza de encontrar algo en esta blancura tan sin rasgos como la tormenta nocturna. Pero, a poco, llegaron a un cauce tributario del río que habían cruzado y por él tomaron, caminando dificultosamente por lo abrupto del terreno. Siguieron luchando. A Falk le parecía que sólo le quedaba el recurso de echarse a dormir, pero no consentía porque había alguien que contaba con él, alguien que estaba muy lejos, hacía mucho tiempo, alguien que lo había enviado a hacer un viaje; no podía echarse porque era responsable ante alguien…

Hubo un graznido susurrante en su oído, la voz de Estrel. Adelante de ellos

un grupo de altos troncos de álamos descollaban como hambrientos espectros entre la nieve, y Estrel tironeaba de su brazo. Comenzaron a recorrer a tropezones de arriba a abajo el lado norte del cauce lleno de nieve, hasta más allá de los álamos, en busca de algo

–Una piedra -no dejaba de repetir ella- una piedra -y, aunque él no sabía por qué necesitaban una piedra, buscó y escarbó entre la nieve junto a ella

Se encontraban ambos agachados sobre las manos y las rodillas cuando, finalmente, ella descubrió la señal en la tierra que buscaba, un bloque de piedra cubierto de nieve y de unos dos pies de altura

Con sus guantes congelados limpió ella el lado oriental del bloque. Sin curiosidad, indiferente por la fatiga, Falk la ayudó. Escarbando lograron descubrir un rectángulo de metal, nivelado a la altura del suelo. Estrel intentó abrirlo. Un picaporte oculto chirrió, pero los bordes del rectángulo estaban cerrados con el hielo. Falk gastó sus últimas energías en levantar la tapa hasta que, por fin recuperó sus facultades y fundió el sello del helado metal con el rayo de calor del mango de su láser. Luego, levantaron la puerta y vieron, hacia abajo, el empinado declive de una escalera, misteriosamente geométrica en medio del abandonado lugar, que conducía a una puerta cerrada

–Está bien -murmuró su compañera y bajó por las escaleras, de espaldas, como si se tratara de una escala, porque no podía sostenerse con firmeza sobre sus piernas, abrió la puerta y se volvió hacia Falk- ¡Ven! – dijo

Él bajó, cerrando la puerta trampa como ella le ordenara. Abruptamente la oscuridad se cerraba y agachado en los escalones, Falk, con rapidez, presionó el botón de su arma y encendió su luz. Debajo de él, el blanco rostro de Estrel brilló. Siguió bajando y la escoltó, a través de la puerta, hacia un lugar muy obscuro y muy grande, tan grande que su luz sólo insinuaba el techo y las paredes más cercanas. Estaba silencioso y el aire muerto fluía junto a ellos en una débil corriente uniforme

–Debe de haber leña por aquí -dijo la suave y débilmente tensa voz de Estrel, en algún lugar a su izquierda-. Aquí está. Necesitamos encender un fuego; ayúdame con esto…

Leña seca se encontraba almacenada en altas pilas, en un rincón cerca de la entrada. Mientras él preparó una fogata, dentro de un círculo de ennegrecidas

piedras en el centro de la caverna, Estrel se arrastró hacia un rincón más lejano y volvió con dos pesadas frazadas. Se desnudaron y friccionaron, luego se acurrucaron en las frazadas, dentro de sus rollos de dormir Basnasska, muy próximos al fuego. Ardía como en una chimenea, una corriente alta operaba como tiraje y, al mismo tiempo, arrastraba el humo. No era posible calentar la enorme habitación o caverna, pero la luz del fuego y su tibieza los relajaron y alegraron. Estrel tenía carne seca en su bolso y la mascaron mientras permanecían sentados, aunque sus labios estaban lastimados por el frío y se sentían demasiado cansados para tener hambre. Gradualmente el calor del fuego comenzó a insinuarse dentro de sus huesos

–¿Quién más ha utilizado este lugar?

–Todo el que lo conozca, supongo

–Debe de haber habido una gran casa aquí, alguna vez, si éste era el sótano -dijo Falk, mirando hacia las sombras que se estremecían y espesaban en una negrura impenetrable a cierta distancia del fuego, y pensó en los grandes sótanos de la casa del Terror

–Dicen que hubo una verdadera ciudad aquí. Es muy extenso, dicen. Yo no lo conozco

–¿Cómo sabías que existía… eres una mujer Samsit?

–No

No preguntó más pues recordó el código; pero ella dijo con su modo sumiso:

–Soy una Merodeadora. Conocemos muchos lugares como éste, escondites… supongo que has escuchado hablar de los Merodeadores

–Un poco -dijo Falk, estirándose y mirando a su compañera a través del fuego

El moreno pelo enrulado alrededor de su rostro, acurrucada en la informe bolsa y un amuleto de jade en su garganta, que reflejaba la luz de las llamas

–Poco saben de nosotros en la selva

–Ningún Merodeador llega tan lejos hacia el este como para alcanzar mi Casa. Lo que decían de ellos parece cuadrarles mejor a los Basnasska… salvajes, cazadores, nómades -él hablaba adormecido, su cabeza sobre el brazo

–Algunos Merodeadores podrían ser llamados salvajes. Otros no. Los Cazadores de Ganado son todos salvajes y no conocen nada más allá de sus territorios, los Basnasska y los Samsit y los Arksa. Nosotros vamos más lejos. Marchamos hacia el este, rumbo a la Selva, y hacia el sur, hacia la desembocadura del Río Inland, y hacia el oeste, allende las Grandes Montañas Occidentales, hasta llegar al mar. Yo misma he visto ponerse el Sol en el mar, detrás de la cadena de islas azules que yace alejada de la costa, más allá de los hundidos valles de California, sumergida por un terremoto…

–Su suave voz se había deslizado a la cadencia de algún canto o plañido arcaico

–Sigue -murmuró Falk, pero ella calló y, a poco, él se quedó profundamente dormido

Durante unos momentos ella observó su rostro dormido. Finalmente amontonó las brasas, susurró unas pocas palabras, como si orara, al amuleto que pendía de su cuello y se enroscó para dormir, del otro lado del fuego

Cuando él despertó ella estaba armando un soporte con ladrillos, encima del fuego, para sostener la marmita llena de nieve

–Parece que ya es el crepúsculo afuera -dijo-, pero podría ser la mañana, o. el mediodía también. La tormenta no ha amainado. No podrán seguirnos. Y si lo hicieran, no encontrarían este lugar… Esta marmita estaba en el escondite junto a las frazadas. Y hay una bolsa de arvejas secas. Estaremos bastante bien aquí -la aguda y delicada cara se volvió hacia él con una débil sonrisa-. Sin embargo, es muy obscuro este lugar. No me gustan las paredes anchas ni la oscuridad

–Es mejor que andar con los ojos vendados. Aunque tú me salvaste la vida con ese vendaje. El ciego Horressins era más que el muerto Falk -vaciló y luego le preguntó-: ¿Qué te indujo a salvarme?

Ella se encogió de hombros, aun con la débil y reticente sonrisa:

–Éramos compañeros de prisión… Dicen siempre que los Merodeadores son astutos para los ardides y los disfraces. ¿No escuchaste que me llamaban la Mujer Zorro? Déjame que mire esas heridas. Traje mi bolsito de instrumentos

–¿Son todos los Merodeadores buenos curadores, también?

–Tenemos ciertas habilidades

–Y tú conoces la Antigua Lengua; no has olvidado la ancestral manera de ser del hombre, como los Basnasska

–Sí, todos conocemos el Galaktika. Mira, el borde de tu oreja se heló, ayer. Porque le sacaste el cordel a la capucha para sostenerme

–No puedo verlo -dijo amigablemente Falk, sometiéndose a la sabiduría de ella-. En general, no necesito hacerlo

Mientras le curaba el corte abierto en su sien izquierda lo miró una o dos veces y, por fin, aventuró:

–Hay muchos Forasteros con ojos como los tuyos, ¿no es cierto?

–Ninguno

Evidentemente el código prevalecía. Ella nada preguntó y él que había resuelto no confiar en nadie nada le reveló. Pero su propia curiosidad lo acuciaba y dijo:

–¿No te asustan entonces estos ojos de gato?

–No -dijo ella en su tranquilo modo-. Sólo me asustaste una vez. Cuando disparaste… con tanta rapidez…

–Hubiera dado la alarma a todo el campamento si no lo hacía

–Ya sé, ya sé. Pero nosotros no portamos armas. Tú disparaste tan rápido, que me asusté… es como algo terrible que vi una vez, cuando era chica. Un hombre que mató a otro con un rifle, más veloz que el pensamiento. Era uno de los Razes

–¿Razes?

–Oh, uno se encuentra con ellos, a veces, en las Montañas

–Sé muy poco sobre las Montañas

Ella explicó, aunque sin demasiado entusiasmo

–Conocerás la Ley de los Amos. Ellos no matan… tú lo sabes. Cuando hay un asesino en su ciudad, no pueden matarlo para detenerlo, entonces lo convierten en Raze. Es algo que le hacen a la mente. Este hombre del que te hablo era mayor que tú, pero su mente era como la de un niño. Hasta que un fusil cayó entre sus manos y sus manos supieron como utilizarlo y… mató a un hombre de muy cerca, como tú…

Falk permanecía silencioso. Miró, a través del luego, a su láser, apoyado en su bolso, el maravilloso pequeño instrumento que había encendido sus fuegos, procurado su comida y alumbrado su oscuridad durante todo su largo camino. ¿No habían sabido sus manos como usarlo… o sí? Metoch le había enseñado a disparar. Había aprendido de Metoch, y se había vuelto diestro con la práctica de la caza. Estaba seguro de ello. Él no podía ser un simple monstruo o criminal a quien la arrogante caridad de los Amos de Es Toch le otorgaba una segunda oportunidad… Aunque, ¿no era esto más verosímil que sus propios y ambiguos sueños y nociones sobre su origen?

–¿Cómo le hacen eso a la mente de un hombre?

–No sé

–Podrían hacérselo -dijo secamente-, no sólo a los criminales sino a los… los rebeldes

–¿Qué son los rebeldes?

Ella hablaba el Galaktika con mucha más fluidez que él, pero nunca había escuchado esa palabra

Había terminado de curar la herida y guardó sus pocos medicamentos en su bolsito. Él se volvió hacia ella tan abruptamente que lo miró asombrada y se echó ligeramente hacia atrás

–¿Has visto alguna vez ojos como los míos, Estrel?

–No

–¿Conoces… la Ciudad?

–¿Es Toch? Sí he estado allí

–¿Entonces has visto a los *Shing*?

–Tú no eres un *Shing*

–No. Me dirijo a su encuentro -habló con orgullo-. Pero tengo miedo -se detuvo

Estrel cerró el saquito con los remedios y lo guardó en su bolso

–Es Toch es extraña para los hombres de las Casas Solitarias y de las tierras lejanas -dijo, finalmente, con su suave y cautelosa voz-. Pero yo he andado por sus calles sin peligro; mucha gente vive allí, sin temor a los Amos. No tienes que temer. Los Amos son muy poderosos, pero mucho se dice de Es Toch que no es verdadero…

Sus ojos se encontraron con los de él. Con súbita decisión, concentrándose en la habilidad paraverbal que pudiera tener, Falk le habló telepáticamente por primera vez:

–¡Entonces cuéntame la verdad de Es Toch!

Ella sacudió la cabeza y respondió en voz alta:

–He salvado tu vida y tú la mía, y somos compañeros, y quizás camaradas Merodeadores por algún tiempo. Pero no hablaré telepáticamente contigo ni con nadie que encuentre por casualidad; ni ahora ni nunca

–¿Crees que soy un *Shing*, a pesar de todo? – le preguntó él irónicamente, algo humillado pues sabía que ella tenía razón

–¿Quién puede estar seguro? – dijo ella, y añadió con su débil sonrisa-.

Aunque me parece raro que tú puedas serlo… Mira, la nieve se ha fundido en la marmita. Iré a buscar más. Tarda tanto en convertirse en agua y ambos estamos muy sedientos. ¿Tú… tú te llamas Falk?

Él asintió y la observó

–No desconfíes de mí, Falk, – dijo ella-. Déjame que te demuestre quien soy. La comunicación telepática no prueba nada; y la confianza es algo que tiene que crecer, por las acciones, a través de los días

–Busca el agua -dijo Falk- y espero que sea cierto

Más tarde, en la larga noche y silencio de la caverna, él despertó y la vio sentada junto a las brasas, su morena cabeza apoyada en las rodillas. El la llamó por su nombre

–Tengo frío -dijo ella-. No se caldea el ambiente…

–Ven conmigo -dijo él, adormecido, con una sonrisa

Ella no respondió pero se acercó a él a través de la rojiza penumbra, desnuda, excepto por el pálido ópalo entre sus pechos. Era grácil y temblaba de frío. En su mente, que, en cierto sentido era la de un hombre muy joven, él había resuelto no tocar a la que tanto padeciera entre los salvajes; pero ella le susurró:

–Dame calor, dame placer -y él se encendió como el fuego en el viento, toda determinación descartada por su presencia y su entera complicidad

Y ella pasó toda la noche entre sus brazos, junto a las cenizas del fuego

Durante tres días y tres noches, mientras la tormenta arreciaba y se agotaba, finalmente, Falk y Estrel se quedaron en la caverna durmiendo y haciendo el amor. Ella era siempre la misma, sumisa y aquiescente. Falk, que sólo tenía el recuerdo del hermoso y feliz amor que había compartido con Parth, se asombraba de la avidez y violencia del deseo que Estrel suscitaba en él. Con frecuencia, el pensamiento de Parth lo asaltaba, acompañado por una vivida imagen, el recuerdo de manantial de agua clara y rápida que fluía entre las rocas, en un lugar umbrío de la selva, cerca del Claro. Pero no había recuerdo que aplacara esta sed, y nuevamente buscaba alivio en la insondable sumisión de Estrel y encontraba por fin, el agotamiento. Una vez todo eso se convirtió en una incomprensible cólera. Él

la acusó:

–Tú sólo me aceptas porque crees que debes de hacerlo, que, sino, yo te violaría

–¿Y no lo harías?

–¡No! – dijo él con convicción-, no quiero que me sirvas, que me obedezcas…, ¿acaso no es la calidez, la calidez humana, lo que ambos buscamos?

–Sí -susurró ella

No volvería a ella durante un tiempo; decidió que no la tocaría más. Se marchó solo con su luz para explorar el extraño lugar donde se encontraban. Después de algunos centenares de pasos, la caverna se angostaba y se convertía en un túnel ancho y elevado por sobre el nivel. Negro y silencioso, lo condujo en línea recta durante largo tiempo, luego dobló sin estrecharse ni ramificarse y siguió dando vueltas en la oscuridad. Sus pasos producían un sordo eco. Nada fue captado ni desvelado por su luz. Caminó hasta sentirse fatigado y hambriento, luego regresó. Era siempre lo mismo, no conducía a ningún lado. Regresó a Estrel, hacia la interminable promesa y la insaciabilidad de su abrazo

La tormenta había pasado. Una lluvia nocturna había despejado la Tierra y los últimos huecos con nieve se licuaban y reflejaban la luz. Falk se detuvo en lo alto de la escalera, la luz del Sol en su pelo, el viento fresco en su rostro y en sus pulmones. Se sentía como un topo que emergía de su hibernación, como una rata que salía de su cueva

–Vamos -le dijo a Estrel, y volvió hacia la caverna sólo para ayudarla a empacar rápidamente y marcharse

Él le había preguntado si sabía donde se encontraba su gente, y ella había respondido:

–Probablemente mucho más adelante, en el oeste, en estos momentos

–¿Sabían ellos que cruzarías el territorio Basnasska sola?

–¿Sola? Salvo en cuentos de hadas del Tiempo de las Ciudades las mujeres no andan solas. Un hombre me acompañaba. Los Basnasska lo mataron -su

delicado rostro se había endurecido y estaba inexpresivo

Falk comenzó a explicarse a sí mismo, entonces, su extraña pasividad, la necesidad de respuesta que siempre le había parecido una especie de traición a sus fuertes sentimientos. ¿Quién era el compañero que los Basnasska le habían matado? No era asunto que le incumbiese a Falk, hasta que ella decidiera contárselo. Pero su ira desapareció y desde ese momento trató a Estrel con confianza y ternura

–¿Puedo ayudarte a buscar a tu gente?

Ella dijo suavemente

–Tú eres un hombre bondadoso, Falk. Pero ellos deben estar muy lejos, no puedo buscar a través de todas las Llanuras Occidentales

La perdida y paciente nota de su voz lo conmovió

–Ven hacia el oeste conmigo, entonces, hasta que sepas algo de ellos. Sabes cuál es mi camino

Todavía le resultaba difícil decir el nombre "Es Toch", que, en la lengua de la Selva era una obscenidad abominable. Todavía no se había acostumbrado al modo es que Estrel hablaba de la ciudad de los *Shing* como de un simple lugar entre otros

Ella vaciló, pero cuando él la presionó, consintió en ir con él. Eso lo alegró por el deseo que ella le inspiraba y por la piedad que experimentaba por ella, y, también por la soledad que había padecido y no quería sufrir nuevamente. Partieron juntos a través del frío brillo del Sol y del viento. El corazón de Falk se animaba por encontrarse afuera, por la libertad, por el viaje que proseguía. Hoy no le preocupaba el final del viaje. El día era luminoso, las grandes nubes se abrían, el camino mismo era su propio fin. Reanudaba su viaje y la bella, dócil e infatigable mujer caminaba a su lado

Capítulo 5

Cruzaron las Grandes Llanuras a pie, cosa fácil de decir pero no, por cierto, de hacer. Los días eran más largos que las noches y los vientos de la primavera se volvían más suaves y templados cuando vieron, por primera vez, aun desde muy lejos, su meta: la barrera, pálida por la nieve y la distancia, la muralla que atravesaba el continente de norte a sur. Falk permaneció inmóvil mientras contemplaba las Montañas.

–Muy arriba, en las Montañas, queda Es Toch -dijo Estrel, que miraba a su lado-. Espero que encontremos allí lo que buscamos

–Con frecuencia tengo más miedo de ello que anhelo… Aunque estoy contento de haber visto las Montañas

–Seguiremos desde aquí

–Le preguntaré al Príncipe si es posible que partamos mañana. – pero antes de dejarla, él se volvió y miró hacia el oeste, la desértica tierra que se extendía más allá de los jardines del Príncipe, durante unos momentos, como si contemplara el largo camino que ella y él habían recorrido juntos

Sabía todavía mejor, ahora, cuan vacío y misterioso era el mundo habitado por los hombres en estos últimos años de su historia. Durante innumerables días, él y su compañera habían andado sin ver huella alguna de presencia humana

En la primer parte de su viaje habían avanzado cautelosamente, a través de los territorios de los Samsit y de los Cazadores de Ganado, que Estrel sabía eran tan rapaces como los Basnasska. Luego, al llegar a parajes más áridos, se vieron obligados a seguir caminos utilizados antes por otros, con el fin de procurarse agua; sin embargo, cuando había señales de gente que recientemente había pasado por allí, o que vivía en los alrededores, Estrel examinaba el terreno minuciosamente y, a veces, cambiaban su ruta para evitarlo, aun a riesgo de ser vistos. Ella tenía un conocimiento general y, en ciertos lugares, extraordinariamente específico de la vasta superficie que recorrían; y, en algunos casos, cuando el terreno desmejoraba y dudaban de la dirección a seguir, ella decía:

–Esperemos hasta el amanecer -y apartándose ligeramente, oraba unos minutos a su amuleto, luego volvía, se enroscaba en su bolsa de dormir y descansaba serenamente

Y el camino que elegía siempre era el mejor

–Instinto de Merodeadora -decía cuando Falk admiraba su intuición-. De todos modos, mientras nos mantengamos cerca del agua y lejos de los seres humanos, estaremos a salvo

Pero, una vez, a muchos días de caminar en dirección oeste de la caverna, mientras seguían la curva de un profundo y regado valle, llegaron tan abruptamente a una población, que los guardias del lugar los rodearon antes de que pudieran escapar. Una espesa lluvia había velado toda visión o sonido del lugar antes de que ellos lo alcanzaran. Cuando la gente no manifestó violencia y declaró que les daría amparo por uno o dos días, Falk se alegró, porque caminar y acampar bajo esa lluvia hubiera sido bastante difícil

Esta tribu o pueblo se llamaba a sí mismo los Guardias de las Abejas. Gente extraña, informada y armada con lasers, todos vestían igual, hombres y mujeres, largas camisas de tela de invierno amarilla, marcada con una cruz parda en el pecho, eran hospitalarios y poco comunicativos. Les brindaron camas en sus cuarteles, edificaciones largas, bajas, endebles, construidas con madera y greda y les sirvieron abundante comida en su mesa común; pero hablaban tan poco, tanto a los extranjeros como entre ellos mismos, que más bien causaban la impresión de una comunidad de mudos

–Están conjurados para guardar silencio. Han hecho votos y juramentos y cumplen con ritos que nadie conoce enteramente -dijo Estrel, con el tranquilo e indiferente desdén que parecía profesar por la mayoría de las razas humanas

Los Merodeadores deben ser muy orgullosos, pensaba Falk. Pero los Guardias de las Abejas le devolvieron su desprecio: nunca le hablaron. Preferían hablar con Falk:

–¿Quiere "la tuya" un par de zapatos? – como si ella fuera su caballo y hubieran advertido que estaba descalzo

Sus propias mujeres llevaban nombres masculinos, y se dirigían a ellas y las nombraban como si se tratara de hombres. Graves jóvenes de ojos claros y labios silenciosos, vivían y trabajaban como hombres entre los igualmente graves y sobrios muchachos y hombres. Pocos de los Guardias de las Abejas superaban los cuarenta años y ninguno de ellos era menor de doce. Era un extraña comunidad,

como si fueran los cuarteles de invierno de algún ejército que allí acampara en el medio de la más completa soledad, en una tregua de alguna incomprensible guerra; extraños, tristes y admirables. El orden y la frugalidad de sus costumbres le recordaban a Falk su hogar de la Selva, y el sentimiento de una esotérica pero virtuosa consagración integral le resultaba curiosamente beatífica. Estaban tan seguros estos hermosos guerreros asexuados, aunque nunca le contaron al extranjero de qué lo estaban

–Reclutan mujeres salvajes capturadas para la crianza, como si fueran semillas, y crían a los chicos en grupos. Adoran algo que llaman el Dios Muerto, y lo aplacan con sacrificios, asesinatos. Mantienen los vestigios de alguna superstición antigua -dijo Estrel, cuando Falk habló en favor de los Guardias de las Abejas

Pues, aparentemente, toda la sumisión de Estrel se rebelaba al ser tratada como una criatura de especie inferior. La arrogancia en una persona tan pasiva, conmovía y divertía simultáneamente a Falk, y decidió hacerle un chiste:

–Bueno, te he visto a la caída de la noche murmurarle cosas al amuleto. Las religiones difieren…

–Por cierto que sí -dijo ella, pero mansamente

–¿Contra quién están armados, pregunto yo?

–Contra su Enemigo, sin duda. ¡Como si pudieran pelear contra los Shing. Como si los Shing tuvieran que molestarse en luchar contra ellos!

–¿Quieres seguir viaje, no es cierto?

–Sí. No confío en esta gente. Ocultan demasiado

Esa tarde él se dirigió a anunciarle su partida al cabecilla de la comunidad, un hombre de ojos grises llamado Hiardan, quizás más joven que él. Hiardan aceptó su gratitud lacónicamente, y luego dijo en el modo llano y mesurado de los Guardias de las Abejas:

–Creo que sólo nos has dicho la verdad. Te lo agradezco. Te hubiéramos dado la bienvenida más libremente y te hubiéramos hablado de cosas conocidas por nosotros, si hubieras venido solo

Falk vaciló antes de responder:

–Lamento eso. Pero no hubiera llegado hasta aquí si no fuera por mi guía y amiga. Y… viven ustedes todos juntos, aquí, Amo Hiardan. ¿Has estado alguna vez solo?

–Raras veces -dijo el otro-. La soledad es la muerte del alma: el hombre es la humanidad. Así decimos nosotros. Pero, también decimos, no confíes en nadie sino en tu hermano gemelo de la colmena, conocido desde la infancia. Esa es nuestra regla. Es la única cierta

–Pero yo no tengo parientes ni seguridad, Amo -dijo Falk, y con un saluda militar a la moda Guardias de Abejas, obtuvo el asentimiento para su partida y, a la mañana siguiente, al amanecer, siguió rumbo al oeste con Estrel

De tanto en tanto vieron otras poblaciones o campamentos, ninguno grande, todos dispersos, cinco o seis quizás en trescientas o cuatrocientas millas. En algunos de éstos, si Falk se hubiera encontrado solo, habría hecho un alto. Estaba armado y no parecían dañinos: un par de tiendas nómades junto a un cauce helado, o un solitario pastor sobre un alta colina cuidando a los rojizos bueyes a medias salvajes, o, en la lejanía, a través del ondulado terreno, un hilito de humo azulado contra el infinito cielo gris. Él había abandonado la Selva para buscar, donde fuera, informaciones que le concernieran, algún indicio de lo que él era o una guía de lo que había sido durante los años que no podía recordar; pero, ¿cómo podría aprender si no se atrevía a preguntar? Mas Estrel temía detenerse hasta en el más pequeño y pobre de estos campamentos de la pradera

–A ellos no les gustan los Merodeadores -decía-, ni los extranjeros. Los que viven tan solos están llenos de miedo. En su temor, nos recibirían y nos darían comidas y amparo. Pero después, durante la noche, nos amarrarían y nos matarían. No puedes acercarte a ellos, Falk -y lo miraba en los ojos- y decirles *yo soy vuestro hermano…* Saben que estamos aquí; nos observan. Si ven que mañana partimos no nos molestarán. Pero si no seguimos viaje, o si intentamos acercarnos a ellos, nos temerán. Es el miedo el que mata

Curtido por el viento y fatigado por el viaje, la capucha echada hacia atrás de modo que el cortante y ardiente viento del rojo oeste le revolvía el pelo, Falk estaba sentado, los brazos sobre las rodillas, junto al fuego que encendieran al acampar, al pie de una gran colina

–Muy cierto -dijo, aunque hablaba pensativo, su mirada cavada en la columnita de humo

–Quizás esa sea la razón por la cual los *Shing* no matan a nadie -Estrel conocía su carácter e intentaba animarlo, cambiar el rumbo de sus pensamientos

–¿Por qué? – preguntó él, consciente del intento de ella, pero sin interés

–Porque no tienen miedo

–Quizás -había conseguido interesarlo aunque no muy entusiastamente; entonces, él dijo-: Bueno, puesto que parece que debo dirigirme en derechura hacia ellos para formular mis preguntas, si me matan tendré la satisfacción de saber que los he atemorizado

Estrel sacudió la cabeza

–No lo harán. Ellos no matan

–Ni siquiera a las cucarachas -preguntó Falk, desahogando el mal genio de su fatiga sobre ella-. ¿Qué hacen con las cucarachas, en su Ciudad… Las desinfectan y las ponen nuevamente en libertad, como a los Razes de los que me hablaste?

–No sé -dijo Estrel; siempre tomaba un serio las preguntas de él-. Pero su ley es la reverencia por la vida, y ellos observan la ley

–Ellos no reverencian la vida humana. ¿Por qué habrían de hacerlo?… ellos no son humanos

–Pero por ello su regla es la reverencia por toda vida… ¿no es así? Y me enseñaron que no ha habido más guerras sobre la Tierra o entre los mundos desde que vinieron los *Shing*. Son los seres humanos los que se asesinan entre sí

–No existen seres humanos que fueran capaces de hacerme lo que me hicieron los *Shing*. Yo respeto la vida, la respeto porque es un asunto mucho más difícil e inseguro que la muerte; y la más difícil e incierta de las cualidades es la inteligencia. Los *Shing* respetaron su ley y me dejaron con vida, pero mataron mi inteligencia. ¿No es eso un crimen? Mataron el hombre que yo era, el niño que

había sido. Jugar de tal modo con la mente de un hombre, ¿es eso respeto? Su ley es una mentira y su reverencia es una trampa

Avergonzada por su cólera, Estrel se arrodilló junto al fuego y trozó y ensartó para asarlo el conejo que él había matado. El rojizo pelo polvoriento se enrulaba contra su inclinada cabeza; su rostro era paciente y remoto. Como siempre, ella lo arrastró por el remordimiento y el deseo. Cercanos como estaban, todavía el no la entendía; ¿eran todas las mujeres así? Ella era como una habitación perdida en una gran casa, como una caverna cerrada cuya llave él no poseyera. Nada le ocultaba a él y sin embargo su secreto permanecía intacto

La inmensa tarde se ponía sobre pastos y tierra empapados por la lluvia. Las pequeñas llamas del fuego ardían, rubiorojizas, en la azulina penumbra

–Está listo, Falk -dijo la suave voz

El se levantó y se acercó a ella, junto al fuego

–Mi amiga, mi amor -dijo, y tomó su mano durante unos momentos

Se sentaron juntos y compartieron la comida y más tarde, sus sueños

A medida que se alejaban hacia el oeste, las praderas comenzaban a secarse, el aire era más sutil. Estrel los guió hacia el sur durante algunos días para evitar un área que decía era, o había sido, el territorio de un pueblo nómade muy salvaje, los Jinetes. Falk confiaba en su juicio y no tenía ningún interés en repetir su experiencia con los Basnasska. Al quinto o sexto día de marchar en dirección sur, cruzaron una región montañosa y llegaron a un terreno seco y alto, llano y sin árboles, barrido constantemente por el viento. Las zanjas se llenaban con torrentes durante las lluvias y, al día siguiente, estaban secas. En verano debía de ser un desierto; aun en la primavera era muy triste

Prosiguieron y atravesaron dos veces lugares con antiguas ruinas, montículos y túmulos, pero alineados en la geometría espacial de calles y plazas. Fragmentos de cacharros, restos de vidrio coloreado y plástico abundaban en el esponjoso suelo alrededor de dichos lugares. Habían pasado unos dos o tres mil años, quizás, desde que estuvieron habitados. Esta vasta estepa, buena sólo para pastoreo, nunca fue ocupada nuevamente después de la diáspora hacia las estrellas, cuya fecha, en los fragmentarios y falsificados documentos que se les dejaron a los hombres, no era definitivamente conocida

–Extraño concebirlo -dijo Falk, mientras bordeaban la segunda de estas sepultadas ciudades-, hubo niños jugando aquí y… mujeres que tendían la ropa al Sol… hace tanto tiempo. En otra época. Más lejana para nosotros que los mundos de las estrellas

–La Era de las Ciudades -dijo Estrel-, la Era de la Guerra… Nunca escuché hablar de estos lugares a ninguno de los míos. Debemos estar muy lejos al sur, cerca de los Desiertos Australes

De modo que cambiaron de rumbo, hacia el oeste y ligeramente al norte, y a la mañana siguiente llegaron a un gran río, color anaranjado y turbulento, no profundo pero peligroso de cruzar, aunque pasaron todo el día en busca de un vado

En la margen occidental, el campo era más árido que nunca. Habían llenado sus cantimploras en el río, y como el agua había constituido un problema, más por exceso que por defecto, Falk no pensó en ella. El cielo era claro y el Sol brillaba durante todo el día; por primera vez en cientos de millas no tuvieron que resistir el viento frío mientras caminaban, y pudieron dormir secos y al calor. La primavera se acercaba rápida y radiante a la reseca Tierra; el lucero brillaba al amanecer y las flores salvajes proliferaban bajo sus pies. Pero no encontraron ningún arroyo o manantial durante tres días, después del cruce del río

Al luchar contra la corriente, Estrel se había enfriado. Nada dijo sobre esto, pero ya no mantuvo su infatigable paso y su rostro empalideció. Luego la atacó la disentería. Acamparon temprano. Mientras yacía junto al fuego, esa noche, comenzó a llorar, sólo un par de secos sollozos, pero eso era mucho para quien tan bien ocultaba sus emociones

Intranquilo, Falk intentó reconfortarla y la tomó de las manos; estaba afiebrada

–No me toques -dijo ella-. No, no. Lo he perdido, lo he perdido, ¿qué haré?

–Y entonces, vio que el cordel y el amuleto de pálido jade ya no pendía de su cuello

–Debo haberlo perdido al cruzar el río -dijo ella, controlándose a si misma y dejando que él le tomara la mano

–¿Por qué no me dijiste…?

–¿Para qué?

Él no tenía respuesta para esto. Estaba tranquila, nuevamente, pero él sintió su reprimida y febril ansiedad. Empeoró durante la noche y a la mañana estaba muy enferma. No podía comer y, aunque atormentada por la sed, no pudo retener la sangre de conejo que era de todo lo que él disponía para ofrecerle de beber. Se esforzó por brindarle el mayor confort posible y partió con sus cantimploras en busca de agua

Milla tras milla de pasto duro y salpicado de flores y de espesa maleza se extendía, suavemente ondulado, hacia el brillante y brumoso borde del cielo. El Sol brillaba con fuerza; las calandrias del desierto volaban cantando desde la Tierra. Falk marchó a paso rápido y parejo, confiado al principio y luego tenazmente, a través del área norte y este de ese campo. Las lluvias de la semana pasada habían sido absorbidas por la Tierra y no había arroyos ni corrientes de agua. No había agua. Buscó entonces por el sector oeste del campo. Volvió dando el rodeo por el este y miraba ansiosamente en busca del campamento cuando, desde una larga subida, vio algo unas millas hacia el oeste, una bruma, una obscura mancha que podrían ser árboles. Unos momentos después, descubrió el cercano humo del campamento, y se dirigió hacia éste al trote, aunque estaba cansado y el Sol poniente le lastimaba los ojos con su luz y su boca estaba reseca como tiza

Estrel había mantenido el fuego humeando para guiarlo de regreso. Yacía en su gastada bolsa de dormir. No levantó la cabeza cuando lo vio llegar

–Hay unos árboles no demasiado lejos hacia el oeste; debe de haber agua. Esta mañana me equivoqué de camino -dijo, mientras juntaba las cosas y las guardaba en su bolso

Tuvo que ayudar a Estrel a levantarse; la tomó del brazo y partieron. Encorvada, con una mirada ciega en su rostro, ella luchó junto a él a lo largo de una milla y, después, a lo largo de otra. Llegaron a una de las suaves cimas de la Tierra

–Allí -dijo Falk-; allí… ¿lo ves? Son árboles, es cierto… debe de haber agua allí

Pero Estrel había caído de rodillas, luego se tendió de costado sobre el pasto, doblada por el dolor, los ojos cerrados. No podía caminar más

–Son dos o tres millas a lo sumo, creo. Haré un fuego aquí, y podrás descansar; iré a llenar las cantimploras y luego regresaré; no tardaré mucho. Ella permaneció inmóvil mientras él juntaba toda la leña que podía y encendía un pequeño fuego y apilaba leña verde para que ella pudiera arrojarla al fuego

–Regresaré pronto -dijo y comenzó a alejarse

Ante esto ella se incorporó, pálida y temblorosa y gritó:

–¡No! ¡No me dejes! ¡No debes dejarme sola no debes ir…!

No había manera de razonar con ella. Estaba enferma y atemorizada más allá de la razón. Falk no podía abandonarla allí, con la noche que se cernía ya; tendría que haberlo hecho pero no le pareció posible. La levantó, el brazo de ella sobre su hombro, a medias en andas, a medias a rastras, y partieron

Cuando alcanzaron la próxima loma vio él nuevamente los árboles, pero no le parecieron más cercanos. El Sol se ponía, adelante, en una bruma de oro sobre el océano de la Tierra. Ahora llevaba alzada a Estrel y, cada pocos minutos, tenía que detenerse y dejar su carga y caer a su lado para recuperar el aliento y las fuerzas. Le parecía que si tuvieran algo de agua, solo un poco para humedecer su boca, no sería tan duro

–Allí hay una casa -le susurró a ella, su voz seca y sibilante; luego nuevamente-: Hay una casa, entre los árboles. No falta mucho…

Esta vez lo escuchó y retorció su cuerpo débilmente y se debatió contra él, gimiendo:

–No vayas allá. No, no vayas allá. No a las casas. Ramarren no debe ir a las casas, Falk… -comenzó a llorar quedamente y a hablar en una lengua que él no conocía, como si pidiera auxilio

El se afanó hacia adelante, doblado bajo el peso de ella

A través de la penumbra una luz brilló súbitamente y doró sus ojos: luz que brillaba a través de altas ventanas, detrás de los obscuros árboles

Un áspero ruido de aullidos se escuchó del lado de la luz y se hizo más fuerte y más cercano. El siguió luchando y luego se detuvo, al ver unas sombras que corrían hacia él desde la oscuridad y que aullaban y producían un penetrante clamor. Pesadas formas obscuras que le llegaban hasta la cintura lo rodearon, arremetiendo y olfateándolo mientras él permanecía inmóvil con la inconsciente Estrel entre sus brazos. No podía esgrimir su fusil y no osaba moverse. Las luces de las altas ventanas brillaban serenamente, sólo a unas pocas yardas de distancia. El gritaba:

–¡Socorro! ¡Socorro! – pero su voz era apenas un sordo graznido

Otras voces hablaban en voz alta y gritaban, penetrantes, a lo lejos. Las obscuras bestias se mantenían alertas. La gente se acercó a él, que todavía sostenía a Estrel contra sí y había caído de rodillas

–Sostengan a la mujer -dijo una voz de hombre; otra voz dijo claramente:

–¿Qué tenemos aquí… un nuevo par de instrumentos?

Le ordenaron que se levantara, pero él se resistió susurrando:

–No le hagan daño… está enferma

–¡Ven, pues! – manos rudas y expeditivas lo obligaron a obedecer

Dejó que se llevaran a Estrel. Estaba tan aturdido por la fatiga que no tenía idea de lo que le había sucedido y de dónde se encontraba hasta que hubo transcurrido un buen rato. Le ofrecieron un vaso de agua fresca, que era todo lo que quería y todo lo que importaba

Estaba sentado. Alguien cuyas palabras no lograba entender intentaba hacerle beber una copa llena de cierto líquido. Tomó la copa y bebió. Era un licor fuerte y de penetrante aroma a enebro. Una copa, una pequeña copa de verde ligeramente opaco; la vio con nitidez, por primera vez. No había bebido en una copa desde que abandonara a Casa de Zove. Sacudió la cabeza, y sintió que el sutil licor le aclaraba la garganta y el cerebro y levantó la mirada

Se encontraba en una habitación, una habitación muy grande. Un largo tramo de piso de piedra lustrado reflejaba vagamente la pared opuesta, sobre la

cual o en la cual, un disco verde de luz brillaba con suave resplandor amarillo. El radiante calor que provenía del disco alcanzaba su levantado rostro. A mitad de camino, entre él y el círculo semejante a un sol, una silla alta, maciza, se erguía sobre el piso desnudo; junto a ella, inmóvil, se perfilaba una obscura bestia, agazapada

–¿Quién eres tú?

Vio el ángulo de la nariz y de la mandíbula, la negra mano sobre el brazo de la silla. La voz era profunda, y dura como la piedra. Las palabras no pertenecían al Galaktika que durante tanto tiempo había hablado sino a su propia lengua, la de la Selva, aunque era un dialecto diferente. Contestó lentamente con la verdad

–No sé quien soy. Me arrebataron mi propio conocimiento hace seis años. En una Casa de la Selva aprendí las costumbres del hombre. Me dirijo a Es Toch para descubrir mi nombre y mi naturaleza

–¿Te diriges al Lugar de la Mentira para descubrir la verdad? Los instrumentos y los tontos corren sobre la fatigada Tierra, errantes, pero eso los conduce a la locura o a la mentira. ¿Qué te trajo a mi Reino?

–Mi compañera…

–¿Me dirás que ella te condujo aquí?

–Ella estaba enferma; yo buscaba agua. Está ella…

–Contén la lengua. Me alegro de que no me dijeras que fue ella la que aquí te trajo. ¿Conoces este lugar?

–No

–Este es el Enclave de Kansas. Yo soy el amo. Soy su señor su Príncipe y su Dios. Estoy a cargo de todo lo que aquí sucede. Aquí jugamos uno de los grandes juegos. Se llama el Rey del Castillo. Las reglas son muy viejas y son las únicas a las que me someto. Yo dicto las demás

El suave y sumiso Sol brillaba del piso al techo y de pared a pared detrás de quien así hablaba cuando se levantó de su silla. Por encima de la cabeza hacia arriba, bóvedas y vigas reflejaban la pareja luz dorada entre las sombras. La

irradiación perfilaba una nariz de halcón, una levantada y huidiza frente, una figura alta, poderosa y delgada, de majestuosa apostura, abrupta en los movimientos. Falk se movió ligeramente y la mitológica bestia echada junto al trono se estiró y gruñó. El licor con aroma a enebro había volatilizado sus pensamientos; pensaba que la locura había inducido a este hombre a llamarse a sí mismo rey, y simultáneamente, que el reino lo había llevado a la locura

–¿No has aprendido tu nombre, todavía?

–Me llamaron Falk, los que me recogieron

–Ir en busca del propio nombre: ¿qué mejor camino ha recorrido alguna vez el hombre? No es extraño que hayas atravesado mi puerta. Te acogeré como a un Jugador del Juego -dijo el Príncipe de Kansas-. No todas las noches un hombre con ojos como joyas amarillas viene a golpear a mi puerta. Rechazarlo implicaría cautela y aspereza, ¿y qué es la realeza sino riesgo y gracia? Te llamaron Falk, pero yo no. En el juego eres Piedra de Ópalo. Eres libre de moverte adonde quieras. ¡Griffon, quieto!

–Príncipe, mi compañera…

–…es una *Shing* o un instrumento o una mujer: ¿para qué la quieres? Quédate tranquilo, hombre; no seas tan rápido para responder a los reyes. Sé para qué la guardas. Pero ella no tiene nombre ni juega el juego. Mis mujeres "cowboys" la cuidan, y yo no hablaré ya de ella -el Príncipe se acercaba a él, a lentas zancadas a través del desnudo piso mientras hablaba-. Mi compañero se llama Griffon. ¿Has oído hablar en los antiguos Cánones y Leyendas del animal llamado perro? Griffon es un perro. Como verás, tiene poco en común con los amarillos cimarrones que corren por las llanuras, aunque son sus parientes. Su raza se ha extinguido, como la realeza. Piedra de Ópalo, ¿qué es lo que más deseas?

El Príncipe preguntó con su sagaz y abrupta genialidad, la mirada clavada en el rostro de Falk. Cansado y confundido y decidido a hablar la verdad, Falk respondió:

–Volver a casa…

–Volver a casa… -el Príncipe de Kansas, obscuro como su silueta o su sombra, era un hombre anciano, negro como el azabache, de siete pies de altura y un rostro como la hoja de una espada-. Volver a casa…

Se alejó ligeramente para estudiar la larga mesa junto a la silla de Falk. Toda la superficie de la mesa. Falk reparó ahora, estaba enmarcada en un recuadro y contenía una red de alambres de oro y de plata sobre los cuales corrían cuentas, y eran aquellos tan finos que las cuentas podían deslizarse de alambre a alambre y, en ciertos puntos, de un nivel a otro. Había cientos de cuentas, desde el tamaño del puño de un bebé hasta el de una semilla de manzana, hechas de greda y roca y madera y metal y hueso y plástico y cristal y amatista, ágata, topacio, turquesa, ópalo, ámbar, agua marina, granate, esmeralda, diamante. Era un bastidor como los que poseían Zove y Buckeye y los demás en la Casa. Al parecer proveniente en su origen de la gran cultura de Devenant, aunque no demasiado antigua en la Tierra, el objeto era un adivinador de destinos, una computadora, un implemento de la disciplina mística, un juguete. En su segunda y breve vida Falk no había tenido tiempo de aprender mucho sobre los bastidores. Buckeye había señalado, una vez, que llevaba cuarenta o cincuenta años volverse diestro en su manejo; y el de ella, heredado por uno y otro desde hacía mucho en su familia, sólo tenía diez pulgadas por lado y veinte o treinta cuentas…

Un prisma de cristal golpeó a una esfera de hierro con un sonido cristalino y pequeño. La turquesa se disparó desde la izquierda y una doble hilera de cuentas de hueso pulido saltaron hacia la derecha y abajo, mientras que un ópalo de fuego centelleó durante un momento en el muerto centro del bastidor. Las manos negras, esbeltas, fuertes volaban sobre los alambres y jugaban con las joyas de la vida y de la muerte

–Bueno -dijo el Príncipe-, tú quieres volver a casa. ¡Pero mira! ¿Puedes leer el bastidor? Infinitud. Ébano, diamante y cristal, todas las joyas de fuego: y la Piedra de Ópalo entre ellas, andando, yéndose. Más allá de la Casa del Rey, más allá de la Prisión de la Ventana, más allá de las colinas y hondonadas de Copérnico, la piedra vuela entre las estrellas. ¿Romperás el bastidor, el bastidor del tiempo? ¡Mira allá!

El deslizarse y el centelleo de las brillantes cuentas ardían en los ojos de Falk. Se aferró al borde del gran bastidor y susurró:

–No puedo leerlo…

–Este es el juego que tú juegas, Piedra de Ópalo, sepas o no leerlo. Bueno, muy bueno. Mis perros han ladrado a un mendigo esta noche y éste se revela príncipe de las estrellas. Piedra de Ópalo, cuando yo vaya a pedir agua de tu pozo

y amparo entre tus paredes, ¿me dejarás entrar? Será una noche más fría que ésta… ¡Y dentro de mucho tiempo! Vienes de hace mucho, mucho. Yo soy viejo pero tú eres más viejo; debes haber muerto hace una centuria. ¿Recordarás dentro de una centuria que en el desierto encontraste a un Rey? Ve, ve, te dije que eras libre de andar por aquí. Hay gente para servirte si la necesitas

Falk descubrió por sus medios el camino a lo largo de la prolongada habitación hacia un portal cubierto de cortinas. Afuera, en una antecámara, un muchacho esperaba; éste llamó a otros. Sin asombro ni servilismo, deferentes solo en cuanto esperaban que Falk hablara primero, le procuraron un baño, una muda de ropa, cena y una cama limpia en una tranquila habitación

Trece días en total vivió en la Gran Casa del Enclave de Kansas, mientras que las últimas nieves y las dispersas lluvias de la primavera caían sobre las estepas, allende los jardines del Príncipe. Estrel, que se recuperaba, permanecía en una de las casas más pequeñas que se apiñaban detrás de la grande. Era libre de estar con ella cuando quería… libre de hacer todo lo que elegía. El Príncipe regía su dominio absolutamente, pero de ningún modo su mandato obligaba; más bien era aceptado como un honor; su gente había elegido servirlo, quizás porque descubrían que en esta afirmación de la innata y esencial grandeza de una persona reafirmaban ellos su cualidad de hombres. No había más de doscientos, cowboys, jardineros, fabricantes y remendones, sus esposas e hijos. Era un reino muy pequeño. Sin embargo, después de algunos días, no le cupo duda a Falk de que si no hubiera súbdito alguno, viviera allí solo o no, el Príncipe de Kansas seguiría siendo, ni más ni menos, un príncipe. Era, una vez más, un asunto de cualidad

Esta curiosa realidad, esta singular validez del dominio del Príncipe lo fascinó y absorbió de tal modo que durante varios días apenas pudo pensar en el mundo exterior, en ese disperso, violento e incoherente mundo a través del cual había viajado durante tanto tiempo. Pero, al hablar en el décimotercer día con Estrel y mencionar su partida, comenzó a preguntarse qué relación tenía el Enclave con el resto del mundo y dijo:

–Creía que los *Shing* no soportaban señoríos por parte de los hombres. ¿Cómo le habrán permitido amurallarse aquí y llamarse a sí mismo Príncipe y Rey?

–Por qué no habrían de dejarlo delirar? Este Enclave de Kansas es un gran territorio, pero cercado y sin gente. ¿Por qué interferirían aquí los Señores de Es Toch? Supongo que, para ellos, él es como un chico tonto, alardeando y

balbuceando

–¿Es eso él para ti?

–Bueno… ¿viste cuando pasó esa nave, ayer?

–Sí, vi

Un coche aéreo, el primero que viera Falk, aunque reconoció su atronador zumbido, había cruzado por encima de la casa, muy alto, de modo que estuvo a la vista durante algunos minutos. La gente de la casa del Príncipe había corrido hacia el jardín golpeando cacerolas y badajos, los perros y los chicos habían aullado y el Príncipe, en uno de los balcones superiores, había hecho explotar, solemnemente, una serie de ensordecedores fuegos de estrépito, hasta que la nave se desvaneciera en el lóbrego oeste

–Son tan estúpidos como los Basnasska y el viejo está loco -aunque el Príncipe no había querido verla, su gente había sido muy bondadosa con ella; el subyacente dejo de amargura en su suave voz sorprendió a Falk-. Los Basnasska han olvidado las costumbres de los hombres -dijo-; esta gente las recuerda demasiado bien -rió

–De todos modos, la nave siguió viaje

–No porque se hayan asustado con los cohetes, Falk -dijo ella seriamente, como si intentara prevenirlo contra algo

Él la miró durante unos momentos. Evidentemente ella no había percibido la dignidad poética y lunática de la cohetería, que ennoblecía aun a una nave *Shing* con la cualidad de un eclipse solar. En la penumbra de la calamidad universal ¿por qué no explotar fuegos de estrépito? Pero, desde su enfermedad y la pérdida de su talismán de jade ella había estado ansiosa y sin alegría, y la estadía aquí, que tanto agradara a Falk, para ella había significado un verdadero sacrificio

–Le hablaré al Príncipe de nuestra partida -le dijo él amablemente, la dejó bajo los sauces, ahora verdeamarillentos con las hojas recién brotadas, y se dirigió a través de los jardines hacia la gran casa

Cinco de los perros de largas patas y pesados lomos negros trotaban junto a él, una guardia de honor que extrañaría cuando abandonara el lugar

El Príncipe de Kansas estaba en la habitación del trono, leyendo. El disco que cubría la pared oriental de la habitación brillaba, de día, con fría luz jaspeada de plata, una luna doméstica; sólo por las noches refulgía con suave calor y luz solar. El trono, de pulida madera petrificada de los desiertos del sur, se erguía frente a aquél. Sólo la primera noche Falk había visto al Príncipe sentado en el trono. Estaba ahora sentado en una de las sillas cercanas al bastidor, y, a sus espaldas, las ventanas de veinte pies de altura y que miraban hacia el oeste tenían descorridas las cortinas. A lo lejos se divisaban las obscuras montañas, coronadas de hielo

El Príncipe levantó su rostro de sable y escuchó las palabras de Falk. En lugar de responder, tocó el libro que estaba leyendo, no uno de los hermosos y decorados pergaminos de proyección de su extraordinaria biblioteca, sino un pequeño libro manuscrito y encuadernado

–¿Conoces este *Canon*?

Falk miró hacia donde éste señalaba y vio el verso:

Aquello que temen los hombres

debe de ser temido

¡Oh, desolación!

¡Todavía no,

todavía no ha llegado a su limite!

–Lo conozco, Príncipe. Partí de viaje con él en mi bolso. Pero no puedo leer la página izquierda, en tu copia

–Esos son los símbolos en los cuales fuera por primera vez escrito, hace cinco o seis mil años: la lengua del Emperador Amarillo… mi antepasado. ¿Perdiste el tuyo en el camino? Toma éste. Pero también lo perderás, espero; cuando se sigue el Camino, el camino se pierde. ¡Oh, desolación! ¿Por qué siempre hablas la verdad, Piedra de Ópalo?

–No estoy seguro -de hecho, aunque Falk gradualmente había decidido que

no mentiría no importa con quien hablara o cuál pudiera ser la consecuencia de la verdad, no sabía por qué había adoptado esta decisión. Usar… usar las armas del enemigo es jugar al juego del enemigo…

–Oh, ellos ganaron su juego hace mucho. ¿De modo que te vas? Vé, pues; no hay duda de que es el momento. Pero yo guardaré aquí tu compañera durante un tiempo

–Le dije que la ayudaría a buscar a su gente, Príncipe

–¿Su gente? – la dura y sombría cara se volvió hacia él-. ¿Para qué la quieres llevar?

–Ella es una Merodeadora

–¡Y yo soy un verde nogal, y tú un pescado, y esas montañas están hechas con estiércol asado de ovejas! Déjala seguir su camino. Habla la verdad y escucha la verdad. Recoge los frutos de mis florecidos huertos cuando camines hacia el oeste, Piedra de Ópalo, y bebe la leche de mis millares de pozos, a la sombra de helechos gigantes. ¿No gobierno acaso un reino agradable? Los milagros y el polvo llevan hacia el obscuro oeste. ¿Es la concuspicencia o la lealtad la que te induce a llevarla?

–Hemos hecho un largo camino juntos

–¡Desconfía de ella!

–Me ha brindado auxilio y esperanza; somos compañeros. Hay confianza entre nosotros… ¿cómo podría romperla?

–¡Oh, tonto, oh desolación! – dijo el Príncipe de Kansas-. Te daré diez mujeres para que te acompañen hasta el Lugar de la Mentira, con laúdes y flautas y tamborines y píldoras anticonceptivas. Te daré cinco buenos amigos armados con cohetería. Te daré un perro, en verdad lo haré, un perro extinguido viviente, para que sea tu verdadero compañero. ¿Sabes por qué murieron los perros? Porque fueron leales, porque se podía confiar en ellos. ¡Ve solo, hombre!

–No puedo

–Ve como quieras. La suerte está echada -el Príncipe se levantó, se dirigió

hacia el trono debajo del círculo lunar y se sentó

No volvió la cabeza cuando Falk intentó decirle adiós

Capítulo 6

Con su único recuerdo de un único pico para expresar la palabra "montaña", Falk había imaginado que, tan pronto como llegaran a las montañas, habrían alcanzado Es Toch; no se había imaginado que tendrían que encaramarse al techo de un continente. Hilera tras hileras se elevaban las montañas; día tras día ellos trepaban hacia el mundo de las alturas, y todavía su meta yacía más arriba y más hacia el sudoeste. Entre las selvas y los torrentes y las cimas atravesadas por las nubes y cubiertas de nieve, cada tanto, se levantaba un pequeño campamento o pueblito a lo largo del camino. Con frecuencia no podían evitarlos porque sólo era accesible una ruta única. Pasaban cabalgando en sus muías, el principal regalo que les hiciera el Príncipe cuando partieron, y no eran perturbados. Estrel dijo que la gente de la montaña, la que vivía aquí o a las puertas de los *Shing*, eran cautelosas y ni estorbarían ni darían la bienvenida a un extranjero, y que era mejor dejarlos solos.

Era una empresa helada acampar en abril, en las montañas, y una vez que se detuvieron en un pueblo fue éste un alivio bienvenido. Era un lugar pequeño, cuatro casas de madera junto a una ruidosa corriente de agua en un cañón, a la sombra de grandes picos circundados de nieve; pero tenía nombre, Besdio, y Estrel había estado allí una vez, siendo niña, según le contó a Falk. La gente de Besdio, entre ellos una pareja de piel blanca y pelo obscuro como la propia Estrel, hablaron con ella brevemente. Hablaban en la lengua de los Merodeadores; Falk siempre había hablado en Galaktika con Estrel y no había aprendido esta lengua occidental. Estrel explicaba y señalaba hacia el este y el oeste; la gente de la Montaña asentía fríamente y estudiaba cuidadosamente a Estrel, mirando apenas a Falk por el rabillo del ojo. Formularon unas pocas preguntas y les dieron comida y cobijo por una noche pero con una actitud fría y extraña que hizo sentir a Falk ligeramente intranquilo

El establo donde durmieron era cálido, sin embargo, con el calor animal del ganado y las cabras y las aves de corral que allí se apretujaban en compañía olorosa y tranquila. Mientras Estrel conversaba unos momentos más con sus huéspedes en la cabaña principal, Falk se dirigió al establo y se puso cómodo. En el pesebre armó una lujuriosa cama doble de heno y estiró sus rollos de dormir sobre ella. Cuando llegó Estrel ya estaba casi dormido, pero se despertó lo suficiente como para señalar:

–Me alegro de que hayas venido… Huelo algo oculto aquí, pero no sé qué

–No es eso todo lo que yo huelo

Esta era la oportunidad en que Estrel había estado más próxima a hacer un chiste, y Falk la miró sorprendido

–Estas contenta de la proximidad a la Ciudad. ¿No es cierto? – preguntó el-. Ojalá yo lo estuviera

–¿Por qué no habría de estarlo? Allí espero encontrar a los míos; en caso contrario, los Amos me ayudarán, y allí también tú encontrarás lo que buscas, y te será restaurada tu herencia

–¿Mi herencia? Pensé que creías que era un Raze

–¿Tú? ¡Nunca! Me imagino que no creerás, Falk, que los *Shing* han andado con tu mente. Una vez lo dijiste, allá abajo, en las llanuras, y entonces no te comprendí. ¿Cómo podrías pensar que eres un Raze, o cualquier otro hombre? ¡Tú no has nacido en la Tierra!

Pocas veces había hablado ella con tanta decisión. Lo que dijo lo reanimó pues coincidía con su propio pensamiento, pero que ella lo dijera, le resultó ligeramente molesto, pues durante tanto tiempo lo había callado. Luego él vio algo que pendía de un cordel atado a su cuello

–Te dieron un amuleto -esa era la causa de su alegría

–Sí -dijo ella mientras miraba con satisfacción el pendiente-. Profesamos la misma fe. Ahora todo nos saldrá bien

Él sonrió ligeramente ante su superstición, pero le alegró que le procurara consuelo. Cuando decidió dormirse supo que ella estaba despierta, con los ojos abiertos en la oscuridad, impregnada con el olor y el suave aliento y la presencia de los animales. Cuando el gallo cantó antes de que amaneciera, se despertó a medias y la escuchó orar al amuleto en la lengua que él desconocía

Siguieron viaje, por un camino que bordeaba por el sur los tormentosos picos. Quedaba por escalar una enorme montaña y durante cuatro días treparon, hasta que el aire se rarificó y heló, el cielo se volvió de un azul profundo y el Sol de abril brilló alumbrando los desflecados bordes de las nubes que pasaban, rasantes, por las praderas, muy por debajo de ellos. Una vez alcanzada la cima, el cielo se

obscureció y la nieve cayó sobre las desnudas rocas y blanqueó las grandes laderas peladas de color rojo y gris. Había un refugio para, viajeros en el paso y ellos y sus muías se guarecieron allí hasta que cesó de nevar y pudieron emprender el descenso

–Ahora el camino es fácil -dijo Estrel mientras se volvía para mirar a Falk por encima de la grupa saltarina de su muía y las orejas de la de él; y Falk sonrió, pero el temor anidaba en él y fue creciendo a medida que seguían bajando, rumbo a Es Toch

Se acercaban gradualmente y el camino se ensanchó en carretera; vieron cabañas, granjas y casas. Vieron a poca gente, porque hacía frío y llovía y todos permanecían adentro de sus viviendas, bajo techo. Los dos viajeros recorrieron al trote lento el solitario camino bajo la lluvia. La tercera mañana de descenso, amaneció radiante, y después de haber cabalgado durante un par de horas, Falk detuvo a su muía y miró a Estrel interrogativamente

–¿Qué sucede, Falk?

–Ya hemos llegado… esto es Es Toch, ¿no es cierto?

La Tierra se elevaba alrededor de ellos, picos distantes cerraban todo el horizonte en derredor y los campos de pastoreo y tierras aradas que atravesaran habían cedido lugar a casas, casas y más casas todavía. Había cabañas, casuchas, tabernas, comercios donde se fabricaban y vendían las mercaderías, chicos por todos lados, gente en la carretera, gente en las veredas, gente que andaba a pie, a caballo, o mula, sobre deslizadores, gente que iba y venía: estaba lleno y sin embargo era ralo, tranquilo y agitado, sucio, monótono y vívido debajo del brillante y obscuro cielo de la mañana en las montañas

–Falta una milla o algo más para llegar a Es Toch

–Entonces ¿qué es esta ciudad?

–Estos son los suburbios de la ciudad

Falk miraba en derredor, con desmayo y excitación al mismo tiempo. El camino que desde tan lejos emprendiera, en la Selva Oriental, se había convertido en una calle que conducía demasiado rápido a su tramo final. Andaban en sus mulas por la mitad de la calle y la gente los miraba, pero ninguno se detuvo ni les

habló. Las mujeres ocultaban el rostro. Sólo algunos de los harapientos chicos los observaban o los señalaban, gritando, y luego corrían, perdiéndose por algún sucio callejón o detrás de una choza. No era lo que había esperado Falk. Pero, ¿que había esperado?

–No sabía que había tanta gente en el mundo -dijo finalmente-. Zumban alrededor de los *Shing* como moscas en el estiércol

–Los gusanos proliferan en el estiércol -dijo Estrel secamente; luego, le lanzó una mirada y se acercó y le apoyó su mano suavemente-. Estos son los parias, los marginados, la chusma del otro lado del muro. Entremos en la ciudad, en la verdadera Ciudad. Hemos hecho un largo camino para verla…

Siguieron cabalgando; y pronto vieron, descollando sobre los achaparrados techos, las paredes de verdes torres sin ventanas, brillantes a la luz del Sol

El corazón de Falk latió con fuerza; advirtió que Estrel hablaba durante unos momentos con el amuleto que le regalaran en Besdio

–No podemos entrar con las mulas en la ciudad -dijo ella-. Podemos dejarlas aquí -se detuvieron ante un desvencijado establo público; Estrel habló persuasivamente en la lengua occidental con el hombre que cuidaba el lugar y cuando Falk le preguntó qué era lo que había estado averiguando, ella dijo-: Cómo dejar nuestras mulas en prenda

–¿Prenda?

–Si no pagamos por su estadía, se quedarán con ellas. No tienes dinero, ¿no es cierto?

–No -dijo Falk humildemente

No sólo no tenía dinero sino que nunca había visto dinero; y aunque el Galaktika tenía una palabra para designarlo, no por cierto el dialecto de la Selva…

El establo era el último edificio sobre el borde de un muro de piedra que separaba la zona de las casuchas de una elevada y larga pared construida con bloques de granito. Había una entrada a Es Toch para peatones. Grandes pilares cónicos señalaban la puerta. Sobre el pilar de la izquierda, una inscripción en Galaktika rezaba: *reverencia la vida*. Sobre la derecha, estaba grabada una frase más

larga, en caracteres que Falk nunca había visto. No había tráfico a través de la puerta ni guardias apostados en ella

–El pilar de la Mentira y el pilar del Secreto -dijo en voz alta mientras pasaba entre ellos sin adoptar actitud alguna de reverencia; pero luego penetró en Es Toch, y la vio, y se quedó inmóvil sin decir una palabra

La Ciudad de los Amos de la Tierra estaba construida sobre los dos bordes de un Cañón, como una tremenda hendidura en la montaña, angosta, asombrosa, sus negras paredes con rayas verdes se precipitaban en fantástica caída media milla hacia abajo, hacia el plateado oropel de un río que corría en las sombrías profundidades. Sobre los bordes de los acantilados opuestos descollaban las torres de la ciudad, firmemente asentadas en la tierra, unidas a través del abismo por etéreos puentes. Torres, carreteras y puentes terminaban y la pared cerraba nuevamente la ciudad justo antes de una vertiginosa curva del cañón. Helicópteros de diáfanas hélices cruzaban el abismo y los deslizadores revoloteaban a lo largo de calles apenas vislumbradas y de ágiles puentes. El Sol, todavía cercano al macizo de picos oriental apenas proyectaba sombras aquí; las grandes torres verdes brillaban como si fueran translúcidas

–Ven -dijo Estrel, unos pasos adelante de él, los ojos brillantes-. No hay nada que temer aquí, Falk

Él la siguió. Nadie transitaba por la calle que descendía entre edificios más bajos hacia el borde del acantilado donde se erguían las torres. Una vez, él volvió la cabeza hacia la entrada, pero ya no pudo ver la apertura entre los pilares

–¿Adonde vamos?

–Hay un lugar que yo conozco, una casa que frecuenta mi gente -lo tomó por el brazo, era la primera vez que lo hacía en el largo viaje que habían hecho juntos, y así entrelazada, mantuvo los ojos bajos mientras avanzaban por la zigzagueante calle. Ahora, a la derecha, los edificios se elevaban a medida que ellos se acercaban al corazón de la ciudad, y, hacia la izquierda, sin pared o parapeto, la vertiginosa garganta caía a pico llena de sombras, grieta obscurísima entre las luminosas torres encaramadas sobre los acantilados

–Pero si necesitamos dinero aquí…

–Ellos cuidarán de nosotros…

Gente vistosa y extrañamente vestida pasaba junto a ellos sobre deslizadores; los lugares de aterrizaje, sobre los edificios de altísimas paredes, bullían de helicópteros. Por encima de la garganta un coche aéreo zumbó, ganando altura

–¿Son todos estos… *Shing*?

–Algunos

Inconscientemente, había colocado su mano libre sobre su láser. Estrel, sin mirarla, pero con una ligera sonrisa, dijo:

–No uses aquí tu fusil linterna, Falk. Viniste aquí para recuperar la memoria, no para perderla

–¿Adonde vamos, Estrel?

–Aquí

–¿Esto? Esto es un palacio

La luminosa pared verdosa se elevaba sin ventanas, sin rasgos, hacia el cielo. Ante ellos una puerta cuadrada se abrió

–Saben que estoy aquí. No tengas miedo. Ven

Ella se aferró a su brazo. Él vaciló. Miró hacia atrás, en dirección a la calle y vio a varios hombres, los primeros que había visto a pie, que se dirigían hacia ellos y los observaban. Eso lo asustó y penetró con Estrel al edificio, atravesando portales interiores automáticos que se abrían a medida que ellos avanzaban. Una vez en el interior, embargado por el sentimiento de haberse equivocado, de haber cometido un terrible error, se detuvo

–¿Qué es este lugar, Estrel?

Era un hall alto, lleno de profusa luz verdosa, obscuro como una gruta submarina; había puertas y corredores, a lo largo de los cuales se aproximaba gente que corría hacia él. Estrel se había apartado. Presa del pánico se volvió hacia las puertas, a sus espaldas; ahora estaban cerradas. No tenían picaportes. Confusas

figuras de hombres se precipitaron sobre él, gritando. Retrocedió hacia las cerradas puertas y llevó su mano al láser. Ya no estaba. Lo tenía Estrel entre sus manos. Ella permaneció detrás de los hombres que lo rodeaban, mientras intentaba escapar a través de ellos y lo capturaban y luchaba y lo golpeaban, escuchó, durante un momento, un sonido que nunca había oído antes: su risa

Un desagradable ruido resonaba en los oídos de Falk; un gusto metálico le llenaba la boca. Su cabeza sufría vértigos cuando intentaba levantarla, sus ojos no discernían con nitidez y no podía moverse libremente. Advirtió, sin embargo, que despertaba de la inconsciencia y pensó que no podía moverse porque estaría herido o drogado. Luego descubrió que sus muñecas estaban amarradas con una corta cadena y también sus tobillos. Pero el vértigo de su cabeza empeoraba. Una potente voz resonaba ahora en sus oídos y repetía la misma cosa una y otra vez:

RAMARREN-RAMARREN-RAMARREN

Se debatió y gritó en una tentativa por liberarse de la poderosa voz que lo llenaba de terror. Vio centellear luces delante de sus ojos y, a través del rugido de su cabeza, escuchó que alguien gritaba con su propia voz

–Yo no soy…

Cuando volvió nuevamente en sí todo estaba completamente silencioso. Le dolía la cabeza y todavía no podía ver con claridad; pero ya no había ataduras en sus muñecas ni en sus tobillos, si alguna vez las había habido, y tuvo la certidumbre de que estaba protegido, amparado, cuidado. Ellos sabían quién era él y le daban la bienvenida. Su propia gente venía a verlo, estaba a salvo aquí, querido, amado y todo lo que necesitaba, ahora, era dormir y descansar, descansar y dormir, mientras la blanda quietud murmuraba tiernamente en su cabeza:

MARREN, MARREN, MARREN

Despertó. Le llevó un buen rato, pero despertó y se las ingenió para sentarse. Tuvo que enterrar su dolorida cabeza entre sus brazos durante unos momentos para superar el vértigo y advirtió, por primera vez, que estaba sentado en el piso de una habitación, un piso que parecía cálido y confortable, casi blando, como el flanco de alguna enorme bestia. Luego levantó la cabeza, logró enfocar el lugar con sus ojos y miró en derredor

Estaba solo, en medio de una habitación tan misteriosa que revivió su

vértigo durante unos minutos. No había muebles. Las paredes, el techo y el piso eran del mismo material translúcido que producía una sensación de blandura y de ondulación como si fuera una serie de espesos velos verdes, pero era duro y pulido al tacto. Extraños grabados y rebordes y pliegues formaban ornamentos sobre el piso pero, para la exploración de la mano, resultaban inexistentes; simplemente producían ilusiones ópticas, o bien yacían bajo una suave y transparente superficie. Los ángulos donde se encontraban las paredes eran disimulados por fantaseosos dibujos de cruces y pseudoparalelas que hacían las veces de decoración; hacer retroceder las paredes hasta su ángulo correcto implicaba un esfuerzo de voluntad, que era, quizás, un esfuerzo de autoengaño porque bien podría ser, que, después de todo, no se tratase de ángulos. Pero ninguno de estos atormentadores subterfugios de la decoración desorientaba tanto a Falk como el hecho de que la habitación en su totalidad era translúcida. Vagamente, con la sensación de mirar en las profundidades de una charca, debajo de él era visible otra habitación. Por encima se veía un parche de luz que bien podría ser la Luna, velada o verdosa por la interposición de uno o más techos. A través de una pared del cuarto se distinguían borrosamente rayas y manchas de luz y él podía percibir el movimiento de las luces de helicópteros o coches aéreos. A través de las otras tres paredes esas luces exteriores estaban mucho más veladas, borroneadas por paredes ulteriores, corredores, habitaciones. En esas habitaciones se percibía el movimiento de formas. Podía verlas pero no identificarlas; rasgos, vestidos, color, tamaño, todo estaba velado. Una mancha de oscuridad en algún punto entre las profundidades verdes, surgió de pronto y se volvió menos nítida, más verde, confusa y se fundió en la masa de ambigüedad. Visibilidad sin individualización, soledad sin privacidad. Era extraordinariamente hermoso este resplandor enmascarado de luces y formas a través de superpuestos planos de verde y extraordinariamente perturbador

En ese momento, en un lugar más brillante de la pared más cercana, Falk captó el destello de un movimiento. Se volvió rápidamente y con un estremecimiento de temor percibió algo, por fin, vivido, distinto: un rostro marcado con cicatrices, salvaje y atónito, con dos amarillos ojos inhumanos

–Un *Shing* -susurró lleno de terror; el rostro le hacía burla, los terribles labios modularon, silenciosamente "*un shing*", y entonces vio que se trataba del reflejo de su propia cara

Se levantó rígidamente, se dirigió hacia el espejo y pasó su mano por encima para asegurarse. Era un espejo, oculto a medias por un marco moldeado y pintado para causar la impresión de menos relieve

Se volvió al escuchar el sonido de una voz. Del otro lado de la habitación, no demasiado clara en la oscuridad aunque iluminada por secretas fuentes y con suficiente consistencia, una figura permanecía de pie. No había puerta visible, pero un hombre había entrado y allí estaba mirándolo: un hombre muy alto, con un amplio manto o capa que caía desde sus anchos hombros, pelo blanco, claro, obscuro, ojos penetrantes. El hombre habló. Su voz era profunda y muy amable:

–Eres bienvenido aquí, Falk. Te hemos esperado durante largo tiempo, te hemos guiado desde hace mucho y también cuidado

La luz se volvía más brillante en el cuarto, era una radiación clara y creciente. La profunda voz tenía una nota de exaltación

–Depón el temor y sé bienvenido, Oh Mensajero. El camino obscuro yace detrás de ti y tus pies están sobre la ruta que te conduce a casa

El destello aumentó hasta enceguecer los ojos de Falk; tuvo que pestañear y pestañear y cuando miró nuevamente, bizqueando, el hombre ya se había marchado

Espontáneamente le vinieron a la mente las palabras pronunciadas por un viejo, hacía algunos meses, en la Selva:

La terrible oscuridad de las brillantes luces de Es Toch

No jugarían con él, ni lo drogarían ni lo engañarían ya. Había sido un tonto al venir aquí y nunca lograría salir con vida; pero no jugarían con él. Se adelantó para buscar la oculta puerta y seguir al hombre. Una voz, desde el espejo, dijo:

–Espera, Falk. Las ilusiones no siempre son mentiras. Tú buscas la verdad

Una grieta en la pared se abrió dando lugar a una puerta; dos figuras entraron. Una, esbelta y pequeña, entró atropelladamente: usaba pantalones y chaquetón y una gorra calzada. La segunda, más alta, estaba vestida pesadamente y se movía con afectación, como una bailarina; el pelo largo, negrorojizo, caía en una cascada hasta la cintura femenina, no… masculina porque la voz, aunque muy suave era profunda:

–Hemos sido filmados, lo sabes, Strella

–Ya lo sé -dijo el hombrecito con la voz de Estrel; ninguno de ellos miró a Falk; se comportaban como si estuvieran solos-. Sigue con lo que estabas por decir, Kradgy

–Te preguntaba por qué tardaste tanto tiempo

–¿Tanto tiempo? Eres injusto, mi Amo. ¿Cómo podría haberlo encaminado hacia la selva oriental de Shorg…? es completamente salvaje. Los estúpidos animales no sirvieron de ayuda; todo lo que hacen en la actualidad es balbucear la Ley. Cuando ustedes finalmente me arrojaron el detector de hombres ya se encontraba él a las puertas del territorio de Basnasska. Sabrás que el Consejo los ha pertrechado con pájaros bombas, de modo que pueden barrer con los Merodeadores y los Solia-pat-chim. De modo que tuve que unirme a la repugnante tribu. ¿No escuchaste mis informes? Te los envié regularmente hasta que perdí mi transmisor al cruzar un río al sur del Enclave de Kansas. Y mi madre en Besdio me dio otro. ¿Seguramente han grabado mis informes en cintas?

–Nunca escucho los informes. En todo caso, fue tiempo perdido puesto que, en todas estas semanas, no tuviste éxito en enseñarle a no temernos

–¡Estrel! – dijo Falk-. ¡Estrel!

Grotesca y frágil dentro de sus vestimentas de travesti, Estrel no se volvió, no escuchó. Siguió hablando con el hombre de la capa. Sofocado de vergüenza y cólera, Falk gritó su nombre, luego se precipitó hacia adelante y la tomó por el hombro… y nada había allí, una confusión de luces en el aire, un destello de color, desvaneciéndose

La grieta-puerta en la pared permanecía, todavía, abierta y, a través de ella, Falk pudo ver la habitación contigua. Allí estaban el hombre de la capa y Estrel, de espaldas a él. Él dijo su nombre en un susurro y ella se volvió y lo miró. Ella miró adentro de sus ojos sin triunfo y sin vergüenza, tranquilamente, pasivamente, desapegada e indiferente, como siempre lo había mirado

–¿Por qué… por qué me mentiste? – dijo él-. ¿Por qué me trajiste aquí?

Él sabía por qué; él sabía lo que había y lo que siempre había habido en los ojos de Estrel. No fue su inteligencia la que habló, sino su amor propio y su lealtad que no podían admitir o soportar la verdad en un primer momento

–Me enviaron para que te trajera aquí. Tú querías venir aquí

Él intentó recuperar la calma. Permaneció rígido, sin moverse hacia ella y preguntó:

–¿Eres una *Shing*?

–Yo lo soy -dijo el hombre del manto sonriendo afablamente-. Soy un *Shing*. Todos los *Shing* son mentirosos. Soy, entonces, un *Shing* que te miente, en cuyo caso, por supuesto, no soy un *Shing*, ¿sino un *no-Shing* que miente? O es una mentira que todos los *Shing* mienten; Pero yo soy un *Shing*, en verdad; y, en verdad, yo miento. Se sabe que los terrestres y otros animales también dicen mentiras; los lagartos cambian de color, las sabandijas fingen ser astillas y los lenguados mienten permaneciendo inmóviles de modo que se los confunda con guijarros o arenilla, según sea el fondo sobre el que yacen. Estrella, éste es más estúpido que un niño

–No, mi Señor Kradgy, es muy inteligente -replicó Estrel, con su modo suave y pasivo

Hablaba de Falk como un ser humano habla de un animal

Ella había caminado junto a Falk, había comido junto a él, dormido con él. Había dormido en sus brazos… Falk la observaba en silencio; y ella y la figura más alta también permanecían silenciosas, como si esperaran una señal por parte de él para continuar su representación

Él no podía experimentar rencor hacia ella. Nada sentía hacia ella. Ella se había convertido en aire, en una bruma y un destello de luz. Sus sentimientos se concentraban en él; estaba enfermo, físicamente enfermo de humillación

Ve solo, Piedra de Ópalo, había dicho el Príncipe de Kansas. Ve solo, había dicho Hiardan, el Guardia de las Abejas. Ve solo, había dicho el anciano Auditor, en la selva. Ve solo, hijo mío, había dicho Zove. ¿Cuántos más lo habrían guiado por la buena senda, lo habrían ayudado en su búsqueda, pertrechado con su sabiduría, si hubiera andado solo por las praderas? ¿Cuánto más habría aprendido si no hubiera confiado en la guía y la buena fe de Estrel?

Ahora nada sabía excepto que había sido infinitamente estúpido y que ella

le había mentido. Le había mentido desde un principio, constantemente, desde el momento en que le dijo que era una Merodeadora… no, antes de esto: desde el momento en que lo viera por primera vez y fingiera no saber quién o qué era él. Ella había sabido todo siempre, y su misión había consistido en hacerlo llegar a salvo a Es Toch; y, quizás, en operar en cualidad de contrapeso, para contrarrestar la influencia que aquellos que odiaban a los *Shing* habían tenido y podían tener sobre su mente. Pero entonces, ¿por qué, pensaba él con dolor, de pie en esa habitación y observándola a ella en la otra, por qué había dejado de mentir, ahora?

–No tiene importancia lo que yo te diga ahora -dijo ella, como si leyera sus pensamientos

Probablemente lo hacía. Nunca se habían comunicado telepáticamente; pero si ella era una *Shing* y tenía los poderes mentales de un *Shing*, cuya extensión era sólo tema de rumores y especulaciones entre los hombres, podría haberse sincronizado con sus pensamientos durante toda la travesía, durante todas las semanas de su viaje. ¿Cómo podría él saberlo? No valía la pena preguntarle…

Hubo un sonido detrás de él. Se dio vuelta y vio a dos personas de pie en el otro extremo de la habitación, cerca del espejo. Vestían batas negras y capuchas blancas y tenían dos veces la altura de un hombre normal

–A ti se te engaña muy fácilmente -dijo uno de los gigantes

–Debes saber que has sido engañado -dijo el otro

–Sólo eres medio hombre

–Medio hombre no puede conocer la verdad entera

–El que odia es engañado y decepcionado

–El que mata es derribado y utilizado

–¿De dónde vienes, Falk?

–¿Qué eres, Falk?

–¿Dónde te encuentras, Falk?

–¿Quién eres tú, Falk?

Ambos gigantes levantaron sus capuchas y mostraron que nada había en su interior sino sombras y retrocedieron hacia la pared y la atravesaron y se desvanecieron

Estrel corrió hacia él desde la otra habitación, le echó los brazos al cuello y lo oprimió contra sí y lo besó ávida y desesperadamente

–Te amo, te he amado desde la primera vez que te vi. ¡Créeme, Falk, créeme! – luego fue desprendida de él mientras gritaba- ¡Créeme! – y fue arrastrada como por una fuerza poderosa e invisible, como barrida por un fuerte viento, envuelta en un remolino y soplada a través de una hendidura puerta que se cerró silenciosamente a sus espaldas, como se cierra una boca

–Comprendes -dijo el hombre alto de la habitación contigua-, que te encuentras bajo la influencia de drogas alucinatorias -su voz susurrante y precisa tenía un dejo de sarcasmo y aburrimiento-. Confía en ti menos que en nadie. ¿Eh? – entonces levantó sus largas vestiduras y orinó copiosamente; después de lo cual se marchó, arreglando sus ropas y alisando su largo pelo flotante

Falk permaneció mirando como el verdoso piso de la habitación de al lado absorbía la orina hasta que desaparecía

Las hojas de la puerta se cerraban muy lentamente, cubriendo la hendidura. Era la única salida de la habitación en la que se encontraba atrapado. Despertó de su letargo y corrió a través de la abertura antes de que se cerrara. La habitación donde Estrel y el otro extraño habían estado era exactamente igual a la que acababa de abandonar, quizás algo más pequeña y obscura. Una hendidura puerta, abierta en la pared opuesta se cerraba lentamente. Se apresuró a atravesar el cuarto y a escapar por aquella hacia una tercera habitación que era exactamente igual a las otras, quizás algo más pequeña y obscura y, de ésta, se arrastró hasta un espejito obscuro y cayó hacia adelante, gritando con un terror enfermante, contra la blanca, cuarteada y estática Luna

Despertó, se sentía descansado, vigoroso y confundido, en una cómoda cama, en una habitación luminosa y sin ventanas. Se sentó y, como si eso hubiera significado una señal, dos hombres se acercaron prestamente desde un tabique, corpulentos y con una mirada estática y bovina

–¡Salud Amo Agad! ¡Salud Amo Agad! – dijeron uno después del otro, y luego-: Ven con nosotros, por favor, ven con nosotros, por favor

Falk se levantó, completamente desnudo, dispuesto a la pelea -lo único claro, en ese momento, en su mente, era su lucha y su derrota en el hall de entrada del palacio-, pero ellos no manifestaron ninguna violencia

–Ven, por favor -repetían antifonalmente, hasta que los siguió

Lo condujeron, todavía desnudo, afuera de la habitación y escaleras arriba; la escalera se reveló como rampa pintada de tal modo que tenía el aspecto de escalera, atravesaron otro corredor y subieron más rampas y, finalmente, penetraron en un cuarto amplio con paredes verdeazuladas, una de las cuales destellaba luz. Uno de los hombres se detuvo afuera, del cuarto; el otro penetró a éste junto a Falk

–Allí hay ropas, allí hay comida, allí hay bebida. Ahora tú… ahora tú pide lo que necesites. ¿Estás bien? – miró con insistencia pero sin particular interés a Falk

Había un jarro de agua sobre la mesa, y lo primero que hizo Falk fue beber, pues estaba muy sediento. Miró en derredor de la extraña pero agradable habitación, su moblaje de plástico pesado y claro como cristal y sus paredes sin puertas y transparentes y luego estudió a su guardia o sirviente con curiosidad. Era un hombre corpulento, de rostro descolorido y llevaba un revólver al cinto

–¿Cuál es la Ley? – preguntó impulsivamente

–No matarás -dijo obediente pero sin sorprenderse el enorme y estático individuo

–Pero tú llevas un revólver

–Oh, este revólver, te atiesa pero no te mata -dijo el guardia, y rió; las modulaciones de su voz eran arbitrarias, no estaban relacionadas con el significado de las palabras y con la risa-. Ahora bebe, come, aséate. Aquí hay buenas ropas. ¿Ves? aquí hay ropas

–¿Eres un Raze?

–No. Soy el Capitán del Cuerpo de Guardia de los Verdaderos Amos -dijo el

hombre y rió nuevamente como si le apretaran un botón. Quizás se lo apretaran cuando el computador hablaba a través de su cerebro. Se retiró. Falk pudo ver las vagas y pesadas sombras de los dos guardias a través de la pared interior de la habitación; esperaban, uno a cada lado de la puerta, en el corredor. Encontró el baño y se lavó. Ropas limpias esperaban, extendidas, sobre la mullida cama que ocupaba uno de los extremos del cuarto; eran largas batas sueltas con dibujos color rojo, magenta y violeta; las examinó con disgusto, pero se las puso. Su traqueteado bolso descansaba en la mesa de plástico de vidrio con molduras doradas; su contenido parecía intacto, pero no se veían ni sus ropas ni su láser. Una comida estaba servida y él se sentía hambriento. ¿Cuánto hacía que había penetrado por las puertas que se cerraron a sus espaldas? No tenía idea, pero su hambre le decía que ya había pasado un tiempo razonable. La comida era extraña, muy condimentada, mezclada, cubierta con salsa, disfrazada, pero la comió toda y buscó más. Como no había más, y puesto que había hecho lo que le indicaran, examinó la habitación con mayor atención. Ya no divisaba las vagas sombras de los guardias del otro lado de la pared semitransparente y verdeazulada y se aprestaba para investigar cuando se detuvo bruscamente. La apenas visible hendidura de la puerta se ensanchaba y una sombra se movió detrás de ella. Se abrió en un elevado óvalo, a través del cual una persona penetró en el cuarto

Una chica, pensó Falk en un primer momento, luego advirtió que se trataba de un muchacho de alrededor de dieciséis años, vestido con ropas sueltas como las que él mismo usaba. El muchacho no se acercó a Falk, pero se detuvo con las palmas de las manos hacia arriba y le espetó una torrencial jerigonza

–¿Quién eres tú?

–Orry -dijo el joven-, ¡Orry! – y más jerigonza

Parecía frágil y excitado; su voz vibraba de emoción. Luego se desplomó sobre sus rodillas e hizo una profunda inclinación de cabeza, un gesto que Falk no había visto antes aunque su significado era indudable: era el gesto original y completo del cual, entre los Guardias de las Abejas y los súbditos del Príncipe de Kansas subsistían algunas reminiscencias

–Habla en Galaktika -dijo Falk, con furia, traumatizado e intranquilo-. ¿Quién eres tú?

–Yo soy Har Orry… Prech… Ramarren -susurró el muchacho

–Levántate. No te quedes de rodillas. Yo no… ¿Tú me conoces?

–Prech Ramarren, ¿no te acuerdas de mí? Soy Orry, el hijo de Har Weden

–¿Cuál es mi nombre?

El muchacho levantó la cabeza y Falk lo miró… a los ojos, que miraban en derechura a los suyos. Eran de color gris ambarino, salvo la obscura pupila: todo iris, sin blanco visible, como los ojos de un gato o de un ciervo, ojos como jamás había visto Falk, excepto en el espejo, la noche anterior

–Tu nombre es Agad Ramarren -dijo el muchacho, atemorizado y sumiso

–¿Cómo lo conoces?

–Yo… yo siempre lo he conocido, prech Ramarren

–¿Eres tú de mi raza? ¿Pertenecemos al mismo pueblo?

–¡Soy el hijo de Har Weden, prech Ramarren! Te juro que lo soy

Hubo lágrimas en los ojos gris viejo, durante unos momentos. El propio Falk había demostrado siempre tendencia a reaccionar a un shock con un breve aflujo de lágrimas; Buckeye lo había amonestado, una vez, por su preocupación por esta característica y le había dicho que se trataba de algo puramente fisiológico, de una reacción probablemente racial

La confusión, el espanto y la desorientación que había padecido Falk desde su entrada a Es Toch lo dejaban ahora sin armas para cuestionar y juzgar esta última aparición. Parte de su mente decía

–Esto es exactamente lo que ellos quieren: te quieren confundir hasta el punto de la total credulidad

En ese momento ya no sabía si Estrel -Estrel, a quien tan bien conocía y tan lealmente amaba- era una amiga, o una *Shing*, o un instrumento de los *Shing*, si alguna vez le había dicho la verdad o le había mentido, sí se encontraba atrapada con él, aquí, o lo había atraído con engaños a esta celada. Recordaba una risa; también recordaba un abrazo desesperado, un susurro… ¿Qué tenía que hacer, entonces, con este muchacho, este muchacho que lo miraba con veneración y dolor,

con esos ojos no terrestres, como los suyos? ¿Se convertirían si lo tocaba, en bruma y luces? ¿Contestaría a las preguntas con mentiras o con la verdad?

En medio de todas las ilusiones, errores y decepciones, quedaba, le parecía a Falk, sólo un camino; el camino que había seguido siempre, desde la casa de Zove. Miró nuevamente al muchacho y le habló con la verdad

–Yo no te conozco. Si te recordara… pero nada recuerdo más allá de los últimos cinco o seis años -aclaró su garganta, se volvió y se sentó en una de los altas sillas invitando al muchacho a hacer lo mismo

–No te acuerdas de Werel?

–¿Quién es Werel?

–Nuestra casa. Nuestro mundo

Eso dolió. Falk nada dijo

–¿Recuerdas el viaje… aquí, prech Ramarren? – preguntó el muchacho, tartamudeando

Había incredulidad en su voz; parecía no haber asimilado lo que Falk decía. Había también una nota temblorosa, plañidera, rubricada por el temor o el respeto. Falk sacudió la cabeza

Orry repitió su pregunta con una ligera variante

–Recuerdas nuestro viaje a la Tierra, prech Ramarren?

–No. ¿Cuándo fue el viaje?

–Hace seis años terrestres. Perdóname, por favor, prech Ramarren, yo no sabía… Yo me encontraba cerca del Mar de California y enviaron un coche aéreo para buscarme, un automático; no se me dijo para qué se me requería. Luego el Amo Kradgy me dijo que un miembro de la expedición había sido encontrado y yo pensé… Pero no me contó esto sobre tu memoria… ¿Tú recuerdas… sólo… sólo la Tierra, entonces?

Parecía que mendigaba una negación

–Sólo recuerdo la Tierra -dijo Falk, decidido a no dejarse conmover por la emoción del muchacho, o por su ingenuidad o por el candor infantil de su rostro y de su voz. Debía presumir que este Orry no era quien pretendía ser. ¿Pero si lo era?

–No seré engañado nuevamente -*pensó Falk con amargura*

–Sí, lo serás -*le retrucó otra parte de su mente*-: serás engañado si ellos quieren que lo seas, y no tienes modo de impedirlo. Si no le haces preguntas a este muchacho, por miedo a que las respuestas sean falsas, entonces la mentira prevalece absolutamente y nada significa tu viaje a este lugar sino silencio y falsedad y disgusto. Viniste a aprender tu nombre. Él te da un nombre: acéptalo

–¿Me dirás quiénes somos… nosotros?

El muchacho comenzó con energía, nuevamente, a hablar en su jerigonza, luego se detuvo ante la mirada de incomprensión de Falk

–¿No recuerdas cómo se habla el Kelshak, prech Ramarren? – casi era una queja

Falk sacudió la cabeza

–¿El Kelshak es tu lengua nativa?

El muchacho dijo:

–Sí -y añadió tímidamente-: y la tuya, prech Ramarren

–Cuál es la palabra que designa al padre en Kelshak?

–Hiowech. O wawa… como dicen los bebés -un destello de ingenua broma relampagueó en el rostro de Orry

–¿Cómo llamarías a un anciano a quien respetaras?

–Hay una cantidad de palabras como ésa… palabras emparentadas… Prevwa, kioinap, ska ngehoy… Déjame pensar, prechna. No he hablado en Kelshak durante tanto tiempo… Un prechnoweg… un alto nivel no pariente podría ser tiokici o previotio…

–Tiokioi. Dije esa palabra una vez… sin saber dónde la había aprendido

No era una verdadera prueba. No había prueba posible aquí. Nunca le había contado a Estrel demasiado acerca de su estadía en la cabaña del anciano Auditor, en la Selva, pero ellos podrían haber descubierto todos los recuerdos de su cerebro, todo lo que él hubiera dicho o hecho o pensado mientras estaba drogado en sus manos la noche o noches anteriores. Era imposible saber qué habían hecho; era imposible saber qué podrían hacer, o qué harían. Y mucho menos podría saber él qué pretendían. Todo lo que le restaba era seguir adelante en pos de lo que buscaba

–¿Eres libre de ir y venir, aquí?

–Oh, sí, prech Ramarren. Los Amos han sido muy bondadosos. Desde hace mucho han buscado a otros… sobrevivientes de la Expedición. Sabes tú, Prechna, si alguno de los otros…

–No sé

–Todo lo que tuvo tiempo de decirme Kradgy, cuando llegué aquí hace pocos minutos, fue que habías estado viviendo en la selva, en la parte oriental del continente, con alguna tribu salvaje

–Te contaré sobre todo eso, si quieres saberlo. Pero dime algunas cosas primero. No sé quién soy, quién eres, qué era la Expedición, qué es Werel

–Nosotros somos Kelshy -dijo el muchacho, contrito y evidentemente perturbado por una explicación de nivel tan bajo a alguien que consideraba superior, en edad, por supuesto, pero también en algo más que en edad-. De la Nación Kelshak, en Werel… vinimos aquí en la nave *Alterra*…

–¿Por qué vinimos aquí? – preguntó Falk, inclinándose hacia adelante

Y lentamente, con disgresiones y retrocesos y con mil preguntas de interrupción. Orry se explayó, hasta quedar agotado por la conversación y Falk, a su vez, por tanto como escuchó, y hasta que las paredes con apariencia de velos fueron iluminadas por la luz de la tarde; entonces permanecieron en silencio durante unos momentos y sirvientes mudos les trajeron de comer y de beber. Y durante todo el tiempo en que comió y bebió, Falk contemplaba con los ojos de la

mente la joya que podía ser falsa o sin precio, la historia, la trama, el fogonazo -de verdadera visión o no- iluminador del mundo que había perdido

Capítulo 7

Un Sol como el ojo de un dragón, amarillo naranja, como un ópalo de fuego con siete brillantes pendientes que se balancean lentamente a través de sus largas elipses. El tercer planeta verde tarda sesenta años terrestres para completar su año:

Afortunado el hombre que ve su segunda primavera

Orry tradujo un proverbio de ese mundo. Los inviernos del hemisferio norte, inclinados por el ángulo de su elipse fuera del ámbito solar, mientras el planeta se encontraba en su posición más lejana al Sol, eran fríos, obscuros terribles: los vastos veranos, que duraban la mitad de una vida, opulentos en exceso. Gigantescas mareas de los profundos mares del planeta obedecían a una luna gigante que tardaba cuatrocientos días en crecer y menguar; el mundo estaba conmovido por terremotos, volcanes, plantas que caminaban, animales que cantaban, hombres que hablaban y construían ciudades; un catálogo de maravillas. A este milagroso aunque no poco común mundo había llegado, hacía veinte años, una nave procedente del espacio exterior. Veinte de sus enormes años, aclaró Orry: o sea alrededor de mil doscientos años terrestres

Colonos y promotores de la Liga de los Mundos, la gente que viajara en esa nave consagró su obra y su vida al planeta recién descubierto, alejado de los antiguos mundos centrales de la Liga, con la esperanza de incorporar sus nativas especies inteligentes a la Liga, es decir, de contar con un nuevo aliado en la Guerra Futura. Esa había sido la política de la Liga desde que varias generaciones antes, habían llegado advertencias de más allá de las Hyades respecto de una oleada de conquistadores que iban de mundo en mundo, de siglo en siglo, aproximándose cada vez más al lejano racimo de ochenta planetas que tan orgullosamente se llamaba a sí mismo la Liga de Todos los Mundos. La Tierra, cerca del borde del corazón de la Liga y el más cercano planeta de la Liga al recién descubierto planeta Werel, había suministrado todos los colonos en su primer viaje. Tenía que haber habido otras naves de otros mundos de la Liga, pero ninguna llegó jamás: la Guerra llegó antes

Las únicas comunicaciones de los colonos con la Tierra, con el primer mundo Davenant, y con el resto de la Liga, se efectuaban mediante el ansible, trasmisor instantáneo que operaba a bordo de su nave. Ninguna nave, dijo Orry, había volado nunca más rápido que la luz; aquí Falk lo corrigió. Las naves de guerra habían sido construidas sobre el principio ansible, pero sólo habían

constituido automáticas máquinas muertas, increíblemente costosas y que no llevaban criatura viviente alguna. La velocidad de la luz, con su ahorro de tiempo para el viajero, fue el límite de la posibilidad humana de viajar, entonces y ahora. De modo que los colonos de Werel se encontraban muy lejos de su casa y dependían totalmente de sus ansibles para sus comunicaciones. Sólo habían permanecido cinco años en Werel cuando fueron informados de la llegada del Enemigo e, inmediatamente después de eso, las comunicaciones se volvieron más confusas, contradictorias, intermitentes y pronto cesaron completamente. Alrededor de un tercio de los colonos eligió tomar nuevamente la nave y volar a través de la gran fisura temporal hacia la Tierra, para reunirse con los suyos. El resto permaneció en Werel abandonado a sí mismo. En el curso de su vida nunca pudieron saber qué había sucedido con su mundo natal y la Liga a la que servían, o quién era el Enemigo y si éste gobernaba a la Liga o si había sido vencido. Sin nave ni comunicador, aislados, constituyeron una pequeña colonia rodeada por curiosas y hostiles Formas de Vida de Elevada Inteligencia, de cultura inferior pero de inteligencia igual a la de ellos. Y esperaron y los hijos de sus hijos esperaron, mientras las estrellas permanecían, en silencio, por encima de ellos. Nunca llegó una nave, ni una palabra. Su propia nave debía de haberse destrozado, los informes sobre el nuevo planeta, perdidos. Entre las estrellas el pequeño ópalo amarillo naranja yacía, olvidado

La colonia progresó y se expandió a lo largo de una costa marítima muy bella, a partir de su propia ciudad, que fue llamada *Alterra*. Luego, después de algunos años -Orry se detuvo y se corrigió-, alrededor de seis siglos, según el cómputo terrestre, era el décimo año de la colonia, creo, yo estaba comenzando a aprender historia; pero mi Padre y… y tú, prech Ramarren, me contaban estas cosas, antes de que hiciéramos el Viaje, para explicarme todo… Después de algunas centurias, entonces, la colonia atravesó épocas difíciles. Pocos niños eran concebidos; menos aun nacían vivos. Aquí, nuevamente, el muchacho hizo una pausa y finalmente, se explayó:

–Recuerdo que ustedes me contaron que los Alterranos no sabían que les estaba sucediendo, pensaron que era un efecto negativo de la falta de mezcla de razas, pero en realidad, se trataba de una especie de selección. Los Amos, aquí, dicen que eso es imposible, que cualquiera sea el lapso de tiempo que permanece una colonia en un planeta sigue siendo extranjera. Mediante manipulaciones genéticas pueden engendrar hijos con los nativos, pero éstos serán estériles. De modo que no sé qué les sucedió a los Alterranos, yo apenas era un chico cuando tú y mi Padre intentaron contarme la historia, recuerdo que hablaron ustedes de selección con miras a… a un tipo viable. De todos modos, los colonos estaban a

punto de extinguirse cuando los que quedaban decidieron aliarse con una nativa nación wereliana, Tevar. Pasaron el invierno juntos y cuando llegó la estación de la Primavera, descubrieron que los Tevaranos y los Alterranos podían reproducir. En cantidad suficiente, por lo menos, para dar nacimiento a una nueva raza híbrida. Los Amos dicen que no es posible. Pero recuerdo que ustedes me lo contaron. El muchacho parecía angustiado y ligeramente desorientado

–¿Somos nosotros descendientes de esa raza?

–¡Tú desciendes de Agat Alterra, que condujo la colonia a través del invierno del Décimo Año! Aprendemos a conocer a Agat en los libros escolares. Ese es tu nombre, prech Ramarren… Agad de Charen. Yo no pertenezco a ese linaje, pero mi bisabuela era de la familia Esmy de Kiow, ése es un nombre Alterrano. Por supuesto, en una sociedad democrática, como es la Tierra, estas distinciones no tienen significado alguno, ¿no es cierto?

Nuevamente Orry se manifestó angustiado, como si cierto obscuro conflicto lo perturbara. Falk lo retrotrajo a la historia de Werel, llenando con suposiciones y extrapolaciones el infantil relato que era todo lo que Orry podía procurar

El nuevo acervo y la nueva cultura fusionada de la nación Tevaroalterrana, floreció en los años posteriores a ese peligroso invierno del Décimo Año. Las pequeñas ciudades crecieron; una cultura mercantil se estableció en el continente de un solo hemisferio norte. Después de algunas generaciones se expandió hacia los pueblos primitivos de los continentes australes, donde el problema de la subsistencia durante los inviernos era más fácilmente solucionable. La población se incrementó; la ciencia y la tecnología comenzaron su escalada, guiadas y ayudadas siempre por los Libros de Alterra, provenientes de la biblioteca de la nave, cuyos misterios se explicaron cuando los remotos descendientes de los colonos releyeron el perdido saber. Habían conservado y copiado estos libros, generación tras generación, y aprendieron la lengua en la cual estaban escritos… Galaktika por supuesto. Finalmente, explorados la luna y todos los planetas hermanos, controladas las expansiones de las ciudades y las rivalidades equilibradas por el Imperio Kelshak, en el antiguo Norte, en la cumbre de una era de paz y de vigor, el Imperio construyó y envió una nave de velocidad luz

Esa nave, la *Alterra*, partió de Werel dieciocho años y medio después de que arribara allí la nave de la Colonia terrestre: mil doscientos años, según el cómputo de la Tierra. Su tripulación no tenía idea de qué encontraría en la Tierra. Werel no había sido capaz de reconstruir los principios del transmisor ansible, y había

vacilado en radiodifundir señales que podrían delatar su ubicación a un probable mundo hostil gobernado por el Enemigo a quien tanto temiera la Liga. Para conseguir información, hombres de carne y hueso debían viajar a través de la larga noche, desde la antigua casa de los Alterranos

–¿Cuánto duró el viaje?

–Alrededor de dos años werelianos, es decir, ciento treinta o ciento cuarenta años, yo sólo era un chico, prech Ramarren, y no comprendía muchas cosas, y muchas no se me decían

Falk no comprendía por qué esta ignorancia podía perturbar al muchacho; estaba mucho más impresionado por el hecho de que Orry, que parecía tener quince o dieciséis años, había vivido quizás ciento cincuenta años. ¿Y él mismo?

La *Alterra*, prosiguió Orry, había partido de una base cercana a la antigua ciudad de la costa, Tevar, que se encontraba en la coordenada correspondiente de la Tierra. Llevaba a diecinueve personas, hombres, mujeres y niños, la mayor parte de Kelshak y que se declaraban descendientes de los Colonos: los adultos habían sido seleccionados por el Consejo de la Armonía del Imperio, por su entrenamiento, inteligencia, coraje, generosidad y *arlesh*

–No conozco una palabra que lo designe en Galaktika, es sólo… *arlesh* -Orry sonrió con su ingeniosa sonrisa-. Aliento es en verdad la cosa, como el aprendizaje en la escuela, como el curso de un río, *arlesh* deriva de aliento, creo

–¿Tao? – preguntó Falk, pero Orry nunca había escuchado el *Antiguo Canon* del Hombre

–¿Qué le sucedió a la nave? ¿Qué pasó con los otros diecisiete?

–Fuimos atacados en la Barrera. Los *Shing* llegaron allí sólo después de que la *Alterra* fuera destrozada y que se dispersaran los atacantes. Eran rebeldes, en coches planetarios. Los *Shing* me rescataron de uno. Ellos no sabían si el resto de nosotros había sido muerto o secuestrado por los rebeldes. Siguieron buscando, por todo el planeta, y hace un año llegó a sus oídos el rumor de un hombre que habitaba en la Selva Oriental… eso sonaba a alguno de nosotros…

–¿Qué recuerdas de todo eso, el ataque y lo demás?

–Nada. Tú sabes como afecta el vuelo a la velocidad de la luz…

–Sé que para quienes viajan en la nave el tiempo no transcurre. Pero no tengo idea de cómo sienta eso

–Bueno, realmente no lo recuerdo con mucha claridad. Yo sólo era un chico de nueve años… según el cómputo terrestre. Y no estoy seguro de que alguien pudiera recordarlo nítidamente. Tú no puedes decir la relación de las cosas. Tú ves y oyes, pero no hay acuerdo entre ambas cosas -nada significa algo- no puedo explicarlo. Es horrible, mas sólo como un sueño. Pero luego, cuando se baja nuevamente al espacio planetario, uno atraviesa lo que los Amos llaman la Barrera, y eso todo lo borra en los pasajeros, a menos que se encuentren preparados. Nuestra nave no lo estaba. Ninguno de nosotros había vuelto en sí cuando atacaron y, por lo tanto, no lo recuerdo, lo mismo que tú, prech Ramarren. Cuando volví en mí me encontraba a bordo de una nave *Shing*

–¿Por qué te trajeron a ti siendo como eras, un niño?

–Mi padre era el capitán de la expedición. Mi madre también se encontraba en la nave. Por otra parte, prech Ramarren, si uno volviera, bueno… todos sus parientes estarían muertos desde mucho atrás. No es que eso importe… mis padres han muerto, de todos modos. O quizás los habrán tratado como a ti, y… y no me reconocerían si me encontraran…

–¿Cuál era mi papel en la expedición?

–Tú eras nuestro piloto

La ironía que eso significaba hizo respingar a Falk, pero Orry prosiguió con su respetuoso e ingenuo tono

–Por supuesto, eso implicaba que tú dirigías el rumbo de la nave, las coordenadas… eras el más grande *prostenio*, un astrónomo matemático, de todo Kelshy. Tú eras prechnowa respecto de todos los demás, a bordo, excepto mi padre, Har Weden. ¡Eres de la Octava Orden, prech Ramarren! ¿Recuerdas… recuerdas algo de todo eso?

Falk sacudió la cabeza

El muchacho se calmó y dijo finalmente, con tristeza:

–No puedo realmente creer que no recuerdes, salvo cuando haces eso

–¿Sacudir la cabeza?

En Werel nos encogemos de hombros para decir no, de este modo

La simplicidad de Orry era irresistible. Falk intentó encogerse de hombros y le pareció que encontraba acierto en ello, algo así como una propiedad, algo que podía persuadirlo de que se trataba de un antiguo hábito. Sonrió y Orry, inmediatamente, se animó

–¡Eres tan como tú, prech Ramarren, y al mismo tiempo, tan diferente! Perdóname, pero ¿qué hicieron, qué pudieron hacer para que olvidaras hasta tal punto?

–Me destruyeron. Por supuesto que soy como yo. Soy yo. Soy Falk… -puso la cabeza entre sus manos, Orry, confundido, permanecía en silencio

El tranquilo y fresco ambiente de la habitación destellaba como una joya verdeazulada alrededor de ellos, la pared occidental estaba radiante con el último Sol de la tarde

–¿Desde qué distancia lo observan a uno aquí?

–Los Amos quisieron que yo llevara un comunicador si salía en coche aéreo -Orry tocó un brazalete sobre su muñeca izquierda, que aparentemente, consistía en unos eslabones de oro-. Puede existir peligro, después de todo, entre los nativos

–¿Pero tú eres libre de ir adonde quieras?

–Sí, por supuesto. Este cuarto tuyo es como el mío, transversal al cañón. –Orry parecía perturbado nuevamente-. No tenemos enemigos aquí, has de saberlo, prech Ramarren -aventuró

–¿No? ¿Dónde se encuentran nuestros enemigos, entonces?

–Buenos, lejos, en el lugar de donde tú vienes

Se miraron entre sí con mutua incomprensión

–¿Piensas que los hombres son tus enemigos… los terráqueos, los seres humanos? ¿Piensas que fueron ellos quienes destruyeron mi mente?

–¿Quién si no? – dijo Orry, asustado, con la boca abierta

–¡Los extranjeros… los Enemigos… los *Shing*!

–Pero -dijo el muchacho con tímida cortesía, como si comprendiera, por fin, cuan y de qué modo absoluto su primer señor y maestro era ignorante y estaba descarrilado-, nunca hubo un Enemigo. Nunca hubo una Guerra

La habitación se estremeció suavemente, como un gong que fuera golpeado y resonara con una vibración subauditiva, y, un momento después, una voz, incorpórea, habló:

El consejo se reúne

La puerta hendidura se abrió y una alta figura entró, majestuosa con vestimentas blancas y una ornamentada peluca negra. Las cejas estaban afeitadas y pintadas más arriba; el rostro, con una espesa máscara de maquillaje, de una suavidad mate, era el de un hombre fuerte de mediana edad. Orry se levantó rápidamente de la mesa y se inclinó, susurrando:

–Amo Abundibot

–Har Orry -lo reconoció el hombre, su voz enronquecida hasta el susurro; y luego se volvió hacia Falk-: Agad Ramarren. Sé bienvenido. El Consejo de la Tierra se reúne para responder tus preguntas y contemplar tus pedidos. Atentos ahora…

Sólo había mirado a Falk durante unos segundos, y tampoco se acercó más a los werelianos. Había en torno de él un extraño halo de poder y de autosatisfacción, de autoabsorción. Estaba aparte, intocable. Los tres permanecieron sin moverse durante algunos instantes; y Falk siguió la mirada de los otros y vio que la pared interior del cuarto se había puesto brumosa y cambiante y parecía ahora una profunda jalea verdosa, en la cual líneas y formas se insinuaban y se contraían. Luego, la imagen se aclaró, y Falk detuvo su respiración. Apareció el rostro de Estrel, seis veces más grande que su tamaño natural. Los ojos lo miraban con la remota compostura de un cuadro

–Soy Strela Siobelbel -los labios de la imagen se movieron, pero la voz no era localizable, abstracto susurro que se estremecía en el aire de la habitación-. Fui enviada para traer a la Ciudad, sano y salvo, a un miembro de la Expedición Werel, que se decía, vivía en el Este del Continente Uno. Creo que éste es el hombre

Y su rostro, que se desvaneció, fue reemplazado por el de Falk

Una voz incorpórea, sibilante, preguntó:

–¿Reconoció Har Orry a esta persona?

Como Orry contestara, su rostro apareció sobre la pantalla:

–Este es Agad Ramarren, Amo, el piloto de la nave *Alterra*

El rostro del muchacho se desvaneció y la pantalla permaneció en blanco, vibrando, mientras que muchas voces susurraban y se confundían en el aire, como si se tratara de una multitudinaria discusión entre espíritus que hablaran en una lengua desconocida. De tal modo celebraban los *Shing* su Consejo: cada uno en su propio cuarto, aparte, con solo la presencia de voces susurrantes. Como el incomprensible preguntar y responder prosiguiera, Falk le murmuró a Orry:

–¿Conoces esta lengua?

–No, Prech Ramarren. Ellos siempre hablan en Galaktika conmigo

–¿Por qué hablan de esa manera y no frente a frente?

–Son tantos, miles y miles que se reúnen en el Consejo de la Tierra, me contó el Amo Abundibot. Y están diseminados por el planeta en muchos lugares, aunque Es Toch es la única ciudad. Ese es Ken Kenyek, ahora

Una vez acallado el zumbido de incorpóreas voces, un nuevo rostro había aparecido sobre la pantalla, un rostro de hombre, con una piel de blancura mortal, pelo negro, ojos claros

–Agad Ramarren, estamos reunidos y tú has sido traído a nuestro Consejo, para que puedas completar tu misión en la Tierra y, si lo deseas, regresar a tu casa. El Amo Pelleu Abundibot se comunicará telepáticamente contigo

La pared quedó, abruptamente, en blanco, devuelta a su normal transparencia verde. El hombre alto en el otro extremo del cuarto, miraba a Falk intensamente. Sus labios no se movían, pero Falk lo escuchó hablar, no en susurro ya, sino claramente, con singular nitidez. No podía creer que se tratara de comunicación telepática, aunque no había otra alternativa. Despojada del carácter y del timbre, de la encarnación de la voz, era ésta una pura comprehensión, la razón que se dirigía a la razón

–Hablamos telepáticamente de modo que tú sólo puedas oír la verdad. Porque no es cierto que nosotros que nos llamamos a nosotros mismos *Shing*, o que cualquier otro hombre, pueda pervertir u ocultar la verdad en el discurso paraverbal. La Mentira que los hombres nos adjudican es en sí misma una mentira. Pero si prefieres utilizar el discurso hablado hazlo, y nosotros te imitaremos

–No tengo habilidad para la comunicación telepática -dijo Falk en voz alta, después de una pausa; su voz viviente sonaba fuerte y tosca después del brillante y silencioso contacto mental-. Pero te escucho muy bien. No pregunto la verdad. ¿Quién soy yo para hacerlo? Preferiría escuchar lo que han decidido decirme

El joven Orry parecía afectado. El rostro de Abundibot nada delataba. Evidentemente estaba sincronizando tanto con Falk como con Orry -una rara proeza en sí misma, en la experiencia de Falk, pues Orry escuchaba simplemente el discurso telepático que nuevamente comenzara

–Los hombres destruyeron tu mente y luego te enseñaron lo que desearon que tú supieras… lo que ellos deseaban creer. Así alertado, desconfiaste de nosotros. Temimos que esto sucediera. Pero, pregunta lo que quieras, Agad Ramarren de Werel; contestaremos con la verdad

–¿Cuánto hace que estoy aquí?

–Seis días

–¿Por qué fui drogado y engañado en un principio?

–Intentábamos restituirte la memoria. No logramos hacerlo

No le creas, no le creas, se dijo Falk con tal urgencia que no le cupo duda de que el *Shing*, si tenía la menor habilidad telepática, había recibido el mensaje con

toda claridad. Eso no importaba. El juego debía de ser jugado y jugado al modo de ellos, aunque fueran ellos los que estipularan las reglas y los que contaran con toda la destreza. No importaba su ineptitud. Sí su honestidad. Se jugaba entero a esta creencia: que un hombre honesto no puede ser engañado, que la verdad, si el juego se jugaba hasta las últimas consecuencias conduciría a la verdad

–Dime por qué debo de confiar en ustedes -dijo

El discurso mental, puro y claro como una nota musical producida electrónicamente, comenzó nuevamente, mientras el emisor Abundibot, y él y Orry, permanecían inmóviles como las piezas sobre un tablero de ajedrez

"Nosotros, a quienes conoces como *Shing*, somos hombres. Somos terráqueos, nacidos en la Tierra de seres humanos, como lo fue tu antepasado Jacob Agat de la Primera Colonia en Werel. Los hombres te enseñaron lo que creían sobre la historia de la Tierra en los doce siglos que siguieron a la fundación de la Colonia en Werel. Ahora nosotros -hombres también- te enseñaremos lo que nosotros creemos

"Ningún enemigo vino alguna vez de las distantes estrellas para atacar la Liga de los Mundos. La Liga fue destruida por la revolución, la guerra civil, por su propia corrupción, militarismo, despotismo. En todos los mundos hubo revueltas, rebeliones, usurpaciones; desde el Primer Mundo se tomaron represalias que abrazaron a los planetas hasta dejarlos convertidos en cenizas. No hubo ya naves de velocidad luz que se arriesgaran a tan incierto futuro: sólo los FTLS, las naves misiles, las maravillas del mundo. La Tierra no fue destrozada pero la mitad de la población lo fue, sus ciudades, sus naves y ansibles, sus informaciones, su cultura, todo en dos terribles años de guerra civil entre los Leales y los Rebeldes, ambos armados con las innominables armas inventadas por la Liga para luchar contra el enemigo extranjero

"Algunos hombres desesperados, en la Tierra, lograron dominar la batalla en un momento pero, como sabían que era inevitable una contrarrevolución posterior y el consiguiente naufragio y ruina, emplearon una nueva arma. Mintieron. Se inventaron un nombre para si mismos, y un lenguaje, y algunas ambiguas leyendas del remoto mundo de donde decían venir, y luego se dedicaron a diseminar el rumor, a través de la Tierra, en sus propias filas y también en los campos de los Leales, de que el Enemigo había llegado. La guerra civil se debía enteramente al Enemigo. El Enemigo se había infiltrado por doquier, había destruido la Liga y dominaba a la Tierra, se encontraba en el poder y pretendía

detener la guerra. Y todo esto lo había logrado por su imprevisible, siniestro y extraño poder: el poder de mentir mentalmente

"Los hombres creyeron la historia. Era conveniente para su pánico, su desmayo, su fatiga. El mundo en ruinas a su alrededor, se rindieron a un Enemigo a quien se alegraban de considerar sobrenatural, invencible. Se tragaron el anzuelo de la paz

"Y, desde entonces, han vivido en paz

"Nosotros, los de Es Toch, tenemos un pequeño mito según el cual en el comienzo el Creador dijo una gran mentira. Porque nada en absoluto había, pero el Creador habló y dijo: existe. Y, atención, para que la mentira de Dios pudiera ser la verdad de Dios, el Universo, en ese mismo instante, comenzó a existir…

"Si la paz humana depende de la mentira, había quienes deseaban mantener la mentira. Puesto que los hombres insistieron en que el Enemigo había llegado y regía la Tierra, nosotros nos llamamos a nosotros mismos el Enemigo, y regimos. Nadie vino a disputarnos nuestra mentira o a destruir nuestra paz; los mundos de la Liga se encuentran desvinculados, la época de los vuelos interestelares ha pasado; una vez cada siglo, quizás, alguna nave de un lejano mundo llega, errabunda, como la vuestra. Hay rebeldes contra nuestra égida, como aquellos que atacaron vuestra nave en la Barrera. Tratamos de controlar a esos rebeldes, pues, bien o mal, hemos instaurado y soportado durante un milenio el pesado fardo de la paz humana. Por haber dicho una gran mentira, debemos ahora sustentar una gran ley. Conoces la ley que nosotros -hombres entre hombres- promovemos: la única Ley, aprendida en la más terrible hora de la humanidad"

El brillante discurso, telepático y átono, cesó; era como el apagarse de una luz. En el silencio como una oscuridad, que siguió, el joven Orry susurró en voz alta:

–Respeto por la Vida

Silencio nuevamente. Falk permaneció inmóvil, intentando que su rostro no delatara ni tampoco sus sentimientos, posiblemente captados, la confusión e inseguridad que experimentaba. ¿Era todo lo que aprendiera falso? ¿No existía, en verdad, Enemigo alguno de la humanidad?

–Si esta historia es la verdadera -dijo, finalmente-, ¿por qué no la contasteis

y la demostrasteis a los hombres?

–Somos hombres -llegó la respuesta telepática-. Hay miles y miles entre nosotros que saben la verdad. Somos dueños del poder y de la sabiduría, y los usamos para la paz. Se avecinan épocas obscuras, y ésta es una de ellas, a lo largo de la historia humana, en que la gente creerá que el mundo está regido por demonios. Nosotros representamos el papel de los demonios en sus mitologías. Cuando empiecen a reemplazar la mitología por la razón, los ayudaremos; y ellos aprenderán la verdad

–¿Por qué me cuentas esas cosas?

–En virtud de la verdad y en tu beneficio

–¿Quién soy yo para merecer la verdad? – repitió Falk, con frialdad, mirando a través de la habitación, el rostro de máscara de Abundibot

–Tú eres un mensajero de un mundo perdido, una colonia de la cual todo informe se perdió en los años de Desgracia. Viniste a la Tierra, y nosotros, los Amos de la Tierra, no logramos protegerte. Para nosotros eso significa una vergüenza y un pesar. Fueron hombres de la Tierra los que te atacaron, mataron o destruyeron mentalmente a todos tus acompañantes -hombres de la Tierra, del planeta al cual, después de tantos años, retornabas. Eran rebeldes del Continente Tres, que no se encuentra tan primitiva ni escasamente habitado como el Continente Uno; usaban coches interplanetarios robados; presumían que toda nave de velocidad luz debía de pertenecer a los "*Shing*", de modo que atacaron la *Alterra* sin advertencia previa. Nosotros podríamos haberlo impedido si hubiéramos estado más alertas. Te debemos toda la reparación que seamos capaces de brindarte

–Te han rastreado a ti y a los otros durante todos estos años -interfirió Orry, gravemente y en cierto modo suplicante; obviamente quería que Falk creyera todo, que lo admitiera y que… ¿para qué?

–Ustedes intentaron restituirme la memoria -dijo Falk-. ¿Por qué?

–¿No es eso lo que viniste a buscar aquí, tu perdido ser?

–Sí, es cierto. Pero yo… -ni siquiera sabía que preguntas formular; no podía creer ni dejar de creer todo lo que se le había dicho. No parecía existir pauta de

referencia alguna. Que Zove y los suyos le hubieran mentido era inconcebible, pero que aquellos hubieran sido engañados y vivieran en la ignorancia de la verdad era, por cierto, posible. Sospechaba de todo lo dicho por Abundibot, y, sin embargo, había sido comunicado mentalmente, en discurso telepático inmediato donde la mentira es imposible… ¿o no? Si un mentiroso dice que no miente… Falk, nuevamente, se dio por vencido. Mirando, una vez más a Abundibot, dijo-: Por favor, no me hables mentalmente. Yo… yo preferiría escuchar tu voz. Descubrieron ustedes, creo que dijiste, que no podían restituirme la memoria?

Abundibot cambió y un susurro ronco en Galaktika sobrevino, extemporáneamente, después de la fluidez de su mensaje:

–No por los medios que utilizamos nosotros

–¿Por otros medios?

–Posiblemente. Pensamos que te habrían suministrado un parahipnótico bloqueador. En lugar de eso, te destruyeron la mente. No sabemos dónde aprendieron los rebeldes esa técnica, que es para nosotros un absoluto secreto. Y, aún más secreto, es el hecho de que una mente destruida pueda ser restaurada

–Una sonrisa apareció, durante un momento en su pesado rostro de máscara, luego desapareció completamente-. Con nuestras técnicas de psicocomputadora, creemos poder efectuar la restauración en tu caso. Sin embargo, esto significa el total bloqueo de la personalidad reemplazada; y, por tal razón, no quisimos proceder sin tu consentimiento

La personalidad reemplazada… No significaba nada en particular: ¿Qué significaba?

Falk experimentó un escalofrío y dijo cuidadosamente:

–¿Quieres decir que, para recordar aquello que fui, debo de olvidar… esto que soy?

–Desgraciadamente, así es. Lo lamentamos mucho. La pérdida, sin embargo, de una personalidad de unos pocos años de duración, aunque lamentable, no representa un precio demasiado elevado como pago por la reapropiación de una mente como la tuya, es obvio, y, por supuesto, no lo es, si se piensa en la probabilidad de completar tu gran misión a través de las estrellas con el regreso a

tu casa dueño del saber que tan gallardamente, has venido aquí a buscar

A pesar de su ronco e insólito susurro, Abundibot era tan fluido en su conversación como en la comunicación telepática; sus palabras se derramaban y Falk aprehendía el significado, si lo aprehendía, sólo al tercer o cuarto intento

–¿La posibilidad de completar…? – repitió, sintiéndose tonto y mirando a Orry en busca de ayuda-. ¿Quieres decir que me enviarían ustedes de regreso a… este planeta de donde se presume que provengo?

–Consideraremos un honor y un comienzo de la reparación que te debemos proveerte con una nave de velocidad luz para el viaje a Werel

–La Tierra es mi casa -dijo Falk con súbita violencia. Abundibot permanecía silencioso. Después de un minuto el muchacho habló: Werel es la mía, prech Ramarren -dijo ansiosamente-. Y nunca podré volver allá sin ti

–¿Por qué no?

–No sé donde queda. Yo era un chico. Nuestra nave fue destrozada, los computadores de rumbo y todo lo demás voló cuando el ataque. ¡No puedo calcular nuevamente el rumbo!

–¡Pero esta gente tiene naves de velocidad luz y computadores de rumbo! ¿Qué quieres decir? Cuál es la órbita de Werel, es todo lo que necesitas saber

–Pero no lo sé

–Esto es absurdo -Falk comenzó a decir, montando progresivamente en cólera

Abundibot levantó la mano en un gesto curiosamente potente

–Deja que el muchacho se explique, Agad Ramarren -susurró

–Es verdad, prech Ramarren -dijo Orry temblorosamente, su rostro carmesí-. Si… si tu fueras tan sólo tú mismo, lo sabrías sin necesidad de que se te dijera. Yo estaba en mi novena fase lunar… pertenecía todavía al Primer Nivel. Los Niveles… Bueno, nuestra civilización, en nuestra casa, es diferente de todo lo de aquí, según creo. Ahora que lo veo a la luz de lo que pretenden hacer los Amos aquí y de los

ideales democráticos, comprendo que es algo retrógado en algunos sentidos. Pero, en todo caso, están los Niveles que cortan transversalmente todos los Órdenes y rangos y constituyen la Básica Armonía de prechnoye… No sé cómo decirlo en Galaktika. Conocimiento, supongo. De todas maneras, yo me encontraba en el Primer Nivel, era un chico, y tú eres Nivel Ocho y Orden. Y cada nivel tiene… cosas que uno no aprende, y cosas que no se le dicen a uno y que no pueden ser dichas ni entendidas hasta que ingresas en él. Y debajo del Séptimo Nivel, no aprendes el Verdadero Nombre del Mundo o el verdadero nombre del Sol… sino que se trata, tan sólo, del mundo, Werel, y del sol, Prahan. Los Verdaderos Nombres son los antiguos… se encuentran en la Octava Analecta de los Libros de Alterra, los libros de la Colonia. Están escritos en Galaktika, de modo que significarían algo para los Amos, aquí. Pero no podría decirlo, porque no los conozco; todo lo que conozco es "sol" y "mundo" y eso no me conduciría a casa… ¡ni a ti, si no puedes recordar lo que sabías! ¿Qué sol? ¿Qué mundo? ¡Oh, tienes que permitirles que te restauren la memoria, prech Ramarren! ¿Te das cuenta?

–Como a través de un cristal -dijo Falk- obscuramente

Y con las palabras del *Canon* recordó todo inmediatamente, con certidumbre y nitidez en medio de su espanto, el Sol que brillaba por encima del Claro, brillante en los ventosos y enramados balcones de la Casa de la Selva. Entonces, no era su nombre lo que había venido a aprender, sino el del Sol, el verdadero nombre del Sol

Capítulo 8

El extraño e invisible Consejo de los Amos de la Tierra había terminado. Al partir, Abundibot le dijo a Falk:

–La elección está en tus manos; o seguir siendo Falk, nuestro huésped en la Tierra, o recobrar tu herencia y completar tu destino como Agad Ramarren de Werel. Deseamos que tu elección sea concienzuda y oportuna. Esperamos tu decisión y la acataremos -y luego a Orry-: Haz que tu pariente recorra libremente la ciudad, Har Orry, haznos saber todo lo que él y tú deseen

La puerta hendidura se abrió detrás de Abundibot y éste se retiró, y su alta y corpulenta figura se desvaneció tan abruptamente que parecía que la hubieran apagado. ¿Había estado, en realidad, allí en substancia, o sólo como una especie de proyección? Falk no estaba seguro. Se preguntaba si ya había visto un *Shing*, o sólo las sombras y las imágenes de los *Shing*

–¿Hay algún lugar adonde se pueda caminar, al aire libre? – le preguntó súbitamente al muchacho, enfermo de los caminos indirectos y no substanciales y de las paredes de ese lugar y, también, preguntándose hasta qué punto se extendía, realmente, su libertad

–Adonde quieras, prech Ramarren. Si quieres caminar por las calles… ¿o quizás prefieras tomar un deslizador? ¿O bien visitar el jardín, dentro de este palacio?

–Mejor será el jardín

Orry lo condujo por un corredor amplio, vacío y brillante y a través de una puerta valva hacia una pequeña habitación

–El jardín -dijo en voz alta, y la valva se cerró; no hubo sensación alguna de movimiento pero cuando se abrió accedieron a un jardín. Estaba justo del otro lado de la puerta; las paredes translúcidas destelleaban con las luces de la Ciudad, a lo lejos; la Luna, casi llena, brillaba brumosa y distorsionada a través del vidrioso techo. El lugar estaba anegado de suaves luces móviles y de sombras, repleto de arbustos tropicales y enredaderas que trepaban por enrejados y colgaban desde glorietas, cuyos macizos de flores crema y carmesí rezumaban en el enrarecido aire y cuyo follaje ocultaba el panorama todo en derredor. Falk se volvió súbitamente para asegurarse de que el camino de salida permanecía abierto detrás de él. El

silencio cálido, pesado y perfumado era inescrutable; durante unos momentos creyó que las ambiguas profundidades del jardín ocultaban el rastro de algo extraño y enormemente remoto, los matices, la cualidad, la complejidad de un mundo perdido, de un planeta de perfumes y de ilusiones, de ciénagas y transformaciones…

En el camino entre umbrías flores, Orry acortó el paso para tomar un pequeño tubo blanco de una caja y colocó su extremo entre sus labios, succionando con vigor; Falk estaba demasiado absorto en otras impresiones como para prestarle atención, pero, ligeramente turbado, el muchacho le explicó:

–Es la *pariitha*, un tranquilizador, todos los Amos la usan; tiene un efecto muy estimulante sobre la mente. Si tú quieres…

–No gracias. Hay algunas cosas más que quiero preguntarte

Vaciló, sin embargo. Estas nuevas preguntas no podrían ser completamente directas. A través del "Consejo" y de las explicaciones de Abundibot había experimentado repetida e incómodamente, que todo el asunto era una representación -una *pieza*, tal como las que había visto en los antiguos telecarreteles, en la biblioteca del Príncipe de Kansas, por ejemplo, el viejo y loco rey Lir delirante en medio de una tempestad. Pero lo curioso era su clara impresión de que la obra no se representaba en su beneficio, sino en el de Orry. No entendía por qué, pero una y otra vez había sentido que todo lo que Abundibot le dijera estaba dirigido a demostrarle algo al muchacho

Y el chico lo creía. Para él no era una representación; o, de serlo, él actuaba en ella

–Hay algo que me preocupa -dijo cautelosamente Falk-. Me dijiste que Werel se encuentra a ciento treinta o ciento cuarenta años luz de la Tierra. No puede haber muchas estrellas a esa misma distancia

–Los Amos dicen que hay cuatro estrellas con planetas que podrían ser nuestro sistema, entre ciento quince y ciento cincuenta años luz de distancia. Pero están situadas en cuatro direcciones diferentes, y si los *Shing* envían una nave en su busca podrían pasarse más de mil trescientos años de tiempo real yendo de una a otra hasta encontrar la que corresponde

–Aunque fueras un chico, me parece un poco extraño que no supieras

cuánto tiempo insumía el viaje… es decir, qué edad tendrías a tu regreso

–Se habló de "dos años", prech Ramarren… es decir, aproximadamente, mil veinte años terrestres… pero es muy evidente que no era esa la cifra exacta -durante un momento, al volver al tema de Werel, el muchacho habló con un dejo de sobria resolución que no había demostrado antes-. Creo que, como no sabían qué cosa o a quienes encontrarían en la Tierra, los Adultos de la Expedición quisieron asegurarse de que nosotros, los chicos, sin necesidad de guardia mental alguna, no podríamos procurarle al enemigo la ubicación de Werel. Era más seguro para nosotros ser ignorantes, quizás

–¿Recuerdas cómo se veían las estrellas desde Werel… las constelaciones?

Orry se encogió de hombros para negar y sonrió

–Los Amos también preguntaron eso. Yo había nacido en invierno, prech Ramarren. La primavera recién comenzaba cuando partimos. Apenas recuerdo un cielo sin nubes

Si todo era cierto, entonces realmente sólo él -mejor dicho, su suprimido ser, Ramarren- podía decir de dónde habían venido él y Orry. ¿Explicaría eso lo que aparentaba ser el problema central, el interés que los *Shing* demostraran por él, el haberlo traído a este lugar bajo la tutela de Estrel, su ofrecimiento para restaurarle la memoria? Había un mundo que no estaba bajo su control y en él se había reinventado el vuelo a velocidad luz; ellos podrían querer saber dónde se encontraba. Y si le restituían su memoria él sería capaz de decírselo. Si era cierto que ellos podían restituirle la memoria. Si algo, por lo menos, de todo lo que le dijeran, era verdad. Suspiró. Estaba fatigado de todo ese tumulto de sospechas, de esa plétora de insubstanciales maravillas. Por momentos se preguntaba si todavía se encontraría bajo los efectos de una droga. Él y, probablemente, este muchacho, eran como juguetes en las manos de extraños jugadores sin fe

–¿Estaba él… el llamado Abundibot… estaba él en la habitación, recién, o se trataba de una proyección, de una ilusión?

–No lo sé, prech Ramarren -replicó Orry; la substancia que aspiraba del tubo parecía animarlo y sedarlo; siempre ligeramente aniñado, hablaba ahora con alegre facilidad-. Pienso que estaba allí. Pero ellos nunca se acercan. Te diré, y es curioso, que en el largo tiempo que he permanecido aquí, seis años, nunca he tocado a uno d”ellos. Se mantienen completamente aparte, cada uno en su soledad. No quiero

decir con esto que no sean bondadosos -añadió rápidamente, mirando con sus claros ojos a Falk para asegurarse de que no lo había inducido a error-. Son muy bondadosos. Me gusta mucho el Amo Abundibot, y Ken Kenyek, y Parla. Pero están tan distantes -más allá de mí-. Saben tanto. Soportan tal responsabilidad. Mantienen vivo el conocimiento, mantienen la paz y soportan todas las cargas, y así han vivido durante mil años, mientras que el resto de la gente, en la Tierra, no asume ninguna responsabilidad y vive en una libertad embrutecida. Los otros hombres los odian y no aprenden la verdad que éstos les ofrecen. De modo que deben mantenerse aparte, solos, con el objeto de preservar la paz y las facultades y el conocimiento que se hubieran perdido, de no ser por ellos, en unos pocos años, entre las tribus guerreras y las Casas y los Merodeadores y los caníbales errantes

–No todos son caníbales -dijo Falk secamente

La bien aprendida lección de Orry parecía haberse esfumado

–No, – convino-, supongo que no

–Algunos de ellos dicen que han caído tan bajo porque los *Shing* los someten; que si buscan el conocimiento los *Shing* se lo impiden, si pretenden formar una Ciudad propia, los *Shing* se la destruyen y a ellos también

Hubo una pausa. Orry terminó de succionar su tubo de *pariitha* y, cuidadosamente lo enterró entre las raíces de un arbusto de largas y colgantes flores rojas. Falk esperó su respuesta y sólo recién comprendió, progresivamente, que no habría ninguna. Lo que había dicho simplemente no había penetrado, no tenía sentido para el muchacho

Caminaron entre las luces cambiantes y húmedas fragancias del Jardín, la Luna estaba brumosa encima de ellos

–¿La mujer cuya imagen apareció en primer término, recién… la conoces?

–Strella Siobelbel -respondió prestamente el muchacho-. Sí, la he visto en reuniones del Consejo antes

–¿Es una *Shing*?

–No, no es uno de los Amos; creo que sus parientes son montañeses, pero que ella se educó en Es Toch. Mucha gente trae o manda sus hijos para que sean

educados en el servicio de los Amos. Y los chicos con mentes infranormales son traídos aquí y sometidos a las psicocomputadoras de modo que, aun ellos, puedan contribuir en la gran obra. Esos son los que los ignorantes llaman instrumentos? ¿Tú viniste aquí con Strella Siobelbel, prech Ramarren?

–Vine con ella; caminé con ella; comí con ella; me acosté con ella. Me dijo que era Estrel, una Merodeadora

–Tendrías que haberte dado cuenta de que no era una *Shing* -dijo al chico, luego enrojeció y buscó otro de los tubos tranquilizadores, comenzando, entonces, a succionar nuevamente

–¿Una *Shing* no se hubiera acostado conmigo? – preguntó Falk

El muchacho se encogió de hombros con su wereliana negación, todavía ruborizado; la droga finalmente lo animó y dijo:

–No tocan a hombres comunes, prech Ramarren… Son como dioses, fríos y bondadosos y sabios… se mantienen apartados…

Era fluido, incoherente, aniñado. ¿Sabía él de su propia soledad, huérfano y extranjero, viviendo su infancia y adolescencia entre estas gentes que se mantenían aparte, que no lo tocaban, que lo cebaban con palabras pero lo dejaban tan vacío de realidad que, a los quince años, buscaba la alegría en una droga? Por cierto que no conocía su aislamiento como tal… no parecía tener ideas demasiado claras sobre nada… pero su soledad se asomaba a sus ojos, a veces, como una súplica a Falk. Suplicante y débilmente expectante, era la mirada de alguien que se moría de sed en un seco desierto de sal y elevaba los ojos en busca del milagro. Había mucho más para preguntarle pero preguntar no servía de mucho. Compadecido, Falk puso su mano sobre el delgado hombro del muchacho. El chico se asombró, sonrió tímida y vagamente y succionó nuevamente su tranquilizador

De regreso en su cuarto, donde todo estaba tan lujosamente arreglado para su confort… ¿y para impresionar a Orry…? Falk se paseó durante unos momentos como un oso enjaulado y, finalmente, se acostó a dormir. En sus sueños se vio en una casa, como la Casa de la Selva, pero la gente que la habitaba tenía los ojos de color ágata y ámbar. Él intentaba decirles que era uno de ellos, su propio pariente, pero ellos no lo entendían y lo observaban con extrañeza mientras él tartamudeaba y buscaba las palabras adecuadas, las verdaderas palabras, el verdadero nombre

Los hombres instrumentos esperaban para servirlo cuando despertó. Los despidió y se marcharon. Se dirigió al hall. Nadie le obstaculizó el paso; no encontró a nadie. Todo parecía desierto, nadie en los largos y brumosos corredores o en las rampas o en el interior de las semivisibles habitaciones de paredes obscuras, cuyas puertas no pudo encontrar. Sin embargo, constantemente se sentía observado, todos sus movimientos controlados

Cuando encontró el camino de regreso a su cuarto, Orry lo estaba esperando, para llevarlo a conocer la ciudad. Toda la tarde la exploraron, a pie y en un deslizador *paristolis*, recorrieron calles y terrazas de jardines, puentes y palacios y casas de Es Toch. Orry estaba generosamente provisto con cuentas de iridium que servían como dinero, y cuando Falk señaló que no le gustaban las ropas fantaseosas que sus huéspedes le habían dado, Orry insistió para que fueran a una tienda y se vistiera como le gustara. Estuvo eligiendo entre perchero» y mesas de suntuosas ropas, tejidas y plastiformisadas, destellantes con dibujos de colores fuertes; recordó a Parth tejiendo en su pequeño telar bajo el Sol un dibujo de garzas blancas sobre gris. Tejeré ropas negras y las usaré -había dicho ella, y, al recordarlo, eligió, de entre todo el encantador arco iris de batas y telas, pantalones negros, una camisa obscura y una corta capa negra de tela de invierno

–Se parecen a nuestras ropas, en Werel -dijo Orry que miró dubitativamente, durante unos instantes, su propia túnica rojo fuego-. Sólo que allí no tenemos tela de invierno., ¡Oh, hay tantas cosas que podríamos llevar de la Tierra a Werel, tantas para contarlas y enseñarles, si pudiéramos ir!

Se dirigieron hacia un lugar donde se servía comida, construido sobre un estante transparente por encima de la garganta del cañón. Cuando la fría y brillante tarde de las altas montañas obscureció el abismo, por debajo de ellos, los edificios que se elevaban en los bordes destellaron, iridiscentes, y las calles y los puentes colgantes relumbraron con luces. La música ondulaba en el aire alrededor de ellos mientras comían los alimentos disfrazados con especies y observaban el ir y venir de la multitud ciudadana

Algunos de los que caminaban por Es Toch estaban pobremente vestidos, otros suntuosamente, muchos como travestis, con vestimentas chillonas como las que Falk recordaba, vagamente, que le había visto usar a Estrel. Un grupo era de piel blanca, ojos azules y el pelo como paja. Falk pensó que se habían decolorado de alguna manera, pero Orry le explicó que se trataba de tribus provenientes de una región del Continente Dos, cuya cultura había sido alentada por los *Shing*, que trajeron a los dirigentes y jóvenes con coches voladores para que vieran Es Toch y

aprendieran sus costumbres

–Como verás, presch Ramarren, no es verdad que los Amos se nieguen a enseñarles a los nativos; son los nativos los que se resisten a aprender. Estos blancos que aquí andan, comparten el saber de los Amos

–¿Y de qué se han olvidado para ganar semejante premio? – preguntó Falk, pero la pregunta nada significó para Orry. No sabía casi nada sobre los "nativos", cómo vivían o qué cultura tenían. Trataba a los tenderos y a los mozos con condescendencia, amablemente, como un hombre entre inferiores. Esta arrogancia debía de haberla traído de Werel; describió a la sociedad de Kelshak como jerarquizada, intensamente consciente del puesto de cada persona en una escala u orden, aunque qué fuera lo establecido por el orden y sobre qué valores se fundara, era algo que Falk no comprendía. No se trataba sólo de rango de cuna, pero los infantiles recuerdos de Orry no lograban proporcionar una imagen clara. A pesar de que pudiera ser así, a Falk no le agradaba el tono de la palabra "nativos" en la boca de Orry y, finalmente, le preguntó con un dejo de ironía:

–¿Cómo distingues a aquellos ante quienes debes inclinarte de los que tienen que inclinarse ante ti? Yo no logro discernir a los Amos de los Nativos. Los Amos *son* nativos, ¿no es cierto?

–Oh, sí. Los nativos se llaman con ese nombre a sí mismos, porque insisten en afirmar que los Amos son conquistadores extraños. Yo tampoco puedo distinguirlos, algunas veces -dijo el muchacho con su ambigua y contagiosa sonrisa ingenua

–¿La mayor parte de las personas que transitan por esta calle son *Shing*?

–Supongo que sí. Por supuesto sólo conozco a unos pocos de vista

–No entiendo qué mantiene a los Amos, a los *Shing*, aparte de los nativos, si todos son hombres terrestres

–¡Cómo! ¡El conocimiento, el poder… los Amos han regido la Tierra durante más tiempo que los achinawo a Kelshy!

–¿Pero se mantienen como una casta aparte? Dijiste que los Amos creen en la democracia -esta era una palabra antigua y lo había impresionado cuando Orry la usara; no estaba seguro de su significado pero sabía que se refería a la

participación general en el gobierno

–Sí, por cierto, prech Ramarren. El Consejo rige democráticamente para el bien de todos, y no hay rey ni dictador. ¿Vamos a un hall de *pariitha*? Tienen estimulantes, si no quieres *pariitha*, hay bailarinas y también intérpretes de *teanb*

–¿Te gusta la música?

–No -dijo el muchacho con candor apologético-. Me dan ganas de llorar o de gritar. Por supuesto, en Werel sólo los animales y los niños pequeños cantan. Es… es algo mal visto que los adultos lo hagan. Pero a los Amos les gusta alentar las artes nativas. Y la danza, a veces es muy lindo…

–No -la inquietud se apoderaba de Falk, un deseo de terminar de una vez por todas con este asunto-. Tengo que hacerle una pregunta al llamado Abundibot, si consiente en vernos

–Por cierto que sí, fue mi maestro durante largo tiempo; puedo llamarlo con esto -Orry elevó hasta su boca el brazalete de oro que llevaba en la muñeca

Mientras hablaba por él, Falk recordaba a Estrel murmurando sus plegarias a su amuleto y se maravillaba de su propia estupidez. Cualquier tonto hubiera adivinado que se trataba de un trasmisor; cualquier tonto menos éste…

–Lord Abundibot dice que vayamos tan pronto como podamos. Está en el Palacio del Este -le anunció Orry, y se marcharon; al pasar Orry le arrojó una moneda al mozo que los saludaba con una reverencia

Nubes de tormenta primaverales habían ocultado las estrellas y la Luna, pero las calles destellaban luz. Falk las atravesó con el corazón oprimido. A pesar de todos sus temores había deseado ver la ciudad, *Elonaae*, el Lugar de los Hombres; pero ésta sólo lograba angustiarlo y fatigarlo. No eran las multitudes las que lo perturbaban, aunque no recordaba haber visto más de diez casas o de un centenar de personas reunidas. No era la realidad de la ciudad lo abrumador sino su irrealidad. Este no era un Lugar de Hombres. Es Toch no producía la impresión de histórica, de prolongarse hacia atrás en el pasado y hacia afuera, en el tiempo, aunque había regido al mundo durante un milenio. No había ninguna de las bibliotecas, escuelas, museos que los antiguos telecarreteles en la Casa de Zove le habían mostrado; no había monumentos ni recuerdos de la Gran Época del Hombre; no había corriente alguna de enseñanza ni de comercio. El dinero usado

era, tan sólo, una largueza de los *Shing*, porque no existía economía que diera lugar a una autonomía monetaria. Aunque se decía que había tantos Amos, sin embargo, en la Tierra, sólo contaban con esta Ciudad, apartada de todo, así como la propia Tierra permanecía apartada de los otros mundos que una vez habían formado la Liga. Es Toch se limitaba a sí misma, se nutría a sí misma, no tenía raíces; todo su brillantez y la transparencia de sus luces y maquinarias y rostros, su multiplicidad de extranjeros, su lujosa complejidad estaba construida sobre un cisma en el terreno, sobre un lugar hueco. Era el Lugar de la Mentira. Sin embargo, era maravillosa, como una joya tallada y caída en la vasta espesura de la Tierra: maravillosa, sin tiempo, ajena

El deslizador los condujo por encima de uno de los puentes descendientes, hacia una luminosa torre. El río, muy abajo, corría invisible en la oscuridad; las montañas estaban ocultas por la noche y la tormenta y el reflejo de la ciudad. Hombres instrumentos recibieron a Falk y Orry a la entrada de la torre, y los condujeron hasta un ascensor valva y de allí a una habitación cuyas paredes, sin ventanas y translúcidas, como siempre, parecían hechas de rocío azulino y destellante. Se los invitó a sentarse y se les sirvió, en altas tazas de plata, alguna bebida. Falk sintió cautelosamente el gusto y se sorprendió al descubrir el mismo sabor a enebro que tenía el licor que le sirvieran en el Enclave de Kansas. Sabía que era muy mareador y no bebió más; pero Orry lo apuró a grandes tragos con fruición. Abundibot hizo su entrada, vestido de blanco, el rostro con la máscara, y despidió a los hombres instrumentos con un ligero gesto. Se detuvo a cierta distancia de Falk y Orry. Los instrumentos habían dejado una tercera taza de plata sobre un pequeño estrado. La levantó, a guisa de saludo, la apuró de un trago y luego dijo con su seca voz susurrante:

–¿No bebes, Amo Ramarren? Hay un proverbio muy viejo en la Tierra: *En el vino, la verdad* -sonrió y dejó de sonreír-. Pero tú tienes sed de verdad, no de vino, quizás

–Hay una pregunta que deseo hacerte

–¿Sólo una? – la nota de burla le pareció tan evidente a Falk, tan clara que miró hacia Orry para ver si éste la había captado; pero el muchacho, succionando otro tubo de *pariitha*, los ojos gris oro bajos, nada había percibido

–Preferiría hablar contigo a solas, durante un momento -dijo Falk abruptamente

Al escuchar estas palabras Orry levantó la mirada, turbado; el *Shing* dijo:

–Puedes hacerlo, por supuesto. No constituirá ninguna diferencia sin embargo, para mi respuesta, el que Har Orry se encuentre o no presente. Nada hay que le ocultemos y que pudiéramos decirte a ti, así como nada hay que pudiéramos decirle a él y ocultarte a ti. Si prefieres, no obstante, que se retire, así se hará

–Espérame en el hall, Orry -dijo Falk; dócil, el muchacho salió. Cuando los verticales labios de la puerta se hubieron cerrado detrás de él, Falk dijo… susurró, más bien, porque todos susurraban aquí-: Quisiera repetir lo que te pregunté antes. No estoy seguro de haber entendido. ¿Pueden ustedes restituirme mi primera memoria sólo al precio de mi memoria actual, ¿no es verdad?

–¿Por qué me preguntas qué es verdad? ¿Lo creerás?

–¿Por qué… por qué no habría de creerlo? – replicó Falk, pero su corazón saltó porque sintió que el *Shing* jugaba con él como con una criatura absolutamente incompetente y sin fuerzas

–¿No somos los Mentirosos? No debes creer nada de lo que decimos. Eso es lo que te enseñaron en la Casa de Zove, eso es lo que piensas. Sabemos en que piensas

–Contéstame lo que te pregunto -dijo Falk, sabiendo lo inútil de su obstinación

–Te diré lo que ya te dije, y lo mejor que pueda, aunque es Ken Kenyek el que más sabe de estos asuntos. Él es nuestro más hábil manipulador de mentes. ¿Quieres que lo llame…? No cabe duda de que deseará proyectarse aquí, ante nosotros. ¿No? No importa, por supuesto. Crudamente expresada, la respuesta a tu pregunta es la siguiente: Tu mente, como dijimos, fue destruida. La destrucción de la mente es una operación, no quirúrgica, sino paramental y significa un tratamiento psicoeléctrico, cuyos efectos son mucho más absolutos que los del mero bloqueo hipnótico. La restauración de una mente destruida es posible, pero es un asunto mucho más drástico, en consecuencia, que la remoción de un bloqueo hipnótico. Lo que se cuestiona, para ti, en este momento, es una memoria secundaria, superagregada, una memoria y una estructura de personalidad parcial, que ahora llamas tu "yo". Tal no es, por supuesto, el caso. Si se lo considera con imparcialidad, este segundo *yo* es un mero rudimento, emocionalniente limitado e intelectualmente incompetente, comparado con el verdadero *yo* que tan

profundamente yace escondido. No podemos ni esperamos que seas capaz de juzgar imparcialmente; sin embargo, quisiéramos asegurarte que la restauración de Ramarren incluiría la continuidad de Falk. Y hemos estado tentados de mentirte sobre el asunto, para evitarte el temor y la duda y facilitar tu decisión. Pero, es mejor que conozcas la verdad; no podría ser otra para nosotros ni, creemos, para ti. La verdad es ésta: cuando restauremos a su normal condición y función la totalidad sináptica de tu mente original, si es que puedo simplificar de este modo la increíblemente compleja operación que Ken Kenyek y sus psicocomputadores están dispuestos a realizar, esta restauración entrañará el bloqueo total de tu estructura sináptica secundaria que ahora consideras como tu mente y tu *yo*. Esta segunda estructura será irreversiblemente suprimida: destruida, a su vez

–Para revivir a Ramarren tienen que matar a Falk, entonces

–Nosotros no matamos -dijo el *Shing* en su más áspero susurro, luego lo repitió con inflamada intensidad en comunicación telepática- *¡Nosotros no matamos!*

Hubo una pausa

–Para ganar lo más grande debes renunciar a la menor. Siempre es ésa la regla -susurró el *Shing*

–Para vivir uno debe de consentir morir -dijo Falk y vio la mueca en el rostro de máscara-. Muy bien. Estoy de acuerdo. Consiento y admito que me maten. Mi consentimiento no tiene realmente importancia, ¿no es cierto…? sin embargo, ustedes lo requieren

–No te mataremos -el susurro era más alto-. Nosotros no matamos. No tomamos la vida. Te restauramos a tu verdadera vida y ser. Sólo que debes de olvidar. Ese es el precio; no hay posibilidad de elección o de duda: para ser Ramarren debes de olvidar a Falk. A esto debes asentir, en verdad, pero es todo lo que te pedimos

–Denme un día más -dijo Falk, y luego se levantó poniendo término a la conversación

Había perdido; se encontraba impotente. Y, sin embargo, la máscara se había contraído en una mueca; había tocado, por un segundo, la inapresable mentira; y en ese momento había sentido que, si tuviera las facultades o el poder para alcanzarla, la verdad yacía muy cerca de su mano

Falk abandonó el edificio con Orry, y cuando se encontraron en la calle dijo:

–Ven conmigo. Quiero hablarte lejos de estas paredes

Cruzaron la brillante calle hacia el borde del acantilado y permanecieron allí, juntos, en el frío viento nocturno de la primavera, ametrallados por las luces que atravesaban el puente, por encima del negro abismo que se abría desde el borde de la calle

–Cuando yo era Ramarren -dijo Falk lentamente-, ¿tenía el derecho a pedirte un favor?

–Todos los favores -contestó el muchacho con la sobria celeridad que le sobrevenía cuando volvían al asunto de su temprana experiencia en Werel

Falk lo miró a los ojos y sostuvo su mirada durante unos momentos. Señaló el brazalete de eslabones de oro en la muñeca de Orry y con un gesto le indicó que se lo quitara y lo arrojara a la garganta del cañón

Orry comenzó a hablar; Falk puso su dedo sobre sus labios

La mirada del muchacho destelló; vaciló y luego se quitó la pulsera y la arrojó hacia las sombras. Luego volvió nuevamente su rostro hacia Falk y en él se leían la confusión, el miedo, y el anhelo de aprobación

Por primera vez, Falk se comunicó telepáticamente con él

–¿Usas otro invento o adorno, Orry?

Al principio el muchacho no comprendió. El mensaje de Falk era tosco y débil en comparación con el de los *Shing*. Cuando comprendió, finalmente, replicó paraverbalmente con gran claridad:

–No, sólo el comunicador. ¿Por qué quisiste que lo arrojara?

–Quiero hablar sin que nadie nos escuche, Orry

El muchacho parecía asombrado y asustado

–Los Amos pueden escuchar -susurró en voz alta-. Pueden escuchar la conversación telepática en cualquier lugar, prech Ramarren… y recién acabo de comenzar mi entrenamiento en defensa mental

–¡Entonces, hablaremos en voz alta -dijo Falk, aunque dudaba de que los *Shing* pudieran percibir la comunicación telepática "en cualquier lugar" sin ayuda mecánica de alguna naturaleza-. Esto es lo que quiero pedirte. Estos Amos de Es Toch me trajeron aquí, al parecer, para restaurar mi memoria como Ramarren. Pero ellos pueden hacerlo o lo harán sólo al precio de mi memoria actual y de todo lo que he aprendido sobre la Tierra. Insisten en ello. Yo no deseo que así sea. Yo no deseo olvidar lo que sé y lo que intuyo, y ser un ignorante instrumento en sus manos. ¡No quiero morir una vez más antes de mi muerte! No creo que pueda oponerme a ellos, pero lo intentaré, y el favor que te pido es éste… -se detuvo, hesitante entre varias alternativas, pues todavía no se había forjado un plan

El rostro de Orry, que se había excitado, ahora se ensombreció nuevamente con confusión y, finalmente, éste dijo:

–Pero por qué…

–¿Entonces? – dijo Falk, comprobando que la autoridad que, brevemente había ejercido sobre el muchacho se evaporaba. Sin embargo, lo había inducido a la pregunta

–¿Por qué? – y, si alguna vez habría de imponerse, tendría que ser ahora

–¿Por qué no confías en los Amos? ¿Por qué habrían de querer ellos suprimir tu memoria terrestre?

–Porque Ramarren no sabe lo que yo sé. Ni tú tampoco. Y nuestra ignorancia puede delatar al mundo que aquí nos envió

–Pero tú… tú ni siquiera recuerdas nuestro mundo…

–No. Pero no serviré a los mentirosos que rigen éste. Escúchame. Esto es todo lo que puedo intuir de lo que quieren. Restaurarán mi primera mente con el objeto de conocer el verdadero nombre y la situación astral de nuestro mundo. Si lo logran mientras trabajan en mi mente, entonces creo que me matarán allí mismo y te dirán que la operación ha sido fatal; o destruirán mi mente una vez más y te dirán que la operación ha resultado un fracaso. Si no es así, me dejarán vivir, por lo

menos hasta que les diga lo que pretenden. Y yo no sabré lo suficiente, como Ramarren, no para ellos. Entonces, nos mandarán de regreso a Werel únicos sobrevivientes del gran viaje que retornan después de los siglos para decirle a Werel como, en la obscura y bárbara Tierra, los *Shing* mantienen valientemente la antorcha de la civilización encendida. Los *Shing* que no son los Enemigos del hombre, los Amos que se sacrifican a sí mismos, los sabios Amos que son realmente hombres de la tierra, que no son extranjeros ni conquistadores. Les contaremos a Werel todo sobre los amigos *Shing*. Y ellos nos creerán. Creerán las mentiras que nosotros creemos. Y de ese modo no temerán ataque alguno por parte de los *Shing*; y no enviarán socorro a los hombres de la Tierra, los verdaderos hombres que esperan la liberación de la mentira

–Pero, prech Ramarren, no son mentiras -dijo Orry

Falk lo miró durante un minuto a la difusa, brillante y cambiante luz. Su corazón se abatió pero, finalmente, dijo:

–¿Me harás el favor que te pido?

–Sí -susurró el muchacho

–¿Sin contarle a ningún otro ser viviente de qué se trata?

–Sí

–Es simplemente esto. Cuando me veas por primera vez como Ramarren… si alguna vez sucede… entonces dime estas palabras: *Lee la primera página del libro*

–Lee la primera página del libro -dijo Orry dócilmente

Hubo una pausa. Falk se sentía cercado por la impotencia, como una mosca en una tela de araña

–¿Es ese todo el favor, prech Ramarren?

–Eso es todo

El muchacho inclinó la cabeza y murmuró una frase en su lengua nativa, evidentemente alguna fórmula de juramento. Luego preguntó:

–¿Qué debo decirles sobre el brazalete comunicador, prech Ramarren?

–La verdad… no tiene importancia si mantienes lo otro en secreto -dijo Falk

Parecía, por lo menos, que no le habían enseñado a mentir. Pero tampoco le habían enseñado a distinguir la verdad de la mentira

Orry lo llevó de regreso en el deslizador por el puente, y volvió a entrar en el palacio brillante y de luminosas paredes donde Estrel lo condujera por primera vez. Una vez solo en su habitación dio curso al temor y a la rabia con absoluta conciencia del engaño a que se lo sometía y de su desamparo; y cuando hubo controlado su cólera, todavía siguió caminando arriba y abajo, por el cuarto, como un oso en una jaula que luchara contra el miedo a la muerte

Si les suplicaba, ¿no lo dejarían seguir viviendo como Falk, un ser sin utilidad para ellos pero no dañino?

No. No lo harían. Era algo muy claro y sólo la cobardía lo inducía a concebir semejante cosa. No había esperanza. ¿Podría escapar?

Quizás. La aparente soledad de este edificio podría ser una celada o una trampa o, como tantas otras cosas, aquí, una ilusión. Sentía y adivinaba que se encontraba constantemente espiado, ya fuera oral como auditivamente, por presencias secretas e inventos. Todas las puertas estaban custodiadas por hombres instrumentos o monitores electrónicos. Pero si escapaba de Es Toch, después… ¿qué?

Podría hacer el viaje de regreso a través de las montañas, de las llanuras, a través de la selva, y llegar, por fin, al Claro, donde Parth… ¡No! Se detuvo con ira. No podía volver. Había llegado aquí detrás de su rastro y tenía que seguir hasta el final; hasta la muerte si era necesario, hasta el nuevo nacimiento… nuevo nacimiento de un extranjero, de un alma extraña

Pero nadie había aquí para contarle a ese extranjero la verdad. Nadie había aquí en quien Falk pudiera confiar, excepto en sí mismo, y no sólo Falk debía morir sino que su muerte habría de servir a los propósitos del enemigo. Eso era algo que no podía soportar; algo insoportable. Se paseaba arriba y abajo, entre las sombras persistentes y verdosas de su cuarto. A través del techo se reflejaban, velados, los destellos de inaudibles luces. No serviría a los Mentirosos; no les contaría lo que pretendían saber. No era Werel lo que lo preocupaba… pues todo lo que sabía, sus

propias intuiciones, eran erradas, el propio Werel era una mentira y Orry, tan solo, una Estrel más elaborada; no tenía qué contarles. Pero él amaba la Tierra, aunque era un extranjero en ella, el Sol en el Claro, Parth. No traicionaría todo esto. Debía creer que existía alguna posibilidad para guardarse, contra todo poder y celada, de traicionarlos

Una y otra vez intentó imaginar algún modo de que él, Falk, pudiera dejar un mensaje para sí mismo en su carácter de Ramarren: un problema tan grotesco en sí mismo que agotaba su imaginación, y, además, insoluble. Si los *Shing* no lo observaban escribir dicho mensaje, seguramente lo descubrirían, una vez escrito. En un primer momento había pensado utilizar a Orry como el nexo indispensable, con la orden de decirle a Ramarren:

–No contestes las preguntas de los *Shing*

Pero no era posible confiar en que Orry obedeciera o en que mantuviera la orden en secreto. Los *Shing* habían manejado hasta tal punto la mente del muchacho que éste representaba tan solo, un instrumento; y aun el mensaje sin significado que le había confiado podría ser conocido por sus Amos

No encontraba ardid o estratagema, ni medios o instrumentos que le facilitaran una salida. Sólo había una esperanza, y muy remota: que él pudiera resistir; que, a pesar de todo lo que le hicieran se pudiera mantener y se negara a olvidar, se negara a morir. Lo único que le permitía concebir este pensamiento era la afirmación de los *Shing* en el sentido de que semejante resistencia sería imposible

Querían hacerle creer que era imposible

Las ilusiones ópticas y las apariciones y alucinaciones de sus primeras horas o días en Es Toch habían obrado sobre él con el fin de confundirlo y de debilitar su confianza en sí mismo: porque eso era lo que ellos pretendían. Querían que no tuviera seguridad en sí, en sus creencias, en su. conocimiento, en su fuerza. Todas las explicaciones sobre la destrucción de la mente concurrían, también, a su alarma, a espantarlo, a convencerlo de que no podría resistir sus operaciones parahipnóticas…

Ramarren no las había soportado

Pero Ramarren no había tenido sospechas o prevención alguna respecto de

sus poderes o de lo que intentaban hacerle, mientras que Falk sí. Eso implicaba, por cierto, una diferencia. A pesar de todo, la memoria de Ramarren no había sido anulada más allá de toda apelación posible, como insistían en que lo sería la de Falk: la prueba era que pretendían convocarla nuevamente

Una esperanza; una muy remota esperanza. Y todo lo que podía era decir *sobreviviré*, con el anhelo de que fuera cierto; y, con suerte, lo sería. ¿Y sin suerte…?

La esperanza es mas útil y mas dura aun que la verdad, pensaba, y recorría su habitación mientras el relampagueo vago y silencioso se reflejaba por encima. En una época favorable uno confía en la vida; en una mala, sólo anhela. Pero, ambas tienen la misma esencia: constituyen las indispensables relaciones de una mente con otras, con el mundo y con el tiempo. Sin fe, un hombre vive, pero no una vida humana; sin esperanza, muere. Cuando no existe relación alguna, cuando no hay manos que se toquen, la emoción se atrofia en la vaciedad y la inteligencia se esteriliza y obsede. Entre los hombres, entonces, el único vínculo que subsiste es el de amo y esclavo o asesino y víctima

Las leyes se han hecho contra el impulso que más teme la gente. *No matar* era la sola Ley de que se vanagloriaban los *Shing*. Todo lo demás estaba permitido: y ello significaba, quizás, que, salvo aquello, era muy poco lo que pretendían… Con temor ante su propia y profunda atracción por la muerte predicaban la Reverencia por la Vida, y, finalmente, se autoengañaban con su propia mentira

Contra ellos no podría salir victorioso excepto, quizás, a través de la única cualidad con la que un mentiroso no puede competir: la integridad. Quizás no se les ocurriera que un hombre podía de tal modo querer ser él mismo, vivir su vida, como para resistir, aunque se encontrara desamparado entre sus manos

Quizás, quizás

Acallando deliberadamente sus pensamientos tomó el libro que el Príncipe de Kansas le diera y que, a pesar de la predicción del Príncipe, todavía no había perdido, y lo leyó durante unos momentos, con gran intensidad, antes de dormirse

A la mañana siguiente -la última, probablemente, de su vida- Orry sugirió que sobrevolaran en coche aéreo, y Falk accedió, y dijo que quería ver el Mar Occidental. Con refinada cortesía, dos de los *Shing*, Abundibot y Ken Kenyek, se ofrecieron para acompañar a su honorable huésped y contestar cualquier pregunta ulterior que él pudiera formular acerca del Dominio de la Tierra, o acerca de la

operación proyectada para el día siguiente. Falk había alentado vagas esperanzas respecto de la posibilidad de lograr más información sobre lo que pretendían hacerle a su mente, para tener así la posibilidad de oponer una mayor resistencia. No obtuvo resultado. Ken Kenyak derramó palabras y palabras sobre neuronas, sinapsis, salvamentos, bloqueo, liberación, drogas, hipnosis, parahipnosis, computadores anexados al cerebro… ninguna de las cuales tenía sentido, todas las cuales eran atemorizantes. Falk pronto desistió de su intento por comprender

El coche aéreo, piloteado por un hombre instrumento sin habla que parecía apenas algo más que una extensión de los controles, franqueó las montañas y se dirigió hacia el oeste, en dirección a los desiertos, brillantes con las pequeñas flores de la primavera. En pocos minutos se encontraron cerca del frontón de granito de la Cordillera Occidental. Todavía distorsionadas y quebradas y desnudas desde los cataclismos producidos dos mil años antes, se erguían las Sierras, mellados pináculos que se levantaban entre abismos de nieve. Del otro lado de las crestas yacía el océano, brillante a la luz del Sol; obscuras debajo de las olas yacían las anegadas tierras

Había habido ciudades allí, olvidadas -como en su mente también las había, lugares perdidos, nombres perdidos. Cuando el coche aéreo giró para regresar al este, dijo:

–Mañana es el cataclismo; y Falk quedará sepultado…

–Es una lástima que así sea, Amo Ramarren -dijo Abundibot con satisfacción

Siempre que Abundibot manifestaba alguna emoción en palabras, era tan falsa su expresión que parecía implicar la emoción opuesta; pero quizás lo que efectivamente trasuntara era una total falta de afecto o de sentimiento. Ken Kenyek, rostro pálido y claros ojos, con facciones regulares y sin edad, no demostraba ni fingía emoción alguna cuando hablaba, como ahora, sentado inmóvil e inexpresivo, ni sereno ni impasible, sino absolutamente introvertido, autosuficiente y remoto

El coche aéreo recorrió la distancia de regreso cubriendo las millas que mediaban entre Es Toch y el mar; no había señales de vida humana en esa vasta superficie. Aterrizaron sobre el techo del edificio en el cual se encontraba el cuarto de Falk. Después de un par de horas, transcurridas en la fría y penosa presencia de los *Shing*, anhelaba aun esa engañosa soledad. Le permitieron disfrutarla; el resto

de la tarde y la noche las pasó solo en la habitación de brumosas paredes. Había temido que los *Shing* intentaran drogarlo nuevamente o que enviaran ilusiones para distraerlo y debilitarlo; pero, al parecer, creían que no era necesario tomar más precauciones con él. No lo molestaron. Pudo pasear por el translúcido piso, sentarse en silencio, leer su libro. ¿Qué podía, después de todo, hacer contra la voluntad de ellos?

Una y otra vez a lo largo de las lentas horas volvió al libro, el *Antiguo Canon*. No osaba marcarlo ni siquiera con la uña de su dedo; sólo lo leía, si bien lo sabía, con total concentración, páginas tras página, plegándose a las palabras, repitiéndoselas mientras se paseaba o se sentaba y volviendo una vez más y otra y otra al comienzo, a las primeras palabras de la primera página:

El camino que puede ser caminado no es el eterno camino

El nombre que puede ser nombrado no es el eterno nombre

Y lejos adentrándose en la noche, bajo la presión de la debilidad y del hambre, de los pensamientos que no se hubiera permitido pensar y del terror a la muerte que no se hubiera permitido sentir, su mente entró, finalmente, en el estado que buscaba. Las paredes se derrumbaron; su ser se evadió de sí mismo, y no fue nada. Él era las palabras: era la palabra, la palabra dicha en la oscuridad sin nadie que escuchara, en el principio, la primera página del tiempo. Su ser se había escamoteado y él era absolutamente él mismo, su eterna mismidad: inefable, una y singular

Gradualmente el mundo volvió, y las cosas tuvieron nombres y las paredes se levantaron. Leyó la primera página del libro una vez más, y luego se acostó a dormir

La pared este de su cuarto tenía un brillo verde esmeralda con la luz del Sol cuando una pareja de hombres instrumentos vinieron a buscarlo y lo condujeron a través del brumoso hall y de los niveles del edificio hacia la calle y con un deslizador a lo largo de las calles, aun en sombras, y a través de un puente, hacia otra torre. Estos dos no eran los sirvientes que habían esperado por él sino un par de guardias y sin habla. Recordaba la metódica brutalidad de la paliza que le propinaran la primera vez que entró en Es Toch, la primera lección sobre autodesconfianza que le habían brindado los *Shing*; adivinó que habían temido su fuga en el último minuto y que estos guardias estaban prevenidos para disuadirlo de semejante impulso

Fue llevado a través de un laberinto de habitaciones que finalizaba en un lugar bañado de luz, cubículos subterráneos sobre cuyas paredes se acumulaban pantallas y las teclas de un inmenso complejo de computadoras. Ken Kenyak se adelantó para recibirlo. Estaba solo. Era curioso que siempre hubiera visto a los *Shing* de a uno o dos, y a muy pocos en total. Pero no quedaba tiempo para preocuparse por eso, ahora, aunque en las fronteras de su mente, un ambiguo recuerdo, una explicación, danzó durante unos segundos, hasta que Ken Kenyak habló:

–No intentaste suicidarte anoche -dijo el *Shing* en su susurro átono

Esa era, en verdad, la única salida que no se le había ocurrido a Falk

–Pensé que debía dejarlos a ustedes manejar este asunto -dijo

Ken Kenyak no prestó atención a sus palabras, aunque tenía el aire de escuchar atentamente

–Todo está listo -dijo-. Estos son los mismos teclados y precisamente, las mismas conexiones que fueron utilizadas para bloquear tu primaria estructura paramental, hace seis años. La remoción del bloqueo no opondrá dificultad o trauma, en función de tu consentimiento. El consentimiento es esencial para la restauración, aunque no para la represión. ¿Estás listo ahora? – casi simultáneamente con sus palabras le habló telepáticamente a Falk en este deslumbrante y claro discurso mental:

–¿Estás listo?

Escuchó con gran atención cuando Falk respondió:

–Lo estoy

Como si estuviera satisfecho por la respuesta o por su tono de empatía, el *Shing* asintió con su cabeza y dijo con su monótono susurro:

–Comenzaré, entonces, sin drogas. Las drogas empañan la claridad de los procesos parahipnóticos; es más fácil trabajar sin ellas. Siéntate aquí

Falk obedeció, silencioso, y trató de guardar, también, silencio mental

Un asistente entró, obedeciendo a una señal muda, y se dirigió hacia Falk mientras Ken Kenyak se sentaba frente a uno de los teclados computadores, como un músico se instala frente a su instrumento. Durante un momento, Falk recordó el gran bastidor en el Salón del Trono, en Kansas, las rápidas y obscuras manos que revolotearon sobre aquel, y formaron y quebraron los cambiantes dibujos de piedras, estrellas… pensamientos. La oscuridad se precipitó como una cortina adelante de sus ojos y sobre su mente. Advirtió que le cubrían la cabeza con algo, una capucha o un gorro; después no percibió ya nada, sólo oscuridad, infinita oscuridad, las sombras. Entre las sombras una voz decía una palabra en su mente, una palabra que casi entendía. Una y otra vez la misma palabra, la palabra, la palabra, el nombre… Como el relumbrar de una luz que su voluntad quería mantener relumbrando, y lo afirmó con todo su esfuerzo, contra toda superioridad, en silencio:

–¡Yo soy Falk!

Después, oscuridad

Capítulo 9

Era un lugar silencioso y umbrío, como una profunda selva. Débil, fluctuó entre el sueño y el despertar. Soñaba o recordaba fragmentos de un sueño anterior y más profundo. Luego, nuevamente se dormía, y una vez más despertaba a la umbría luz verdosa y al silencio.

Hubo un movimiento cerca de él. Volvió la cabeza y vio a un joven, un extraño

–¿Quién eres tú?

–Har Orry

El nombre cayó como una piedra en la soñolienta tranquilidad de su mente y se desvaneció. Sólo que los círculos se ampliaron y ampliaron suave, lentamente, hasta que, por fin, el círculo más exterior tocó la playa y se quebró. Orry, el hijo de Har Weden, uno de los Viajeros… un muchacho, un chico, nacido en invierno

La lisa superficie del pozo de sueño fue ligeramente perturbada. Cerró los ojos nuevamente y deseó sumergirse

–Soñé -murmuró con los ojos cerrados-, tuve muchos sueños…

Pero volvió a despertarse y miró adentro de ese rostro asustado, infantil e inseguro. Era Orry. El Hijo de Weden: Orry, pero dentro de cinco o seis fases lunares, si sobrevivían al Viaje

¿Qué sería lo que había olvidado?

–¿Qué es este lugar?

–Por favor, no hables, prech Ramarren… todavía no hables; por favor, quédate callado

–¿Qué me ha sucedido? – el vértigo lo obligó a obedecer al muchacho y a recostarse

Su cuerpo, aun los músculos de sus labios y de su lengua cuando hablaba, no le obedecían adecuadamente. No era debilidad sino una extraña falta de

control. Para levantar una mano tenía que emplear una volición consciente, como si fuera la mano de algún otro la que levantaba

La mano de algún otro… Contempló su brazo y su mano durante largo rato. La piel lucía curiosamente obscurecida como si hubiera sido teñida. Desde el codo a la muñeca corrían una serie de paralelas cicatrices azulinas levemente punteadas como marcadas por sucesivos pinchazos de una aguja. Aun la piel de la mano se había endurecido y curtido como si hubiera andado mucho tiempo al aire libre y no en los laboratorios y en las salas de computadoras del Centro de Viajes y en los Salones del Consejo y en los Lugares de Silencio de Wegest…

Súbitamente miró en derredor. El cuarto en el cual se encontraba no tenía ventanas; pero, misteriosamente, pudo ver la luz del Sol, allí adentro, a través de las verdosas paredes

–Hubo un accidente -dijo finalmente-. En el aterrizaje o cuando… Pero hicimos el Viaje. Lo hicimos. ¿Acaso lo soñé?

–No, prech Ramarren, hicimos el Viaje

Nuevamente silencio. Después de unos momentos dijo:

–Sólo puedo recordar el Viaje como si fuera una noche, una larga noche, última noche… Pero en él creciste y de un chico te volviste casi un hombre. Nos equivocamos en eso, entonces

–No… el Viaje no me hizo madurar -Orry se detuvo

–¿Dónde están los otros?

–Perdidos

–¿Muertos? Dime todo, vesprech Orry

–Probablemente muertos, prech Ramarren

–¿Qué es este lugar?

–Por favor, descansa ahora…

–Contesta

–Esta es una habitación en una ciudad llamada Es Toch sobre el planeta Tierra -contestó el muchacho con la debida formalidad, y luego prorrumpió en una especie de lamento-. ¿No lo conoces? ¿No lo recuerdas… nada recuerdas? Esto es peor que antes…

–¿Cómo podría recordar la Tierra? – susurró Ramarren

–Yo… yo tenía que decirte: "Lee la primera página del libro"

Ramarren no prestó atención al tartamudeo del muchacho. Sabía ahora que todo había fracasado, y que había transcurrido un tiempo del cual nada sabía. Pero, hasta que pudiera dominar esta extraña debilidad de su cuerpo nada podía hacer, de modo que sé mantuvo silencioso hasta que el mareo hubo pasado. Luego, tácitamente, se repitió algunos de los Soliloquios del Quinto Nivel; y cuando ellos tranquilizaron su mente, se ordenó dormir

Nuevamente los sueños lo asaltaron, complejos y atemorizantes pero velados por una dulzura como la luz del Sol cuando irrumpe en la obscura y antigua selva. Con sueños más profundos se dispersaron estas fantasías y la imagen se convirtió en un recuerdo simple y vivido. Esperaba junto al lugar de aterrizaje para acompañar a su padre a la ciudad. En las laderas de las colinas de Charn, las selvas habían perdido a medias sus hojas en su largo otoño, pero el aire era cálido y claro y tranquilo. Su padre, Agad Karsen, un hombrecito magro cubierto con sus vestiduras de ceremonial y su yelmo se acercaba lentamente, a través del césped, con su hija, y ambos reían pues él le hacía burla con su primer pretendiente:

–Cuida de ese mozo, Parth, llorará sin consuelo si lo dejas

Palabras ligeramente dichas hacía mucho tiempo, bajo el sol del prolongado y dorado otoño de su juventud, las escuchaba nuevamente, ahora, y la risa de la chica como respuesta. Hermana, pequeña hermana, amada Arnan… ¿Cómo la había llamado su padre?… no por su verdadero nombre sino de alguna otra manera, por otro nombre…

Ramarren despertó. Se sentó con un esfuerzo definitivo para controlar su cuerpo… sí, el suyo, todavía vacilante y tembloroso pero, efectivamente, el suyo. Durante un momento, al despertar, había pensado que era un fantasma en carne

ajena, desplazado, perdido

Estaba muy bien. Era Agad Ramarren, nacido en la casa de piedra de plata, entre amplios terrenos, al pie del blanco pico de Charn, la Única Montaña; el heredero de Agad, nacido en otoño, de modo que toda su vida había sido vivida en otoño e invierno. Nunca había visto la primavera, ni podría verla porque la nave *Alterra* había comenzado su viaje a la Tierra el primer día de primavera. Pero el largo invierno y el otoño, la extensión de su vida, de su niñez y adolescencia se prolongaba hacia atrás de él, vivida y sin interrupción, como el río que se remonta hasta su fuente

El muchacho Orry ya no se encontraba en su cuarto

–¡Orry! – dijo en voz alta; porque estaba dispuesto y determinado a saber qué había sucedido con sus compañeros, con él mismo, con la misión. No hubo respuesta o señal alguna. La habitación no sólo parecía carecer de ventanas, sino, también, de puertas. Contuvo su impulso de llamar telepáticamente al muchacho; no sabía si Orry estaba todavía sincronizado con él, y su propia mente había sufrido, evidentemente, algún daño o una interferencia, era mejor proceder con cautela y guardarse de entrar en circuito con otra mente, hasta saber si se encontraba amenazada por control volitivo o anticronía

Se levantó, desafiando el vértigo y un breve y agudo dolor occipital, y se paseó de arriba a abajo por la habitación varias veces, para conseguir cierta armonía muscular mientras observaba las extrañas ropas que usaba y el curioso cuarto en que se encontraba. Había un profuso moblaje, cama, mesas y sillones, todo armado sobre largas y delgadas patas. Las paredes traslúcidas de lóbrego verde estaban cubiertas con dibujos expresamente engañosos y dislocados, uno de ellos disimulaba una puerta oval y otro un espejo de media luna. Se detuvo y se miró durante unos momentos. Estaba delgado, curtido por el Sol y la intemperie y, quizás, más viejo; era difícil de determinar con exactitud qué le sucedía. Se sintió extrañamente consciente de sí cuando se miraba. ¿Qué significaba esta inquietud, esta falta de concentración? ¿Qué había sucedido? ¿Qué se había perdido? Se alejó y comenzó a estudiar el cuarto nuevamente. Había varios objetos enigmáticos y dos de aspecto familiar aunque extraños en su detalle: una taza sobre una mesa, y un libro junto a ella. Tomó el libro. Algo que Orry había dicho revoloteaba en su mente y se perdía. El título no tenía sentido, aunque los caracteres se relacionaban claramente con el alfabeto de la Lengua de los Libros. Lo abrió y le echó una mirada. Las páginas de la izquierda estaban escritas -a mano, al parecer- en columnas de diseños maravillosamente complicados que podrían ser símbolos

religiosos, ideográficos, taquigráficos. Las páginas de la derecha también eran manuscritas, pero con letras que recordaban a las de los Libros, Galaktika. ¿Un código? Mas apenas se había concentrado en el examen de una o dos letras cuando la puerta oval se abrió silenciosamente y una persona entró en la habitación: una mujer

Ramarren la miró con intensa curiosidad, sin precaverse y sin temor; sólo quizás, sintiéndose vulnerable, intensificó algo la directa y autoritaria mirada que su cuna más su nivel le permitían. Sin turbaciones, ella le devolvió la mirada. Se quedaron, durante un momento, en silencio

Ella era hermosa y deliciosa, vestida fantásticamente, el pelo decolorado o pigmentado de rojo. Sus ojos eran un círculo obscuro dentro de un óvalo blanco. Ojos como los de los rostros pintados en el Lighall de la Ciudad Antigua, frescos de gente morena y alta que construían una ciudad y guerreaban con los Migradores, atentos a las estrellas: los Colonos, l*os* Terráqueos de *Alterra*…

Ahora Ramarren sabía, sin duda, que se encontraba en la Tierra, que había hecho su viaje. Dejó el orgullo y la precaución a un lado y se arrodilló ante ella. Para él, para todos los que lo habían enviado en la misión a través de ochocientos veinticinco trillones de millas de nada, ella era de una raza que el tiempo y el recuerdo y el olvido habían investido con la cualidad de lo divino. Sola, singular, tal como se erguía adelante de él, era, sin embargo, de esa Raza, y el rendía honor a la historia y al mito y al largo exilio de sus antepasados inclinando su cabeza ante ella mientras permanecía de rodillas

Luego se levantó y mantuvo extendidas las manos, abiertas, con el gesto Kelshak de recepción, y ella comenzó a hablarle. Su conversación era extraña, muy extraña, pues, aunque no la había visto antes, su voz le sonaba infinitamente familiar, y, aunque desconocía la lengua que hablaba, comprendió una palabra, primero, después otra. Durante un instante esto lo atemorizó por inexplicable y le hizo temer que ella estuviera utilizando alguna forma de comunicación telepática que penetrara, aun, su barrera exterior; al momento, comprendió que la entendía porque hablaba la Lengua de los Libros. Galaktika. Sólo que su acento y su fluidez le habían impedido reconocerla inmediatamente

Le había dirigido ya unas cuantas frases de modo extrañamente frío, rápido, sin vida…

–No saben que estoy aquí -decía-. Ahora dime cuál de nosotros es el

mentiroso, el que no tiene fe. Caminé contigo durante ese interminable camino, me acosté junto a ti durante cien noches, y ahora ni siquiera sabes mi nombre. ¿No es cierto, Falk? ¿Acaso lo sabes? ¿Sabes el tuyo?

–Yo soy Agad Rammarren -dijo él, y su propio nombre en su propia voz le sonó extraño

–¿Quién te dijo eso? Tú eres Falk. ¿No conoces a un hombre llamado Falk? Acostumbraba usar tu carne. Ken Kenyek y Kradgy me prohibieron decirte su nombre, pero estoy enferma de jugar el juego de ellos y nunca el mío. Me gusta jugar mi propio juego. ¿No recuerdas tu nombre, Falk?… Falk… Falk, ¿no recuerdas tu nombre? ¡Ah, eres todavía tan tonto como antes, con esos ojos de pescado!

Inmediatamente él apartó la vista. El mirar directamente adentro de los ojos de otra persona era muy delicado entre los Werelianos y se encontraba controlado por tabús y costumbres. Esa fue la única respuesta, en un principio, a sus palabras, aunque sus reacciones interiores fueron inmediatas y variadas. Por esto: ella estaba ligeramente drogada, con alguna substancia del orden de los estimulantes alucinógenos: su entrenada percepción le procuró la certidumbre de la droga, le gustaran o no sus implicaciones en lo concerniente a la Raza del Hombre. Y también por esto: no estaba seguro de haber comprendido todo lo que ella dijera y, en verdad, no tenía la mínima idea de lo que hablaba, pero sabía que su intención era agresiva, destructiva. Y la agresión fue efectiva. Porque su falta de comprensión, las misteriosas mofas y el nombre que ella continuaba repitiendo lo conmovieron y angustiaron, lo sacudieron, lo traumatizaron

Se volvió ligeramente para significarle que no cruzaría nuevamente su mirada con la de ella excepto que ella lo deseara, y dijo, por fin, suavemente, en la arcaica lengua que su pueblo sólo conocía a través de los antiguos libros de la Colonia:

–¿Eres tú de la Raza del Hombre o del Enemigo?

Ella rió de un modo forzado y burlón

–Ambas cosas, Falk. No hay Enemigo y yo trabajo para ellos. Escucha, dile a Abundibot que tu nombre es Falk. Díselo a Ken Kenyek. Dile a todos los Amos que tu nombre es Falk… ¡eso les dará motivo de preocupación! Falk…

–Basta

Su voz fue tan suave como al comienzo, pero había hablado con toda su autoridad: ella se detuvo con la boca abierta, perpleja. Cuando habló nuevamente fue sólo para repetir ese nombre por el que lo llamaba, en una voz que se había vuelto temblorosa y casi suplicante. Inspiraba lástima, pero no le contestó. Se encontraba en un estado psicótico permanente o temporario, y él se sentía demasiado vulnerable e inseguro, en dichas circunstancias, como para permitirse comunicación alguna. Se sentía bastante tembloroso, él también, y alejándose de ella se retrajo y sólo secundariamente advirtió su presencia en su voz. Necesitaba recogerse en sí mismo; había algo muy extraño que le sucedía, no era una droga, por lo menos una droga que conociera, sino un profundo desplazamiento y desequilibrio, peor que cualquiera de las insanías inducidas en la disciplina mental del Séptimo Nivel. La voz detrás de él se elevó en agudo rencor y luego él advirtió el pasaje a la violencia y junto con ello la sensación de una segunda presencia. Se dio vuelta con mucha rapidez: ella había comenzado a sacar de entre sus extrañas vestiduras algo que era obviamente un arma, pero estaba petrificada mirando no hacia él sino a un hombre alto que había aparecido en la puerta

No se pronunció palabra, pero el recién venido dirigió a la mujer una orden telepática de tal fuerza coercitiva que hizo respingar a Ramarren. El arma cayó al suelo y la mujer, articulando un agudo y penetrante sonido, corrió agachada hacia afuera del cuarto, intentando escapar a la destructora insistencia de esa orden mental. Su borrosa sombra onduló un momento sobre la pared y luego se desvaneció

El hombre alto volvió sus ojos ribeteados de blanco hacia Ramarren y le habló telepáticamente con poder normal:

–Quién eres tú

Ramarren respondió del mismo modo:

–Agad Ramarren -pero nada más y no se inclinó. Las cosas eran peores de lo que se había imaginado al principio. ¿Quiénes eran estas personas? En la confrontación había sido testigo de insanía, crueldad y terror y nada más; por cierto, nada que lo predispusiera a reverenciarlos o a confiar en ellos

Pero el hombre alto se adelantó ligeramente, con una sonrisa sobre su pesado, rígido rostro y habló en voz alta, cortésmente, en la Lengua de los Libros:

–Soy Pelleu Abundibot, y te doy una calurosa bienvenida a la Tierra, ¡hombre de la misma sangre, hijo de un largo exilio, mensajero de la Colonia Perdida!

Ramarren, ante esto hizo una breve inclinación y permaneció unos momentos en silencio

–Pareciera -dijo-, que he estado sobre la Tierra durante un tiempo, y que me hubiera hecho una enemiga de esta mujer y también que hubiera ganado algunas cicatrices. ¿Puedes decirme cómo fue todo eso, y cómo perecieron mis compañeros? Háblame telepáticamente, si quieres: no hablo Galaktika tan bien como tú

–Prech Ramarren -dijo el otro, evidentemente había tomado la expresión de Orry como si se tratara de una mera distinción y no tuviera noción de cuál era la relación de prechnoye- perdóname, primero, que hable en voz alta. No es costumbre nuestra hablar telepáticamente excepto en caso de necesidad urgente, o a nuestros inferiores. Y, en segundo lugar, perdona la intrusión de esa criatura, una sirvienta cuya locura la ha llevado al margen de la Ley. Nos ocuparemos de su mente. No te molestará nuevamente. En cuanto a tus preguntas, todas serán contestadas. Brevemente, sin embargo, aquí va la desdichada historia que, en última instancia, tiene un final feliz. Tu nave *Alterra* fue atacada, cuando ingresó en el espacio Terrestre, por nuestros enemigos, rebeldes al margen de la Ley. Ellos apresaron a dos o alguno más entre los tuyos en sus pequeños coches planetarios antes de que nuestra guardia llegara al lugar. Cuando se hizo presente, habían destruido la *Alterra* con todo lo que quedaba a bordo y se habían dispersado en sus pequeñas naves. Atrapamos aquella en la cual iba el pequeño Orry prisionero, pero a ti te llevaron, no sé con qué propósito. No te mataron, pero anularon tu memoria y te retrotrajeron al estadio prelingüístico y luego te abandonaron en una selva virgen para que allí encontraras la muerte. Sobreviviste, y los bárbaros te dieron albergue; finalmente, nuestros rastreadores dieron contigo, te trajeron aquí y mediante técnicas parahipnótieas hemos logrado restaurar tu memoria. Fue todo lo que pudimos hacer… poco, en realidad, pero todo

Ramarren escuchaba con toda concentración. La historia lo conmovió y no hizo ningún esfuerzo para ocultar sus sentimientos; pero, también experimentó cierta inquietud o sospecha que sí ocultó. El hombre alto se había dirigido a él, aunque muy brevemente, en forma telepática, y, en consecuencia, le había procurado cierto grado de sincronización. Luego Abundibot había cancelado toda

emisión telepática y levantado una guardia empática, pero no perfecta; Ramarren, muy sensible *y* sutilmente entrenado, recibió vagas impresiones empáticas en relación con lo que dijera el hombre al aludir a una demencia. ¿O se encontraba él mismo tan fuera de sincronización… cosa lógica después de la parahipnosis… que estas recepciones empáticas simplemente eran falaces?

–¿Cuánto tiempo…? – preguntó, por fin, clavando la mirada, por un instante, en esos ojos extranjeros

–Hace seis años según cómputo terrestre, prech Ramarren

El año terrestre tenía, aproximadamente, la extensión de una fase lunar

–Tanto tiempo -dijo; no podía concebirlo, sus amigos, sus compañeros de Viaje habían muerto hacía tanto tiempo, y él había estado solo en la Tierra durante…-¿Seis años?

–¿No recuerdas nada de esos años? Nos vimos obligados a borrar esa rudimentaria memoria que tuviste en ese periodo, con el objeto de restaurarte tu verdadera memoria y personalidad. Lamentamos mucho esa pérdida de seis años de tu vida. Pero no deben de constituir recuerdos sanos o agradables. Los brutos al margen de la ley hicieron de ti una criatura más embrutecida aún, que ellos mismos. Me alegro de que no recuerdes, prech Ramarren

No sólo contento, sino gozoso. Este hombre debía de tener muy poca habilidad empática o entrenamiento, pues, en tal caso, hubiera levantado una guardia mejor; su guardia telepática, en lo que le concernía, era total. Cada vez más distraído por esos implícitos tonos escuchados telepáticamente que implicaban falsedad u oscuridad en lo dicho por Abundibot, y por la constante falta de coherencia en su propia mente, aun en sus reacciones físicas, que seguían siendo lentas e inseguras, Ramarren tuvo que esforzarse para responder. Los recuerdos… ¿cómo era posible que hubieran transcurrido seis años sin que recordara un solo momento de ellos? Pero ciento cuarenta años habían transcurrido mientras su nave de velocidad luz viajara de Werel a la Tierra y de eso tan sólo recordaba un momento, en verdad, un momento terrible y eterno… ¿Cómo lo había llamado la mujer loca con su demente y gimiente rencor?

–¿Cómo me llamaba, durante esos seis años?

–¿Llamado? ¿Entre los nativos, quieres decir, prech Ramarren? No estoy

seguro del nombre que te habían dado, si se ocuparon de llamarte de algún modo…

Falk, ella lo había llamado Falk

–Compañero -dijo abruptamente, traduciendo la forma Kelshak de hablar al Galaktika-, me enteraré de más cosas sobre ustedes más tarde, si quieres. Lo que me cuentas me perturba. Déjame solo con ello por un tiempo

–Por cierto, por cierto, prech Ramarren. Tu joven amigo Orry está ansioso por verte… ¿quieres que te lo mande? – pero Ramarren, después de haber formulado su pedido y escuchado que se lo concedían, al modo de los de su Nivel, se había alejado del otro, lo había desincronizado y todo lo que aquel pudiera decir sólo significaba para él meramente un ruido-. Nosotros también tenemos mucho que saber acerca de ti y esperamos, ansiosos, que llegue el momento, una vez que te sientas recuperado -silencio, luego, el ruido nuevamente-: Nuestros sirvientes esperan para servirte; si deseas un refresco o compañía sólo tienes que acercarte a la puerta y hablar -silencio nuevamente y, por fin, la grosera presencia se retiró

Ramarren no especuló sobre ella. Estaba demasiado preocupado consigo mismo para angustiarse por esos extraños huéspedes. El tumulto, dentro de su mente, se agudizaba y llegaba a la crisis. Se sentía como si hubiera sido arrastrado a enfrentar algo que no podía soportar y que, al mismo tiempo, anhelaba enfrentar, descubrir. Los días más amargos de su entrenamiento en el Séptimo Nivel sólo habían sido una pálida sombra de esta desintegración de sus emociones y de su identidad, pues aquella había sido una psicosis inducida, cuidadosamente controlada, mientras que ésta escapaba a su control. ¿O no?… ¿Acaso él mismo se llevaba a esto, se compelía a una crisis? Pero, ¿quién era "el" que compelía y quién el compelido? Lo habían matado y lo habían retrotraído a la vida. ¿Qué era la muerte, entonces, la muerte que no podía recordar?

Para huir del omniabarcador pánico que se abría camino en él miró en derredor en busca de algún objeto en el cual concentrarse, volviendo así a la temprana disciplina del trance, la técnica Exógena de concentrarse en una sola cosa concreta para edificar sobre ella el mundo. Pero todo lo que se encontraba en torno era extraño, engañoso, no familiar; el mismo piso debajo de él era una obscura plancha de niebla. Estaba el libro que examinara cuando apareció la mujer que lo llamó por el nombre que él no pudo recordar. No lo recordaría. El libro que había sostenido entre sus manos era real, estaba allí. Lo tomó muy cuidadosamente y contempló la página en que lo había abierto. Columnas de diseños hermosos pero

sin sentido, líneas de escritura a medias inteligible, derivadas de aquellas letras que había aprendido hacía mucho en el Primer Analecta, desconcertantes. Las observó y no pudo leerla, y una palabra cuyo significado no sabía surgió, la primera palabra:

El camino…

Su mirada paseó del libro, a su propia mano que lo sostenía. ¿La mano de quién, obscurecida y cicatrizada bajo un Sol extraño? ¿La mano de quién?

El camino que puede ser caminado no es el eterno camino

El nombre…

No podía recordar el nombre; no lo leería. En un sueño había leído esas palabras, en un largo sueño, una muerte, un letargo

El nombre que puede ser nombrado no es el eterno nombre

Y con eso el sueño despertó anegándolo como una ola que se levantaba y rompía

Era Falk, y era Ramarren. Era el tonto y el sabio: un hombre que nació dos veces

En esas primeras horas de temor suplicó y oró por ser liberado ya de uno, ya del otro. Una vez, cuando gritó angustiado en su propia lengua nativa, no entendió las palabras que había dicho, y fue tan terrible que sumido en la más absoluta miseria, lloró; era Falk que no comprendía, pero Ramarren lloraba

En ese preciso momento de desdicha tocó, por primera vez, fugazmente, el punto de equilibrio, el centro, y, fugazmente, fue *el mismo*: luego se perdió, una vez más, pero alentaba la suficiente fuerza como para desear el próximo momento de armonía. Armonía: cuando era Ramarren se aferraba a esa idea y disciplina, y era quizás su dominio de esa doctrina central Kelshak lo que le impedía franquear el umbral de la cordura. Pero no se producía integración o equilibrio entre las dos mentes y personalidades que compartían su cráneo, no todavía; debía fluctuar entre ellas anulando una en virtud de la otra, para inmediatamente cederle lugar a aquella y sacrificar ésta. Apenas era capaz de moverse, invadido por la alucinación de tener dos cuerpos, de ser efectiva y físicamente dos hombres diferentes. No

osaba dormir, aunque estaba agotado: temía demasiado al despertar

Era de noche, y había sido abandonado a sí mismo. *A nosotros mismos*, se dijo Falk. Falk era, al principio, el más fuerte, pues había tenido alguna preparación para esta ordalía. Fue Falk el que inició el primer diálogo:

–Tengo que dormir algo, Ramarren -dijo

Y Ramarren recibió las palabras como por telepatía y replicó de este modo:

–Tengo miedo de dormir

Entonces se quedó alerta unos momentos y supo de los sueños de Falk como de sombras y ecos en su mente

Este fue el primer y peor período y cuando la mañana brilló umbría, a. través de las verdosas paredes velos de su cuarto, había perdido su temor y comenzaba a ganar control tanto sobre el pensamiento como la acción

Por supuesto, no se producía una efectiva superposición de sus dos memorias; Falk había advenido a la conciencia en el gran número de neuronas que en un cerebro muy inteligente permanecen sin uso… los campos vírgenes de la mente de Ramarren. Las vías sensorial y motriz básicas nunca habían sido bloqueadas y, por lo tanto, en cierto sentido, eran compartidas aunque se producían ciertas dificultades por la duplicación de los hábitos motores y de los modos de percepción. Un objeto era diferente para él si lo miraba como Falk que si lo contemplaba como Ramarren, y, si bien a la larga esta duplicación implicaría una duplicación de su inteligencia y poder perceptivo, en ese momento, confundía hasta el vértigo. También se producía interferencia emocional, de modo que sus sentimientos, en ciertos tópicos, eran conflictuales. Y, puesto que los recuerdos de Falk cubrían su "vida" tal como los de Ramarren, las dos series tendían a aparecer simultáneamente en lugar de sucesivamente. Era duro para Ramarren permitirlo durante la fisura en el tiempo en la cual no había existido conscientemente. Hacía diez días ¿dónde se encontraba? Había andado sobre el lomo de una muía entre las montañas nevadas de la Tierra; Falk lo sabía; pero Ramarren sabía que se había despedido de su esposa en una casa de las verdes y altas llanuras de Werel… También, lo que Ramarren intuía sobre la Tierra era con frecuencia contradicho por lo que Falk sabía, mientras que la ignorancia de Falk respecto de Werel arrojaba un extraño encanto de leyenda sobre el propio pasado de Ramarren. Sin embargo, aun en ese azoramiento existía el germen de la interacción, de la coherencia hacia la

cual tendía. Porque el hecho seguía siendo el de un solo hombre, corpórea y cronológicamente: su problema no era realmente el de crear una unidad, sino el de comprenderla

La coherencia estaba lejos de haber sido ganada. Una o la otra de las dos estructuras de memoria todavía tenía que dominar, si se determinaba a pensar y actuar con cierta competencia. Con más frecuencia, ahora, era Ramarren el que se imponía, pues el Piloto de la *Álterra* era una persona decidida y potente. Falk, en comparación con aquél, se sentía aniñado, inexperto; podía ofrendar el conocimiento que tenía pero sólo confiar en el poder y la experiencia de Ramarren. Ambos se requerían, porque el hombre de dos mentes se encontraba en una situación muy obscura y azarosa

Una pregunta era la fundamental en relación con todas las demás. Era simple de formular: ¿eran o no los *Shing* dignos de confianza? Pues si Falk había sido inducido sin fundamentos a temer a los Amos de la Tierra, entonces los riesgos y oscuridades quedarían, consecuentemente, sin fundamento. En un primer momento, Ramarren pensó que tal era el caso; pero no lo creyó por mucho tiempo

Existían mentiras abiertas y discrepancias que su doble mente había captado. Abundibot se había negado a comunicarse telepáticamente con Ramarren, diciendo que los *Shing* evitaban la comunicación para verbal: eso Falk sabía que era una mentira. ¿Por qué la había dicho Abundibot? Evidentemente porque quería decir una mentira -la historia *Shing* de lo acontecido a la *Alterra* y a su tripulación- y no osaba ni podía decírselo a Ramarren telepáticamente

Pero él le había contado a Falk la misma historia telepáticamente

Era una historia falsa, por lo tanto los *Shing* podían y efectivamente mentían telepáticamente. ¿Era esto falso?

Ramarren recurrió a la memoria de Falk. En su comienzo, este esfuerzo de combinación lo superaba, pero se hizo más fácil a medida que él luchó, paseándose de arriba a abajo por el cuarto silencioso y, súbitamente, se hizo la luz; podía recordar el brillante silencio de las palabras de Abundibot:

–Nosotros, a quienes conocéis como *Shing*, somos hombres… -y al escucharlo, aun en la memoria, Ramarren supo que era, una mentira. Era increíble e indudable. Los *Shing* podían mentir telepáticamente… los presentimientos y los temores de la humanidad sometida eran acertados. Los Shing eran, en verdad, el

Enemigo

No eran hombres sino extranjeros, dotados de un poder extraño; y no había duda de que habían quebrado la Liga y ganado el mando sobre la Tierra mediante el uso de ese poder. Y habían sido ellos quienes atacaron a la *Alterra* cuando ésta penetró en el espacio terráqueo; toda la charla sobre los rebeldes era mera ficción. Habían matado o anulado las mentes de toda la tripulación excepto la del niño Orry. Ramarren podía adivinar por qué: porque ellos habían descubierto, a través de él mismo o de cualquiera de los otros integrantes de la tripulación, entrenados en discurso paraverbal, que un Wereliano podía detectar la mentira telepática. Eso había asustado a los *Shing*, y, por ello, se habían desembarazado de los adultos, salvándole la vida al único niño, inofensivo, que les serviría de informante

Para Ramarren era recién ayer que sus compañeros de Viaje habían perecido, y, luchando contra ese golpe, intentó pensar que, como él, podrían haber sobrevivido en algún lugar de la Tierra. Pero en ese caso -y él había sido un afortunado- ¿dónde se encontraban ahora? Los *Shing* habían hecho grandes esfuerzos por localizarlos, al parecer, cuando descubrieron que podían necesitarlos

¿Para que lo necesitaban? ¿Por qué habían buscado, lo habían traído hasta aquí, le habían restaurado la memoria que le destruyeran?

Ninguna explicación surgía de los hechos que conocía excepto aquella a la que arribara Falk: los *Shing* lo necesitaban para que les dijera de dónde venía

Esto le procuró a Falk-Ramarren el primer motivo de diversión. Si realmente se trataba de eso, era muy gracioso. Habían salvado a Orry por ser tan joven; no entrenado, no formado todavía, vulnerable, dócil, un perfecto instrumento y un informante. Por cierto que había sido todo eso. Pero no sabían de dónde venía… Y cuando lo advirtieron ya habían borrado toda información de las mentes que sí lo sabían y habían dispersado a sus víctimas sobre la salvaje y arrumada Tierra para que murieran por accidente o de hambre o por el ataque de las fieras o los hombres

Podía suponer que Ken Kenyek, mientras manipulaba su mente a través de psicoconmutadores, ayer, había intentado inducirlo a divulgar el nombre en Galaktika, del sol de Werel. Podía suponer que, en caso de haberlo divulgado, estaría ya muerto o acerebrado. No lo querían a él, Ramarren; sólo querían sus conocimientos. Y no los habían obtenido todavía

Eso los debía haber preocupado y mucho. El código Kelshak del secreto

concerniente a los Libros de la Colonia Perdida había evolucionado juntamente con una refinada técnica de control mental. Esa mística del secreto -o más precisamente de la contención- se había desarrollado a través de los años, desde el riguroso control del conocimiento técnico científico ejercitado por los Colonos originarios, en sí mismo vástago de la Ley de la Liga sobre el Embargo Cultural, que prohibía la importación de cultura a los planetas colonias. El concepto total de restricción era fundamental en la cultura wereliana, y la estratificación de la sociedad wereliana estaba regida por la convicción de que el conocimiento y la técnica debían de permanecer bajo control inteligente. Detalles, como el Verdadero nombre del Sol eran formales y simbólicos, pero el formalismo se tomaba en serio… con seriedad trascendental, pues en Kelshy el conocimiento era religión, la religión conocimiento. Para conservar los intangibles lugares santos en las mentes de los hombres se habían inventado defensas intangibles e invulnerables. Excepto que se encontrara en uno de los Lugares de Silencio y fuera interrogado de cierta manera estipulada por un iniciado de su propio Nivel, Ramarren estaba totalmente incapacitado para comunicar, de palabra o por escrito o telepáticamente, el Verdadero Nombre del sol de su mundo

Poseía, por supuesto, un conocimiento equivalente: el complejo de hechos astronómicos que le habían permitido proyectar las coordenadas de la *Alterra*, desde Werel hasta la Tierra; su conocimiento de la exacta distancia entre los soles de los dos planetas; su clara memoria de astrónomo de las estrellas, tal como se veían desde Werel. Todavía no habían conseguido arrancarle esta información, probablemente porque su mente se encontraba en un estado demasiado caótico cuando fuera recién restaurada por las manipulaciones de Ken Kenyek, o porque quizás, aun entonces, sus controles mentales parahipnóticamente reforzados y las barreras específicas habían funcionado. Con el conocimiento de que quizás hubiera un Enemigo en la Tierra, los tripulantes de la *Alterra* no habían partido sin preparación. Sólo en caso de que la ciencia de los *Shing* respecto de la mente fuera mucho más poderosa que la de los Werelianos, no serían aquellos capaces de obligarlo a decir nada. Anhelaban inducirlo, persuadirlo. Por lo tanto, se encontraba en la actualidad físicamente a salvo

Siempre que no advirtieran que recordaba su existencia como Falk

Esto lo supo y experimentó un escalofrío. No se le había ocurrido antes. Como Falk no representaba utilidad para ellos, pero era inofensivo. Como Ramarren era útil para ellos e inofensivo. Pero como Falk-Ramarren, constituía una amenaza. Y ellos no estaban dispuestos a tolerar amenazas: no podían correr ese riesgo

Y allí residía la respuesta a la última pregunta: ¿por qué querían, con tanto empeño, conocer la ubicación de Werel… qué importancia revestía Werel para ellos?

Nuevamente la memoria de Falk le habló a la inteligencia de Ramarren, esta vez con una voz admonitoria, calma, gozosa, irónica. El anciano Auditor de la profunda selva habló, el anciano más solitario sobre la Tierra que viera Falk alguna vez:

–No hay demasiados *Shing*…

Un importante fragmento de información y de sabiduría y de consejo, lo había llamado; y debía ser esa la estricta verdad. Las antiguas historias que Falk había escuchado en la casa de Zove decían que los *Shing* eran extranjeros que provenían de una región muy distante en la galaxia, más allá de las Hyades, cosa de varios millares de años luz. Si esto era así, probablemente no muchos de entre ellos habían cruzado tan inmensa extensión de espaciotiempo. Sí los suficientes como para infiltrarse en la Liga y destruirla, en función de sus poderes de mentira telepática y demás habilidades o armas que podrían poseer o haber poseído; ¿pero eran acaso muchos los que regían todos los mundos que habían dividido y conquistado? Los planetas eran lugares muy grandes en cualquier escala que se midieran los espacios entre ellos. Los *Shing* debían haberse diseminado y raleado y asegurado la sujeción de los planetas de modo de impedirles aliarse nuevamente y unirse para la rebelión. Orry le había contado a Falk que los *Shing*, aparentemente, no viajaban ni comerciaban con velocidad luz; ni siquiera había visto una nave de velocidad luz de aquellos. ¿Se debía todo esto a que temían a sus propios correligionarios en los otros mundos, que se habían desarrollado lejos de ellos durante los siglos de su dominación? ¿O era la Tierra el único planeta que todavía regían, y lo defendían de toda incursión por parte de otros mundos? Imposible decir algo al respecto; pero sí era probable que en la Tierra no hubiera muchos de ellos

Se habían negado a creer la historia de Orry acerca de que los terráqueos en Werel habían mutado hacia la norma biológica local y, finalmente, habían podido engendrar uniéndose a los nativos. Habían dicho que tal cosa era imposible: eso significaba que a ellos no les había sucedido; eran incapaces de aparearse con los terráqueos. Eran todavía extranjeros, entonces, después de doce mil años; aislados sobre la Tierra. ¿Y de hecho regían la humanidad desde esa única Ciudad? Una vez más Ramarren apeló a Falk y éste dijo: *No*. Controlaban a los hombres por

costumbre, ardides y por el miedo y, también, con armamento, rápidos para impedir el surgimiento de cualquier tribu fuerte o la profundización del saber que los amenazaría. Impedían a los hombres todo. Pero ellos nada hacían. No regían, sólo esterilizaban

Era evidente, entonces, por qué Werel les significaba una amenaza mortal. Ellos habían sometido con su amenaza la cultura que mucho antes destruyeran y dominaran; pero una raza fuerte, numerosa y tecnológicamente avanzada, con un mito de parentesco con los terráqueos y con una ciencia mental y un armamento igual al de ellos, podría aplastarlos de un solo golpe. Y liberar a los hombres de su yugo

¿Si le sonsacaban la situación de Werel, enviarían ellos una nave bomba de velocidad luz, como una larga mecha encendida, a través de los años luz, para destruir el peligroso mundo antes de enterarse de su existencia?

Eso parecía demasiado posible. Sin embargo dos cosas se opondrían a esta conclusión: su cuidadosa preparación del joven Orry, como si pretendieran hacerlo actuar como mensajero y su peculiar Ley

Falk Ramarren era incapaz de determinar si la regla de Reverencia por la Vida era la genuina creencia de los *Shing*, su único tablón a través del abismo de autodestrucción que subyacía respecto de su conducta así como el negro cañón se abría debajo de su ciudad, o si se trataba, simplemente, de la más grande de todas sus mentiras. Efectivamente parecían evitar la muerte de los seres sensibles. A él lo habían dejado con vida, y quizás a los otros también; sus comidas disfrazadas y elaboradas eran siempre vegetales; con el fin de controlar la natalidad era claro que azuzaban a las tribus entre sí, inducían a la guerra pero dejaban a los hombres la tarea de matarse; y las historias contaban que, en los primeros días de su dominio, habían utilizado la eugenesia y la selección para consolidar su imperio y no el genocidio. Podría ser cierto, entonces, que obedecían a su Ley, a su modo

En tal caso, el cuidado dispensado al joven Orry indicaba que harían de él su mensajero. Único sobreviviente del viaje, habría de retornar a través de los golfos del tiempo y del espacio a Werel para contarles todo lo que los *Shing* le habían enseñado sobre la Tierra… cuac, cuac, como los pájaros que graznaban: *no hay que tomar la vida*, el jabalí moral, las lauchas del sótano de la casa del Hombre… Acerebrado, honesto, desastroso, Orry llevaría la Mentira a Werel

El honor y el recuerdo de la Colonia eran poderosas fuerzas en Werel, y un

llamado de socorro de la Tierra podría surtir efecto; pero si les decían que no había ni había habido jamás un Enemigo, que la Tierra era un antiguo y feliz vergel, no intentarían semejante viaje tan sólo para verlo. Y si lo emprendieran vendrían sin armas, como Ramarren y sus compañeros

Otra voz habló en su memoria, todavía más lejana, profunda en la selva:

–No podemos seguir así para siempre. Debe de haber una esperanza, una señal…

Él no había sido enviado con un mensaje para la humanidad como lo soñara Zove. La esperanza era más extraña que esa, el signo más obscuro. Él debía de llevar el mensaje de la humanidad, articular su pedido de socorro, de liberación

Debo volver a casa; debo contarles la verdad, pensaba, sabiendo que los *Shing* se lo impedirían a cualquier precio, que sería Orry el mensajero y que a él lo retendrían aquí o lo matarían

En la gran fatiga por su denodado esfuerzo para pensar con coherencia, su voluntad se relajó de golpe, su control sobre su atormentada y preocupada doblemente se quebró. Se derrumbó exhausto sobre el lecho y apoyó su cabeza entre sus manos

–Si pudiera, tan solo, volver a casa -pensaba; si pudiera una vez mas caminar con Parth por el campo largo…

Era la queja de un sueño, del soñador Falk. Ramarren intentó evadirse de esa súplica sin esperanzas pensando en su esposa, pelo obscuro, ojos dorados, vestida con una bata de millares de pequeñas cadenas de plata, su esposa Adrise. Pero su anillo se había perdido. Y Adrise había muerto. Había muerto hacía mucho, mucho tiempo. Se había casado con Ramarren sabiendo que apenas pasarían algo más que una fase lunar juntos, pues él partiría en su Viaje a la Tierra. Y durante ese terrible momento de su Viaje, ella había vivido su vida; envejecido y muerto; había muerto hacía cien años terráqueos, quizás. A través de los años entre las estrellas, ¿qué era ahora el soñador y qué el sueño?

–Deberías haber muerto hace cien años -le dijo el Príncipe de Kansas al perplejo Falk, viendo o sintiendo o sabiendo acerca del hombre que yacía perdido en su interior, el hombre que hacía tanto que naciera. Y ahora, si Ramarren hubiera de retornar a Werel se adentraría más aún en su futuro. Alrededor de tres siglos,

alrededor de cinco de los grandes años de Werel transcurrirían desde su partida; todo estaría cambiado; sería tan extraño en Werel pomo lo había sido en la Tierra

Había sólo un camino que lo llevaría verdaderamente a casa, a los brazos de quienes lo habían amado: a la casa de Zove. Y nunca, sin embargo, volvería a verla. Si su camino llevaba a alguna parte, era afuera, lejos de la Tierra. Estaba sobre él y sólo una era su misión: intentar seguir por ese camino hasta el final

Capítulo 10

Ya era pleno día y, como se sintiera hambriento, Ramarren se dirigió a la puerta oculta y pidió en voz alta, en Galaktika, alimentos. No hubo respuesta pero, inmediatamente, un hombre instrumento le trajo y le sirvió comida; y cuando estaba finalizando de comer se escuchó un apagado llamado del otro lado de la puerta.

–Adelante -dijo Ramarren en Kelshak, y entró Har Orry seguido de tres altos *Shing*, Abundibot y otros dos a quienes Ramarren nunca había visto. Sin embargo, tenía presentes en su mente los nombres: Ken Kenyek y Kradgy. Se los presentaron; se intercambiaron ceremoniosas fórmulas. Ramarren descubrió que podía manejarse con soltura; la necesidad de mantener a Falk completamente oculto y suprimido era, en efecto, conveniente y le impedía comportarse espontáneamente. Advirtió que el mentalista Ken Kenyek intentaba probarlo mentalmente, con habilidad y fuerza considerables, pero eso no lo preocupó. Si sus barreras se habían mantenido levantadas bajo la parahipnosis, no fallarían ahora

Ninguno de los *Shing* se comunicó telepáticamente con él. Permanecieron alrededor, en su extraña y estirada manera, como si temieran el contacto y susurraron todo lo que dijeron. Ramarren se las compuso para formular algunas de las preguntas que podían esperarse de Ramarren concernientes a la Tierra, a la humanidad, a los *Shing*, y escuchó gravemente las respuestas. En una oportunidad intentó entrar en fase con el joven Orry pero falló. El muchacho no tenía verdadera guardia, pero quizás hubiera sido sometido a cierto tratamiento mental neutralizador de la poca destreza en captar la fase que, siendo un niño aprendiera, y, además, se encontraba bajo la influencia de la droga a la que se había habituado

Cuando Ramarren le emitió la leve y familiar señal de su relación en prechnoye, Orry comenzó a aspirar un tubo de *pariitha*. En el vívido y enajenante mundo de semialucinación que le procuraba, sus percepciones estaban embotadas y nada advertía

–No has visto nada de la Tierra excepto este cuarto -dijo el vestido de mujer, Kradgy, en un áspero susurro. Ramarren era cauteloso con todos, pero Kradgy le inspiraba un temor o aversión instintivo; había una sombra de pesadilla en su enorme cuerpo bajo las flotantes vestiduras, en el largo y purpúreo pelo, en el áspero y preciso susurro

–Quisiera ver algo más

–Te mostraremos todo lo que desees ver. La Tierra está abierta para su honorable visitante

–No recuerdo haber visto a la Tierra desde la *Alterra*, cuando entramos en órbita -dijo Ramarren en Galaktika, pero con duro acento Wereliano-. Ni recuerdo el ataque a la nave. ¿Pueden decirme a qué se debe eso?

La pregunta podía ser arriesgada, pero él tenía genuina curiosidad por conocer la respuesta, era el único blanco que persistía en su doble memoria

–Tú te encontrabas en la condición que nosotros llamamos acronía -replicó Ken Kenyek-. Saliste de la velocidad luz justo al llegar a la Barrera, puesto que tu nave no tenía retemporalizador. En ese momento y durante algunos minutos u horas después, estuviste inconsciente o demente

–No habíamos tenido ese problema en nuestras cortas travesías a velocidad luz

–Cuanto más largo el vuelo, más fuerte la Barrera

–Fue una empresa valiente -dijo Abundibot en su crujiente susurro y con su habitual floripondio-, ¡un viaje de ciento veinticinco años luz en una nave apenas probada!

Ramarren aceptó el cumplido sin corregir el número

–Vengan, Señores, mostrémosle a nuestro huésped la Ciudad de la Tierra… -simultáneamente con las palabras de Abundibot, Ramarren captó una comunicación telepática entre Kradgy y Ken Kenyek, pero no el sentido de la misma; estaba demasiado concentrado en mantener su propia guardia para poder escuchar telepáticamente o recibir una significativa impresión empática

–La nave en la cual vuelvas a Werel -dijo Ken Kenyek- estará, por supuesto, pertrechada con un retemporalizador y no padecerás perturbaciones al ingresar nuevamente en el espacio planetario

Ramarren se había levantado, más bien desmañadamente… Falk estaba acostumbrado a las sillas pero no Ramarren, pues se había sentido incómodo encaramado en medio del aire, pero ahora permaneció inmóvil y despues de un

momento, preguntó:

–¿La nave en la cual retornemos?…

Orry miró hacia arriba con brumosa esperanza. Kradgy bostezó, mostrando fuertes y amarillos dientes. Abundibot dijo:

–Cuando hayas visto todo lo que deseas ver sobre la Tierra y hayas aprendido todo lo que desees aprender, tenemos una nave de velocidad luz dispuesta para ti, para tu viaje de regreso a Werel… tú, Lord Agard y Har Orry. Nosotros viajamos muy poco. Ya no hay guerras; no necesitamos comerciar con otros mundos; y no deseamos llevar a la bancarrota a la pobre Tierra nuevamente, por causa del inmenso costo de las naves de velocidad luz, meramente con el propósito de satisfacer nuestra curiosidad. Nosotros, los Hombres de la Tierra, somos ya una vieja raza; nos quedamos en casa, cuidamos el jardín y no nos entremetemos ni exploramos el exterior. Pero tu Viaje debe de completarse, tu misión debe de cumplirse. La *Nueva Alterra* te espera en nuestro espaciopuerto, y Werel aguarda tu regreso. Es una verdadera lástima que tu civilización no haya descubierto, otra vez, el principio ansible, de modo que pudiéramos establecer contacto con ellos. En la actualidad, supongo, deben de tener el trasmisor instantáneo; pero no podemos enviarles señales porque no conocemos las coordenadas

–Es cierto -dijo Ramarren cortésmente

Hubo una ligera y tensa pausa

–Me parece que no comprendo -dijo

–El ansible…

–Entiendo qué hacía el transmisor ansible, aunque no cómo lo hacía. Como tú dices, señor, cuando partí de Werel no habíamos redescubierto los principios de las transmisión instantánea. Pero no entiendo qué te impedía la tentativa de hacer señales a Werel

Terreno peligroso. Estaba alerta ahora, controlándose, como un jugador del juego y no como una pieza que ha de ser movida: y sentía la eléctrica tensión detrás de los tres rígidos rostros

–Prech Ramarren -dijo Abundibot-, como Har Orry era demasiado joven para haber aprendido las exactas distancias implicadas nunca tuvimos el honor de conocer con exactitud dónde estaba situado Werel, aunque, por supuesto, tenemos una idea general. Como ha aprendido muy poco el Galaktika, Har Orry no ha sido capaz de decirnos el nombre Galaktika del sol de Werel, que sería muy significativo para nosotros, que compartimos el lenguaje tuyo como herencia común de los días de la Liga. Por lo tanto, nos hemos visto obligados a esperar tu ayuda, antes de poder establecer contacto ansible con Werel o de preparar las coordenadas en la nave que está preparada para ti

–¿No conoces el nombre de la estrella en cuyo derredor gira Werel?

–Ese es, desgraciadamente, el caso. Si tú nos lo dijeras…

–No puedo decirlo

Los *Shing* no podían sorprenderse; estaban demasiado absortos en ellos mismos, eran demasiado egocéntricos. Abundibot y Ken Kenyek nada registraron. Kradgy dijo en su extraño, monótono y preciso susurro:

–¿Quieres decir que tampoco tú lo sabes?

–No puedo decir el Verdadero Nombre del Sol -dijo serenamente Ramarren

Esta vez captó el relámpago de comunicación telepática de Ken Kenyek a Abundibot:

–Te lo dije

–Pido perdón, prech Ramarren, por mi ignorancia que me indujo a preguntar sobre un tema prohibido. ¿Me perdonarás? No conocemos vuestras costumbres, y aunque la ignorancia es una pobre excusa, es todo lo que puedo ofrecerte -Abundibot seguía crujiendo cuando, de pronto, Orry lo interrumpió, con sobresalto:

–¿Prech Ramarren, tú… tú serás capaz de proyectar las coordenadas de la nave? ¿Recuerdas tus conocimientos de… de Piloto?

Ramarren se volvió hacia él y le preguntó con tranquilidad:

–Quieres volver a casa, vesprechna?

–¡Sí!

–Dentro de veinte o treinta días, si están de acuerdo estos Amos que nos ofrecen un regalo tan grande, retornaremos en su nave a Werel. Lo siento -prosiguió, volviéndose a los *Shing*- porque mi mente y mi boca están cerradas para vuestra pregunta. Mi silencio es una mezquina ofrenda a cambio de vuestra generosa franqueza -si hubieran utilizado la comunicación telepática, pensaba, el intercambio hubiera sido mucho menos cortés; porque él, a diferencia de los *Shing*, no era capaz de mentir mentalmente, y por lo tanto, probablemente no hubiera dicho una sola palabra de las últimas

–¡No importa, Amo Agard! ¡Es tu retorno a salvo, no nuestras preguntas, lo que cuenta! En la medida en que puedas programar a la nave -y todos nuestros registros y computadoras de ruta están a tu disposición cuando las necesites- entonces la pregunta estará contestada -y, en verdad que así era, porque si pretendían saber dónde se encontraba Werel, sólo tenían que examinar el rumbo que él programara en su nave. Después de eso, si aun desconfiaban de él, podrían nuevamente destruir su memoria y explicarle a Orry que la restauración de su memoria finalmente le había producido el derrumbe. Enviarían, entonces, a Orry para entregar el mensaje en Werel. Todavía desconfiaban de él, por cierto, porque sabían que él podía detectar su mentira mental. Si existía alguna salida para la trampa, todavía no la había descubierto

Juntos atravesaron los brumosos halls, bajaron por las rampas y ascensores y salieron del palacio a la luz del día. El elemento Falk de la doble mente estaba casi totalmente, reprimido en esos momentos; y Ramarren se movía, pensaba y hablaba tan libremente como Ramarren. Percibía el alerta constante y agudo de las mentes *Shing*, especialmente la de Ken Kenyek, a la espera de la menor falla o del ligero resbalón. La presión lo mantenía doblemente en guardia. De modo que fue en su calidad de Ramarren, el extranjero, que miró hacia el cielo de la avanzada mañana y vio el amarillo Sol de la Tierra

Se detuvo, presa de una súbita alegría. Porque era algo, no importaba lo que había sucedido antes ni lo que podría suceder después, era algo, en verdad, haber visto la luz, en una sola vida, de dos soles. El oro rojo del sol de Werel, el oro blanco del sol de la Tierra: podía ahora ponerlos uno junto al otro como dos joyas y comparar su belleza para dignificar, aun, las alabanzas

El muchacho estaba a su lado; y Ramarren murmuró en voz alta el saludo que los chicos Kelshak aprendían a decir al ver el sol del amanecer o después de las largas tormentas de invierno:

–Bienvenida, estrella de la vida, centro del año… -Orry captó a medias y habló juntamente con él; era la primera armonía que se producía entre ellos, y Ramarren se alegró, porque necesitaría a Orry antes de que el juego estuviera hecho

En un deslizador recorrieron la Ciudad, Ramarren preguntó lo conveniente y los *Shing* respondieron, también, lo conveniente. Abundibot describió profusamente cómo la totalidad de Es Toch, torres, puentes, calles y palacios, había sido construida durante la noche, hacia mil años, y cómo, de siglo en siglo, cuando a los Amos de la Tierra les placía, con sus asombrosas máquinas e instrumentos, trasladaban la ciudad entera a un nuevo sitio que sentara a su capricho. Era un lindo cuento; y Orry estaba demasiado aletargado con drogas y la persuasión como para no creer, mientras que si Ramarren creía o no, tenía poca importancia. Abundibot evidentemente decía mentiras por el mero placer de decirlas. Quizás fuera el único placer que conocía. Siguieron también refinadas descripciones del gobierno de la Tierra, de cómo la mayoría de los *Shing* pasaban sus vidas entre hombres comunes, disfrazados como simples "nativos", pero trabajando para el plan maestro que emanaba de Es Toch, de cómo, despreocupada y feliz, la mayor parte de la humanidad sabía que los *Shing* conservarían la paz y soportarían las responsabilidades, de cómo las artes y la ciencia eran alentados y las rebeliones y los elementos destructores reprimidos. Un planeta de gente humilde, en sus humildes casitas y pacíficas tribus y ciudadelas; sin guerrear ni matar ni amontonarse; los antiguos logros y ambiciones olvidados; casi una raza de niños, protegidos por la firme y cariñosa guía y la fuerza tecnológica invulnerable de la casta de los *Shing*… La historia seguía y seguía, siempre con las mismas variaciones, reconfortante y tranquilizadora. No era extraño que el desvalido Orry la creyera; Ramarren hubiera creído buena parte de ella si no hubiera tenido los recuerdos de Falk de la Selva y de las Llanuras que demostraban su total falsedad. Falk no había vivido en la Tierra entre niños, sino entre hombres, embrutecidos, sufrientes y conmovidos

Ese día pasearon a Ramarren por sobre toda Es Toch, que le parecía a él, que había vivido entre las viejas calles de Wegest y en las grandes Casas de Invierno de Kaspool, una ciudad ficticia, insulsa y artificial, sólo impresionante por su fantástica ubicación natural. Luego comenzaron a llevarlos, a él y a Orry, a través del mundo entero, en coche aéreo y coche planetario, en excursiones que duraban

todo el día bajo la guía de Abundibot o de Ken Kenyek, viajes a cada uno de los continentes de la Tierra y, aun, a la desolada y tan largo tiempo ha abandonada Luna. Los días transcurrían; seguían jugando el juego en beneficio de Orry, cortejando a Ramarren hasta conseguir de él lo que pretendían saber. Aunque éste se encontraba directa o electrónicamente vigilado en todo momento, visual y telepáticamente, no era coaccionado de ningún modo; evidentemente sentían que nada tenían que temer de él por ahora

Quizás lo dejaran volver a casa con Orry, entonces. Quizás lo consideraran lo suficientemente inofensivo, en su ignorancia, como para que se le permitiera abandonar la Tierra con su reajustada mente intacta

Pero sólo podría comprar su huida de la Tierra con la información que pretendían, la ubicación de Werel. Hasta entonces nada más había dicho él y nada más le preguntaron ellos

¿Era tan importante, después de todo, que los *Shing* conocieran el emplazamiento de Werel?

Sí. Aunque probablemente no planeaban ningún ataque inmediato contra este potencial enemigo, podrían muy bien proyectar el envío de un robot monitor después de la *Nueva Alterra*, con un transmisor ansible a bordo para procurarse un informe instantáneo sobre un vuelo interestelar hacia Werel. El ansible les permitiría obtener una ventaja de ciento cuarenta años sobre los Werelianos; podrían detener una expedición a la Tierra antes de que esta partiese. La única ventaja que Werel poseía tácticamente sobre los *Shing*, era el hecho de que los *Shing* no conocían su ubicación y tendrían que perder varios siglos antes de determinarla. Ramarren podía comprar su probabilidad de huir al precio de cierto peligro para el mundo del cual era responsable

De modo que apeló al tiempo, intentando inventar una salida a este dilema, mientras volaba con Orry y uno u otro de los *Shing* de aquí a allá, por sobre la Tierra, que se extendía por debajo de ellos como un gran y hermoso jardín reducido a malezas y espesura. Se afanó con toda su trabajada inteligencia en la búsqueda de algún camino que le permitiera cambiar esta situación y convertirse en controlador en lugar de controlado: porque de tal modo su mentalidad Kelshak le presentaba el caso. Bien vista, cualquier situación, aun una caótica o una celada, se aclararía y conduciría a su adecuada salida: porque, a la larga no existe desarmonía, sólo malentendido, ni la oportunidad o su falta, sino ojo ignorante. Así pensaba Ramarren, y la segunda alma interior, Falk, no se oponía a esta

opinión, pero no perdía tiempo en examinarla. Pues Falk había visto las piedras opacas y las brillantes deslizarse a lo largo de los hilos del bastidor, y había vivido con los hombres en su derrocado imperio, reinos en exilio en su propio dominio de la Tierra, y le parecía que nadie era dueño de su destino ni capaz de controlar el juego, sino que, meramente, debía esperar a que la brillante joya de la suerte se deslizara por el hilo del tiempo. La armonía existe, pero no existe la comprensión de la armonía; el Camino no puede ser caminado. Entonces, mientras Ramarren se torturaba pensando, Falk, tranquilo, esperaba. Y cuando llegó el momento, aprovechó la oportunidad

O más bien, tal como sucedieron las cosas, fue él el apresado en la trama

El momento no tuvo nada de particular. Se encontraban con Ken Kenyek en un coche aéreo autopiloteado, una de las hermosas e inteligentes máquinas que permitían a los *Shing* controlar y custodiar el mundo con tanta efectividad. Regresaban a Es Toch de un largo vuelo por sobre las islas del Océano Occidental, en una de las cuales habían hecho un alto de varias horas, en un campamento humano. Los nativos de la cadena de islas que habían visitado eran hermosos, felices gentes absortas en la navegación, la natación y el sexo -suspendidos en el azulino mar amniótico: perfectos especímenes de la felicidad humana y ejemplo de atraso para los Werelianos. Nada allí suscitaba preocupación ni temor

Orry dormitaba con un tubo de *pariitha* entre sus dedos. Ken Kenyek había conectado la nave en automático y con Ramarren -a dos o tres pies de él, como siempre, pues los *Shing* nunca se acercaban físicamente a nadie- miraba a través del vidrio del coche aéreo el círculo de quinientas millas de límpido día y mar azul que los rodeaba. Ramarren estaba cansado y se relajó ligeramente en este agradable momento de suspensión, en lo alto de una burbuja de cristal; en el centro de la gran esfera de azul y de oro

–Es un hermoso mundo -dijo el *Shing*

–Lo es

–La joya de todos los mundos… ¿Es Werel tan hermoso?

–No. Es más áspero

–Sí, la gran longitud del año debe de ser la causa ¿Cuánto dura?… ¿sesenta años terrestres?

–Sí

–Tú naciste en el otoño, dijiste. Eso significa que no habías visto a tu mundo en verano cuando partiste

–Una vez, en un vuelo al hemisferio austral. Pero sus veranos son más frescos, y sus inviernos más cálidos que en Kelshy. No he visto el Gran Verano del norte

–Todavía estás a tiempo. Si regresas en unos pocos meses, ¿qué estación será la de Werel?

Ramarren calculó durante unos segundos y replicó:

–Final de verano; alrededor de la vigésima fase lunar de verano, quizás

–Yo pensaba que ya sería el otoño… ¿cuánto dura el viaje?

–Ciento cuarenta y dos años terrestres -dijo Ramarren, y apenas lo dijo una breve ráfaga de pánico atravesó su mente y se desvaneció. Sentía la presencia de la mente del *Shing* en la suya; mientras conversaban, Ken Kenyek había llegado a él, mentalmente, y, al encontrar sus defensas bajas, había conseguido controlar, en fase total, el terreno. Estaba bien. Demostraba esto la increíble paciencia y habilidad telepática de los *Shing*. Se había sentido atemorizado, pero, una vez sucedido, estaba perfectamente bien

Ken Kenyek le hablaba ahora telepáticamente, ya no en el crujiente susurro oral de los *Shing* sino en claro y cómodo discurso verbal:

–Bueno, está bien, muy bien, perfecto. ¿No es agradable haber sincronizado, por fin?

–Muy agradable -convino Ramarren

–Por cierto que sí. Ahora podemos permanecer sincronizados y terminar con todos los problemas. Bueno, ciento cuarenta y dos años luz de distancia… eso significa que tu sol debe de encontrarse en la constelación del Dragón. ¿Cómo se llama en Galaktika? No, está bien, no puedes decirlo ni siquiera telepáticamente aquí. Eltanin, ¿es ése el nombre de tu sol? – Ramarren no profirió respuesta alguna-

. Eltanin el ojo del Dragón, sí, muy lindo. Los otros que hemos considerado posibles se encuentran ligeramente más cerca. Esto ahorra mucho tiempo. Tenemos casi…

El rápido, claro y burlón discurso verbal se detuvo abruptamente y Ken Kenyek dio un convulsivo salto; en el mismo momento Ramarren hizo otro tanto. El *Shing* se volvió precipitadamente hacia los controles del coche aéreo, luego se alejó. Se dobló de una extraña manera, demasiado, como una marioneta mal dirigida, luego, súbitamente, se deslizó hacía el piso del coche y allí quedó con su blanco y fino rostro hacia arriba, rígido

Orry, arrancado de su adormecimiento, miraba

–¿Qué pasa?

No obtuvo respuesta. Ramarren permanecía de pie tan rígidamente como el *Shing* yacía y sus ojos estaban trabados con los del *Shing* en una doble mirada ciega. Cuando finalmente se movió, habló en una lengua que Orry no conocía. Luego, trabajosamente, habló en Galaktika

–Coloca la nave en suspenso -dijo

El muchacho tenía la boca abierta

–¿Qué le pasa al Amo Ken, prech Ramarren?

–¡Pronto, coloca la nave en suspenso!

Hablaba Galaktika, ahora, no con el acento wereliano sino en la forma degradada de los nativos de la Tierra. Pero, aunque la lengua era mala, la urgencia y la autoridad fueron poderosas. Orry le obedeció. La pequeña burbuja de cristal se detuvo, en suspenso, en el centro de la bóveda oceánica, al este del Sol

–Prechea, está…

–¡Silencio!

Silencio. Ken Kenyek estaba quieto. Muy gradualmente la evidente tensión de Ramarren se relajó

Lo que había sucedido en el nivel mental, entre él y Ken Kenyek, era un problema de acechanza y contraacechanza. En términos físicos, el *Shing* había asaltado a Ramarren, en la creencia de que capturaba a un hombre, y, en cambio, había sido sorprendido por un segundo hombre, la mente al acecho de Falk. Sólo por un segundo había tenido Falk la posibilidad de tomar el control y únicamente en virtud de la sorpresa, pero eso había constituido tiempo sobrado para liberar a Ramarren de la fase de control *Shing*. Al instante de haberse liberado, mientras la mente de Ken Kenyek se encontraba todavía en fase con la suya y vulnerable, Ramarren se había apoderado del control. Hubo de apelar a toda su habilidad y fuerza para mantener la mente de Ken Kenyek en fase con la suya, impotente y condescendiente, como lo había estado la suya hacía unos momentos. Pero su ventaja contaba: tenía una mente doble y, mientras Ramarren mantenía al *Shing* bajo su control, Falk se encontraba en libertad de pensamiento y acción

Esa era la oportunidad, el momento; no habría otro igual

Falk preguntó en voz alta:

–¿Dónde hay una nave de velocidad luz preparada para el vuelo?

Era extraño escuchar al *Shing* contestando en su voz susurrante y saber, por una vez, con absoluta certeza, que no mentía:

–En el desierto, al noroeste de Es Toch

–¿Está custodiada?

–Sí

–¿Por guardias vivos?

–No

–Nos guiarás hasta allá

–Los guiaré hasta allá

–Conduce la nave adonde él te ordene, Orry

–No comprendo, prech Ramarren; acaso nosotros…

–Vamos a abandonar la Tierra. Ahora mismo. Toma los controles

–Toma los controles -repitió suavemente Ken Kenyek

Orry obedeció, siguiendo las instrucciones del *Shing* en lo referente al rumbo. A toda velocidad la nave abandonó el este, aunque todavía parecía en suspenso en el centro mismo de la esfera oceánica, hacia la puesta del Sol. Luego aparecieron las Islas Occidentales, y la nave parecía flotar hacia ellas por encima de la destellante y ondulada curva del mar; luego, detrás de ellas, aparecieron los escarpados picos blancos de la costa y fueron alcanzados y dejados atrás por el coche aéreo. Ahora se encontraban sobre el pardo desierto interrumpido por áridas y acanaladas estribaciones que arrojaban largas sombras hacia el este. De acuerdo con las susurradas instrucciones de Ken Kenyek, Orry aminoró la velocidad, describió un círculo, aprestó los controles para el aterrizaje y dejó que el coche descendiera. Las elevadas montañas sin vida se elevaban cerca de ellos, como murallas, a medida que el coche aéreo bajaba sobre una pálida y umbría llanura

No se veía espaciopuerto ni campo aéreo, ni caminos, ni edificaciones, pero algunas largas sombras se estremecían como un espejismo sobre la arena y las artemisias, al pie de las obscuras laderas de las montañas. Falk las contempló y no pudo enfocarlas con sus ojos y fue Orry quien dijo, sin aliento:

–Naves estelares

Eran las naves interestelares de los *Shing*, su flota o parte de ella, camufladas con redes que rechazaban la luz. Las que Falk viera primero eran las más pequeñas; había otras que había confundido con el pie de las montañas…

El coche aéreo había descendido sin que lo sintieran junto a una pequeña, derruida choza sin techo, sus maderas descoloridas y rajadas por el viento del desierto

–¿Qué es esa choza?

–La entrada a habitaciones subterráneas se encuentra en uno de sus lados

–¿Hay computadoras del terreno allí?

–Sí

–¿Alguna de las naves pequeñas está preparada para partir?

–Todas están listas para salir. Son casi todas naves de defensa controladas por robots

–¿Hay alguna con control a piloto?

–Sí. La destinada a Har Orry

Ramarren mantuvo un estrecho cerco telepático sobre la mente del *Shing* mientas Falk le ordenaba llevarlos adonde la nave y mostrarles los computadores de a bordo. Ken Kenyek obedeció inmediatamente. Falk-Ramarren no había esperado tan completa sumisión: había límites para el control mental así como para la sugestión hipnótica normal. La preservación del *yo* resistía, con frecuencia, el control más poderoso, y algunas veces quebraba toda sincronización cuando se la infringía. Pero la traición que se veía obligado a realizar, aparentemente no suscitaba resistencia instintiva en Ken Kenyek; los llevó hacia la nave estelar y contestó obedientemente a todas las preguntas de Falk-Ramarren, luego los condujo de regreso a la decrépita cabaña y, con una orden, con señales físicas y mentales, abrió una puerta trampa, entre la arena, cerca de la entrada. Penetraron en un túnel que allí se abría. En cada una de las puertas subterráneas y defensas y protecciones, Ken Kenyek profería la señal indicada o la respuesta necesaria y, de tal modo, los llevó por fin a las habitaciones a prueba de ataque, a prueba de cataclismo, a prueba de ladrones, muy lejos bajo Tierra, donde se encontraban las guías de control automático y los computadores de rumbo

Ya había transcurrido alrededor de una hora desde el momento crucial en el coche aéreo. Ken Kenyek, que asentía, sumiso, le recordaba a Falk, por momentos, la pobre Estrel; permanecía completamente inofensivo, durante tanto tiempo como Ramarren mantuviera un control total sobre su cerebro. En el mismo instante en que el control se relajara, Ken Kenyek podría enviar una señal a Es Toch si tenía el poder de hacerlo, o dar alguna alarma, y los demás *Shing* y sus hombres instrumentos estarían allí en un par de minutos. Pero Ramarren debía relajar ese control: porque necesitaba su mente para pensar. Falk no sabía cómo programar una computadora para el viaje a velocidad luz hacia Werel, el satélite del sol Eltanin. Sólo Ramarren podía hacerlo

Falk tenía sus propios recursos, sin embargo

–Dame tu revolver

Ken Kenyek le entregó, inmediatamente, una pequeña arma que ocultaba debajo de sus sofisticadas vestiduras. Ante esto, Orry se quedó horrorizado. Falk no intentó apaciguar el trauma del muchacho; por el contrario, lo subrayó

–¿Reverencia por la Vida? – preguntó fríamente, examinando el arma

En realidad, como había esperado, no se trataba de un revólver o de un láser sino de un detonador sin capacidad mortífera. Apuntó sobre Ken Kenyek, lastimoso en su último abandono de toda resistencia, e hizo fuego. Ante esto, Orry gritó y se precipitó hacia adelante; Falk entonces lo encañonó. Luego se alejó de las dos figuras desparramadas y paralizadas, con las manos temblorosas y dejó que Ramarren comandara como más le gustase. Había hecho su parte, por el momento

Ramarren no tenía tiempo que perder en constricción o ansiedad. Se dirigió directamente a los computadores y se puso a trabajar. Ya sabía por sus observaciones de los controles de a bordo, que las matemáticas utilizadas en algunas de las operaciones de las naves no eran las matemáticas usuales de base Cetiana que los terráqueos todavía usaban y de la cuales las matemáticas de Werel, vía Colonia, también derivaban. Algunos de los procedimientos que los *Shing* utilizaban y estructuraban en sus computadores eran totalmente extraños a los procedimientos matemáticos cetianos y a su lógica; y ninguna otra cosa podría haber persuadido tan firmemente a Ramarren de que los *Shing* eran extranjeros en la Tierra, extranjeros en todos los mundos de la Liga, conquistadores provenientes de algún otro mundo distante. Nunca había estado del todo seguro de que las antiguas historias y leyendas de la Tierra, en ese sentido, fueran correctas, pero ahora estaba convencido. Era, después de todo y esencialmente, un matemático

Tanto lo era que algunos de dichos procedimientos podrían haberle impedido establecer las coordenadas de Werel en los computadores de los *Shing*. Pero, realizó los cálculos en cinco horas. Durante todo este tiempo tuvo que tener, literalmente, media mente concentrada en Ken Kenyek y en Orry. Era más fácil mantener a Orry inconsciente que explicarle u ordenarle algo; era absolutamente vital que Ken Kenyek permaneciera completamente inconsciente. Afortunadamente, el detonador era un invento pequeño y efectivo, y una vez que descubrió su adecuado manejo, Falk sólo tuvo que usarlo una vez más. Después quedó libre de coexistir, como estaba, mientras Ramarren se esforzaba en sus cálculos

Falk nada miraba en especial mientras Ramarren trabajaba, pero estaba atento al menor ruido, y siempre consciente de las dos figuras inmóviles, insensibilizadas, que yacían despatarradas junto a él. Y pensó; pensó en Estrel y se preguntó dónde se encontraría en ese momento y qué era ella ahora. ¿La habían reacondicionado, le habrían destruido la mente o matado? No, ellos no mataban. Temían matar y temían morir, y llamaban a su miedo Reverencia por la Vida. Los *Shing*, el Enemigo, los Mentirosos… ¿Sería cierto que mentían? Quizás no fuera justamente eso lo que hacían; quizás la esencia de su mentira era una profunda e irremediable falta de comprensión. No podían establecer contacto con los hombres. La habían utilizado y sacaron provecho de ella, transformándola en una arma poderosa, la mentira mental; ¿pero había valido la pena, después de todo? Doce siglos de mentira, desde el primer momento de su llegada, como exilados o piratas o constructores de imperios venidos desde alguna lejana estrella, decididos a regir estas razas cuyas mentes no tenían sentido para ellos y cuya carne, para ellos, se revelaba estéril para siempre. Solitarios, aislados, sordomudos regentes de sordomudos en un mundo de engaños

Oh, desolación…

Ramarren había terminado. Después de sus cinco horas de trabajo y de ocho segundos de trabajo para el computador, el pequeño instrumento de iridium estaba en su mano, listo para programar dentro del control de rumbo de la nave

Se volvió y miró, como a través de una bruma, a Orry y a Ken Kenyek. ¿Qué hacer con ellos? Tenía que llevarlos con él, evidentemente

Borra los informes de los computadores, dijo una voz dentro de su mente, una voz familiar, la suya, la de Falk. Ramarren estaba mareado de fatiga, pero gradualmente advirtió lo acertado de este pedido y obedeció. Luego no pudo pensar qué hacer a continuación. Y entonces, finalmente, por primera vez, cedió, no hizo esfuerzos por dominarse, dejó que su *yo* se fundiera en su… *yo*

Falk-Ramarren puso, inmediatamente, manos a la obra. Arrastró trabajosamente a Ken Kenyek hasta arriba y a través de la arena iluminada por las estrellas, hasta la nave que trepidaba, a medias visible, opalescente en la noche del desierto; cargó el inerte cuerpo sobre un asiento, le aplicó una dosis extra de detonador y luego volvió en busca de Orry

Orry comenzó a revivir durante el camino y se las arregló para trepar, aunque estaba débil, a la nave por sus propios medios

–Prech Ramarren -dijo, sin ceremonias, aferrándose al brazo de Falk-Ramarren-, ¿adonde vamos?

–A Werel

–¿Viene él también… Ken Kenyek?

–Sí. El podrá contarle a Werel su historia sobre la Tierra y tú podrás contar la tuya y yo la mía… Siempre hay más de un camino hacia la verdad. Ponte el cinturón de seguridad. Eso es

Falk-Ramarren colocó la pequeña banda de metal adentro del control de rumbo. Fue aceptada, y dispuso la nave para que comenzara a funcionar en tres minutos. Con una última mirada al desierto y a las estrellas, cerró las portezuelas y se apresuró, tembloroso de fatiga y tensión, a colocarse el cinturón de seguridad, instalándose junto a Orry y al *Shing*

El ascenso era por fuerza de fusión: el timón de velocidad luz sólo comenzaría a operar en el borde más exterior del espacio terrestre. Despegaron muy suavemente y salieron de la atmósfera en pocos segundos. Las pantallas visuales se abrieron automáticamente y Falk-Ramarren vio a la Tierra cayendo en el vacío, en una curva azul obscuro, con brillantes bordes. Luego la nave emergió a la interminable luz del Sol

¿Se iba de casa o iba a casa?

Sobre la pantalla, el amanecer que se abría sobre el Océano Oriental brilló con un dorado intenso, durante un momento, contra el polvo de las estrellas, como una piedra preciosa en un gran bastidor. Luego bastidor y diseño explotaron, la barrera estaba superada y la pequeña nave se liberó de la temporalidad y los condujo a través de las sombras.